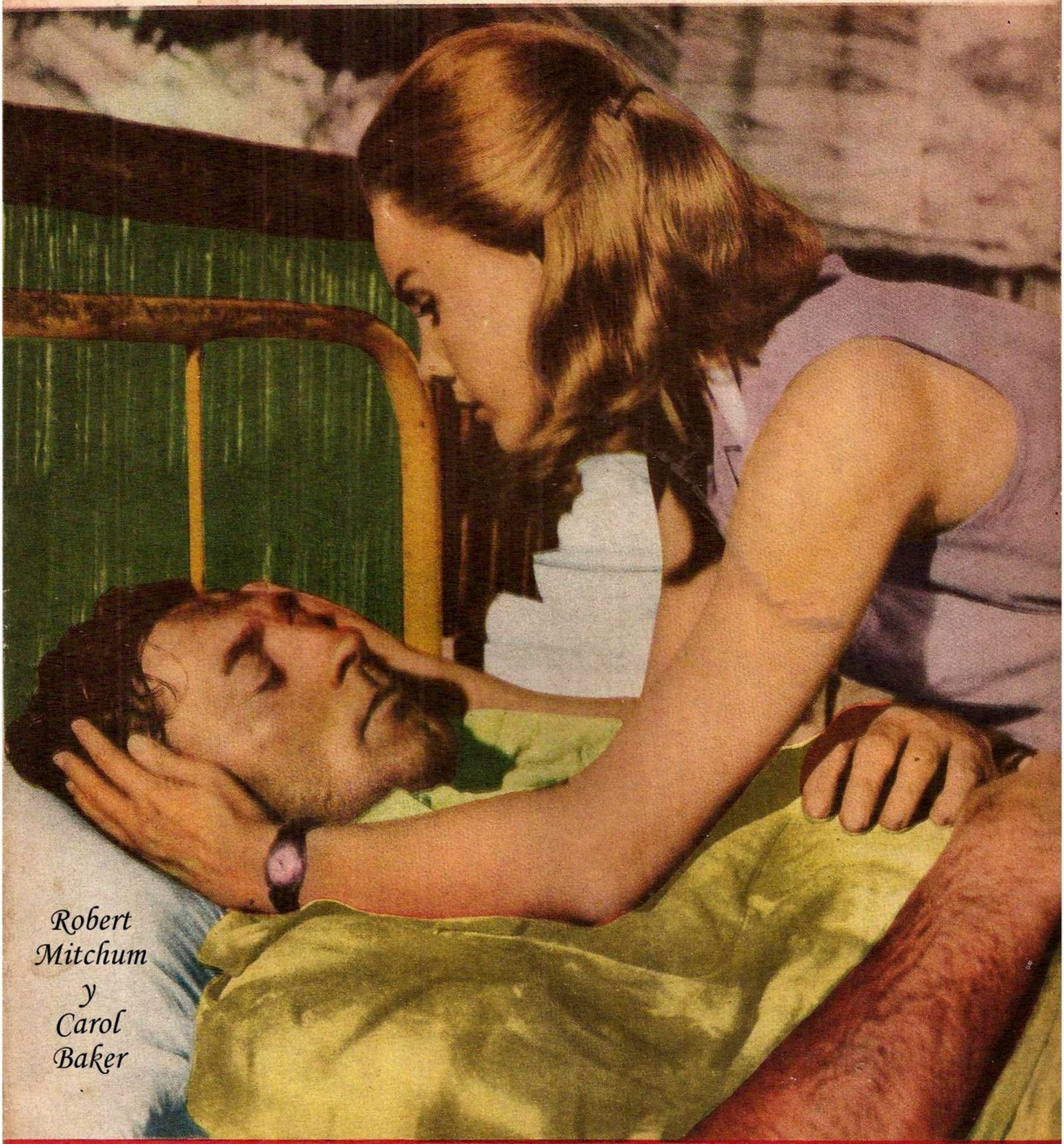
intervalo ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS de

Francina Siquier • Leonardo Fernández de Moratín • Cristóbal M. Paz • Pilar Miró y Summers

Osvaldo Moro • Leo Sassi • Josephine Bernard • Lafcadio Hearn • Pier Michele • Neal Adams

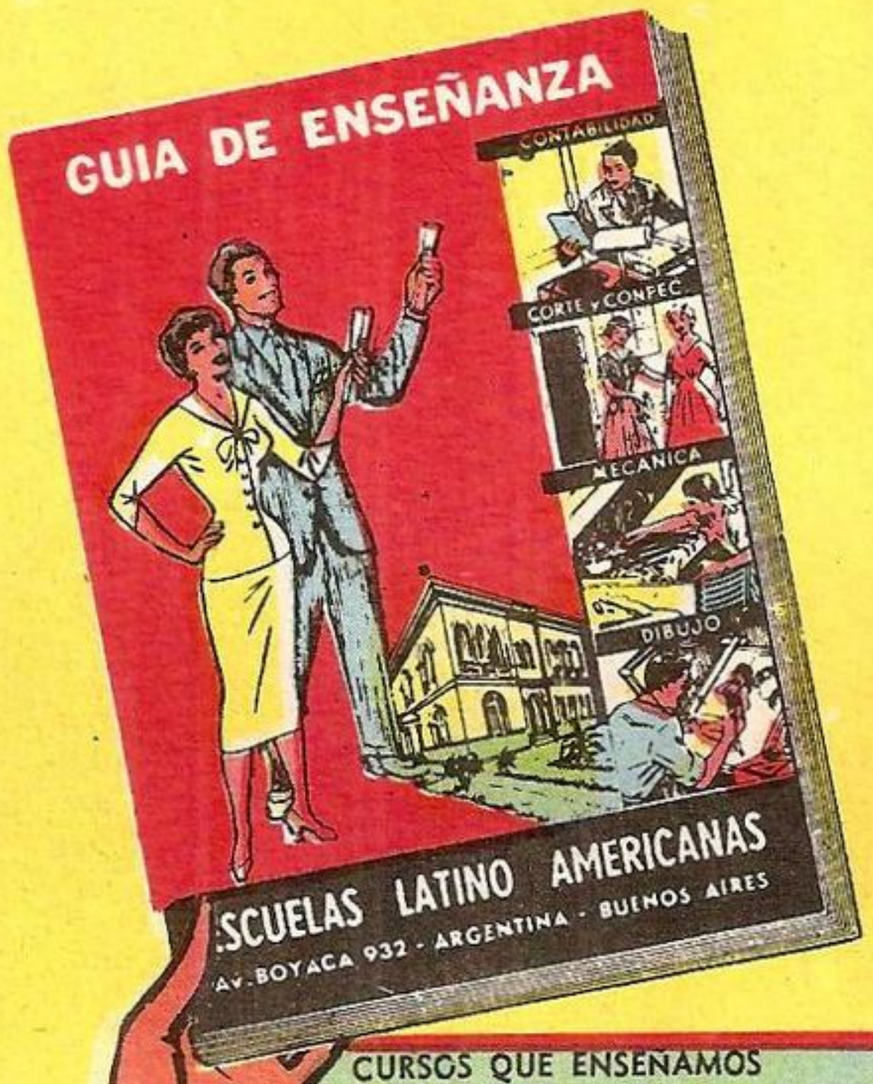
PIDA ESTE LIBRO

¡GRATIS!

HOY MISMO envíe su NOMBRE y DIRECCION y recibirá GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA", con los programas y detalles de los cursos que enseñamos por correo desde 1923.

Ud. puede estudiar cómodamente en su CASA en sus ratos libres un curso hasta obtener su DIPLOMA, que le permitirá progresar en su PORVENIR.

ENSEÑANZA PRACTICA, MODERNA Y EFICAZ, PAGADERA EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES.



SUCURSALES EN:
ROSARIO: Entre Ríos 1458 Rosario
MENDOZA: 9 de Julio 1589 Mendoza
URUGUAY - CHILE - PERU
BOLIVIA - COLOMBIA
VENEZUELA - ESPAÑA

CURSOS QUE ENSEÑAMOS
(por correo)

SECCION COMERCIAL:	INDUSTRIAL:
Tenedor de Libros	Técnico Curtidor
Perito en Contab.	Técnico Jabonero
Secret. Comercial	Técnico Industria Lechera
Administrador de Estancia	Técnico Avicultor
Cajero	Técnico Apicultor
Empleado d. Banco	Perito Enólogo
Empleado de Comercio	Química Industrial
Vendedor	Técnico Químico
Gerente Comercial	Técn. en Petróleo
Corresp. Comercial	SECCION FEMENINA:
SECCION TECNICA:	Profes. de Corte y Confección
Mecánic. de Autos	Labores
Técnico Mecánico	SECCION DIBUJO:
Técnico Tornero	Dibujo Artístico
Motores Diesel	„ Arquitect.
Motor. a Explosión	„ Comercial
Electric. Automóv.	„ Mecánico
Técnico Electricista	„ Lineal
Instalador Electric.	„ Letras
Construcciones	Caricatur. e Hist.
Carpint. y Ebanist.	SECCION ESPECIAL:
Bobinajes	Inglés
Fotograf. Artística	Periodismo
SECCION RADIO:	Taquigrafía
Técnico en Radio	Dactilografía
Técnico Televisión	Caligrafía
Radio a Transistor.	Aritmética
Armado de Radio	Aritmética Comer.
SECCION	Velocigrafía

OBSEQUIOS:
1) Diccionario Castellano
2) Carnet de Estudiante
3) Banderín de Estudiante

ENVIE EL CUPON HOY MISMO

CORTE AQUI

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
ENSEÑANZA POR CORREO
Av. BOYACA 932 BUENOS AIRES

Sírvase enviarme GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA"

NOMBRE .....

DOMICILIO ..... LOCALIDAD .....

CURSO QUE LE INTERESA .....

ALB. INT.

Escuelas
Latino - Americanas

AV. BOYACA 932 BUENOS AIRES

ALBUM DE OBRAS
GRAFICAS COMPLETAS

AÑO XV · No 129

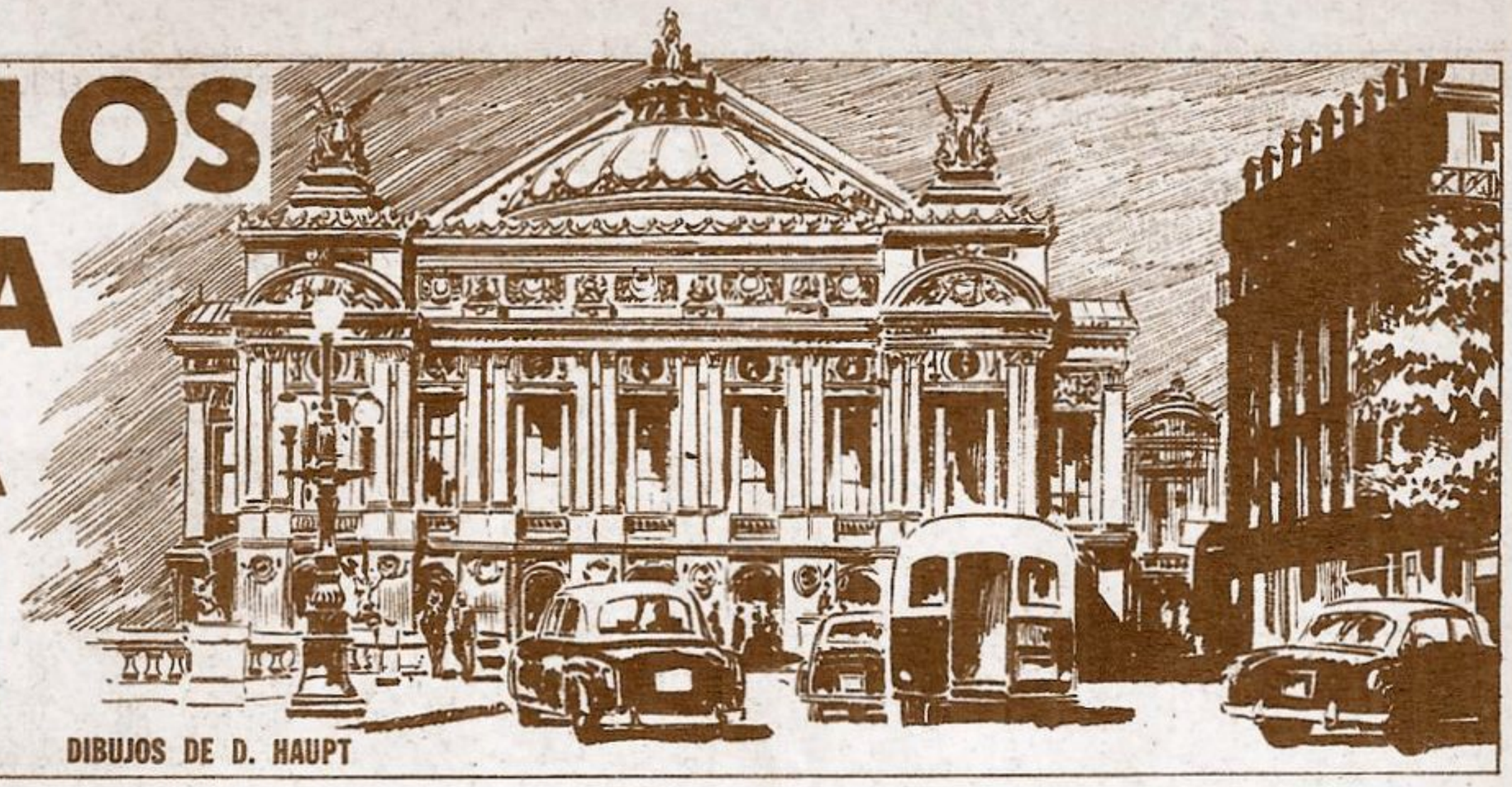
intervalo ALBUM

índice

Portada, El Aventurero en Kenya (sello Artistas Unidos)
Símbolos de una época, por Francina Siquier . . 4
Una flor entre las piedras, por Leo Sassi . . 17
Ben Casey, por Neal Adams 28
Historias de hombres y mujeres, por C. M. Paz . 46
El sí de las niñas, por Leandro Fernández de Moratin . 54
En la encrucijada, por Josephine Bernard 73
Dos meses en el campo, por Pier Michele . . . 84
Las mariposas rabiosas, por Osvaldo Moro . . 94
El juego de la oca, por Pilar Miró y Summers . . 106
Chita, por Lafcadio Hearn 116

SÍMBOLOS DE UNA ÉPOCA

Por FRANCINA SIQUIER



DIBUJOS DE D. HAUPT

Noche de gala en el Teatro Opera de París. Público heterogéneo unificado sólo por la expectativa que despertaba aquella nueva figura que integraba el ballet ruso. Esta vez Moscú había enviado una bailarina como primera figura que era debutante y desconocida, por supuesto para el mundo occidental.

Era joven y muy bella, poseedora de la clásica figura de mujer-pájaro. Cuando el primer haz de luz la iluminó, el silencio se hizo tenso y todas las miradas quedaron fijas en ella.

El "Lago de los Cisnes" tuvo una versión distinta, y la princesa enamorada que iba a ser convertida en cisne por obra de un maleficio trataba de huir de su destino cruel. Cada salto era un quejido; cada vuelta, un suspiro.

Una mujer contemplaba el maravilloso espectáculo conteniendo el aliento.

No pongas esta expresión. Podrían estar observando.

Muy pálido, con extraño temor en sus ojos negros, el hombre puso una mano en el brazo de Paola de Castiglioni, demasiado hermosa para pasar inadvertida y para que en todo momento no estuviera alguien admirándola.

Tienes razón, Sergio, pero tú debes darte cuenta de lo que siento al mirarla.

En el rostro mate de Paola los ojos rasgados y verdes despedían más luces que el collar de brillantes que adornaba su cuello. El vestido color sangre acentuaba el fuego de aquella mirada suya.

Es demasiado pronto para estar seguros. Podría ser una trampa ...

Susurrando apenas, contestó ella:

Creo que todo es cierto. Y es preciso actuar cuanto antes.

El acceso a los camerinos estaba prohibido. A los empleados del teatro se habían sumado otros que trataban de pasar inadvertidos, pero que eran los encargados de alejar a los intrusos. Cumplían órdenes muy severas.

Imposible, madame. Lo siento.

Observó su mirada huidiza, su sonrisa casi infantil, su inofensividad y no tuvo ninguna duda. Era un camarada policía.

Quería rendirle un pequeño homenaje. ¿Le daría usted esta caja?

1590

Grandes y chicos optan por Columberos

Al camarada Kravi le habían ordenado impedir todo contacto con admiradores, pero eran flores obsequiadas por una mujer demasiado bella para que se le pudiera negar algo tan simple.

Está bien, madame. Yo mismo entregaré a Luba Nemirova su obsequio.

Pequeña, casi intangible, frágil, la gran bailarina parecía una muñeca que de pronto, al cesar el influjo de la música, se hubiera quedado sin vida.

En el duro rostro de la mujer que le entregó la caja no había ninguna expresión. También ella parecía estar un poco muerta por dentro.

-Sólo una rosa roja. Y una tarjeta que dice:"Vuestro arte es único. Me uno a los aplausos que el mundo os brindará".

La firma es de una mujer. "Paola de Castiglioni".

Es una hermosa rosa, Olga.

¿Había mirado realmente la flor? Una vez más, Olga pensó que Luba vivía en un mundo de sombras. Sus ojos azules no miraban, eran unos ojos inquietantes, de un raro material, que parecía cristal o porcelana.

Ayúdame a cambiarme. El camarada Kravi está impaciente.

La juventud comunista francesa ofrecía esa noche una recepción de honor de los integrantes del ballet. Y Luba estaba allí, luciendo en su vestido negro, sin adornos, una rosa roja.

No imaginé que sería tan bella.

Yo tampoco. Era muy niña cuando la dejé de ver.

Kravi hacía las presentaciones.

Camarada Nicolai Ustanov, uno de nuestros mejores colaboradores aquí.

Conozco a Luba, camarada Kravi.

¡Nicolai!

Nicolai sabía que no podía quedar nada sin ser aclarado, para evitar falsas interpretaciones, así que dio una explicación.

Luba y yo estudiamos juntos. Ambos somos del mismo pueblo.

En ese instante Luba se sentía casi feliz. Pero no podía sospechar que ese encuentro casual era una de las redes que su destino comenzaba a tenderle.

¡Estoy tan contenta de haberte visto de nuevo! Es como si recobrara mi infancia.

Yo también me siento dichoso. Sé que trabajáis mucho y no os permiten salir, pero trataré de obtener permiso para vernos.

¡Oh, sí! Me encantará conocer París.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Algo cambió en Nicolai, su mirada se endureció y con el ceño fruncido repitió una lección que tenía bien aprendida.

París es una ciudad carcomida. Una trampa burguesa en la que muchos caen. No puede compararse a nuestro Moscú.

De nuevo los ojos de Luba estaban vacíos. Nicolai recordó a la niña, a la jovencita soñadora, y analizó fríamente a la mujer, cambiada no sólo por los triunfos y la fama sino por algo que interiormente la había quizá destrozado. Su rostro no expresó nada más que indiferencia.

Bueno, ya que ustedes se conocen, creo que les agradará recordar muchas cosas. ¿Me excusan?

Más que recordar, Nicolai quería investigar en el presente de Luba.

Me gustaría saber qué piensas, qué sientes.

La tenía tomada del brazo, con gesto posesivo y Luba palideció. Empezaba a pensar que hubiera sido mejor que no se produjera ese encuentro por cuanto podía alterar sus planes.

También las noches siguientes fueron triunfales. Todo París hablaba de la bailarina, iba a verla y a admirarla. Un hombre, impacientemente, hizo un comentario.

Resulta imposible llegar hasta ella por otra parte.

Sigo pensando que alguien pretendió tender una celada al enviar una carta firmada con su nombre.

¿Para observar nuestros movimientos y tener una prueba contra nosotros?

Ese era el peligro que se cernía sobre ellos. Hasta el momento no se sospechaba de Paola de Castiglioni, la bella y rica aristócrata, pero eran varios ya los enviados en misión a París que no quisieron regresar a Rusia y todos habían mantenido trato con ella.

Es un riesgo que hay que correr y eso lo sabes tú, Sergio, que has expuesto infinidad de veces tu vida.

Antes y después de conocerte he luchado siempre contra ELLOS. Pero ahora, el riesgo es mayor ...

¿Temes por mí? No lo hagas, porque no puedo apartarme del camino elegido. Ya sabes que es un deber para mí.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Una sombra nubló el semblante de Sergio, que cuando conociera a Paola supo en seguida que se trataba de una gran mujer que se había trazado una meta de la que nada ni nadie podría apartarla. Sus abuelos habían sido asesinados en Rusia, su madre logró escapar tras atroces sufrimientos, y su herencia había sido de dolor y odio, un odio justificado:

Unidos por un ideal y por el amor a la patria perdida, iban avanzando juntos por un peligroso camino. Otro sentimiento había nacido entre ellos pero aún no tenían el derecho a pensar en su futuro.

Te admiro como siempre, Paola.

Anochecía cuando ella llegó hasta allí. La habitación estaba en penumbra. Paola tocaba el piano,y Sergio fumaba en silencio, tratando de no pensar. Sus ojos la descubrieron junto al cortinaje azul.

¿Quién es usted?

No la había reconocido, pues Luba parecía una adolescente con su cabello suelto, el rostro pálido sin maquillaje, los ojos agrandados por la angustia. Sin contestar a la pregunta, avanzó hacia la mujer.

Paola...

El nombre había sido pronunciado casi como un gemido. Las dos mujeres se miraron,y Paola de Castigliòni se levantó inquieta.

¿Cómo ha logrado venir hasta aquí?

Conseguí encontrarme con un amigo. Y aproveché para venir a verla. Es mi única oportunidad.

Su francés era extraño y dulce, y las palabras quedaban un poco como suspendidas en el aire, cual si danzaran también a través del sonido de su voz.

De manera que Luba había llegado hasta ellos pese a la extremada vigilancia. Sergio, desde el ángulo en sombras, formuló una pregunta.

¿Quién le dio el nombre de Paola y la dirección? ¿Quién le dijo que acudiera a ella?

Irinov.

¡Imposible. No está en Francia,y ustedes ignoran dónde se encuentra actualmente.

Lo sé. Está en América. Pero conozco a un amigo suyo...

...aunque no puede hacer nada por mí porque está muy vigilado.

¿ Nosotros no lo estamos?

No podía evitar la dureza de su voz al interpelarla, poniendo en evidencia una sospecha que estaba naciendo en su interior.

Usted desconfía de mí, y en ese caso, nada puedo esperar...

Estamos dispuestos a ayudarla, Luba, pero es necesario tomar precauciones. Al venir, ha cometido usted una imprudencia.

Estaba desesperada. Dentro de tres días nos vamos a Londres. Sólo ustedes pueden ayudarme. No quiero volver allá.

Las manos blancas y muy bellas aleteaban en el aire. Cada movimiento de su cuerpo era una melodía, pero su desesperación la hacía humana, real.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Sergio pensó que, si se trataba de una trampa, ella hacía su parte muy hábilmente, de manera tal que era imposible negarse a ayudarla.

Veamos. ¿Cuándo es el último ensayo? ¿Qué día piensan salir de París? Necesito que me dé usted varios datos.

En ese momento, Nicolai Ustanov consultaba nuevamente su reloj. El camarada Kravi no había podido oponerse a su deseo de salir con Luba, pues estaba fuera de toda sospecha. La joven le había rogado por teléfono que la esperara en el Café de la Paix, pero ya llevaba una hora de atraso. Decidió llamar al hotel y averiguar.

Sergio anotaba en su mente cuidadosamente todas las respuestas. Observó que la muchacha estaba nerviosísima.

Lo siento, no puedo estar más aquí. Si el amigo que me espera pregunta por mí al hotel, estoy perdida.

Por ningún concepto vuelva usted. Nosotros le enviaremos un aviso si es necesario. Recuerde todo bien.

No es fácil que olvide lo que ha de significar mi libertad.

Sergio descubrió el fulgor de las lágrimas en los ojos celestes. La sonrisa tímida y triste de Luba le hizo pensar que quizá su temor y desconfianza eran infundados. Paola sonrió, alentándola.

Tenga confianza, Luba. Y no pierda la serenidad.

La vio avanzar con su paso alado, con una luz nueva en el rostro y salió a su encuentro.

¿Qué te ha ocurrido, Luba? Estaba inquieto. Iba a hablar al hotel para preguntarle a Kravi si sabía...

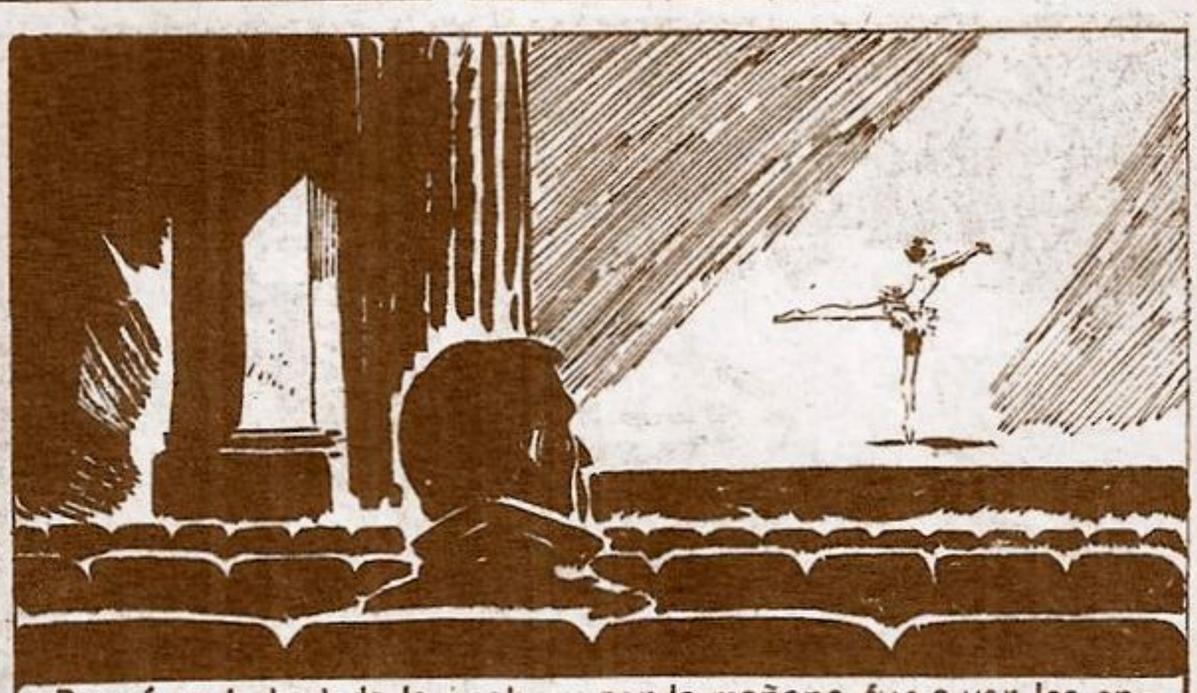
Tardaste demasiado.

El rostro de Luba estaba de nuevo sombrío. Era un estúpido juego aquel que todos ellos practicaban, vigilándose los unos a los otros, sin confiar jamás.

París hace olvidar un poco el tiempo.

Los sueños y las evasiones del espíritu no tienen cabida en nuestro mundo, Luba.

Salieron del café. Dejaron atrás la Place de l'Opéra, la Madelaine, la Rue Royale. En el Quai d'Orsay, como tantos otros, contemplaron el Sena. Nicolai captó su emoción y, al mirarla, pensó que su belleza era demasiado peligrosa. Una belleza que terminaba de descubrir.



Pensó en Luba toda la noche y por la mañana fue a ver los ensayos. Una fuerza irresistible lo había arrastrado hasta el teatro, para allí, en la sombra de la vacía platea, imaginar que ella estaba bailando exclusivamente para él.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Convendrá empezar a hacer el equipaje. Mañana es la última noche.

Las manos de Luba temblaban levemente tratando de sacar la corona que adornaba sus cabellos. Se acercaba el gran momento...

Dentro de tres días, el debut en Londres...

Y después, el regreso.

No había nostalgia en el rostro inexpresivo de Olga. Había aprendido a vivir de cualquier manera y en cualquier lugar. Tampoco demostró sorpresa...

...cuando se abrió la puerta y vio entrar a un hombre.

¡Cuánto me alegra verte, Nicolai!

Te acompañaré hasta el hotel. ¿Podríamos salir juntos mañana?

La alegría se borró del semblante de Luba, pues la presencia de Nicolai desbarataba sus planes. Al no tener noticias de Paola, suponía que preparaban el desenlace para el último día. Sería mejor tenerlo libre para facilitarles las cosas, pero, ¿cómo lograrlo?

Salieron a la calle. De pronto, vio ocultarse una silueta masculina.

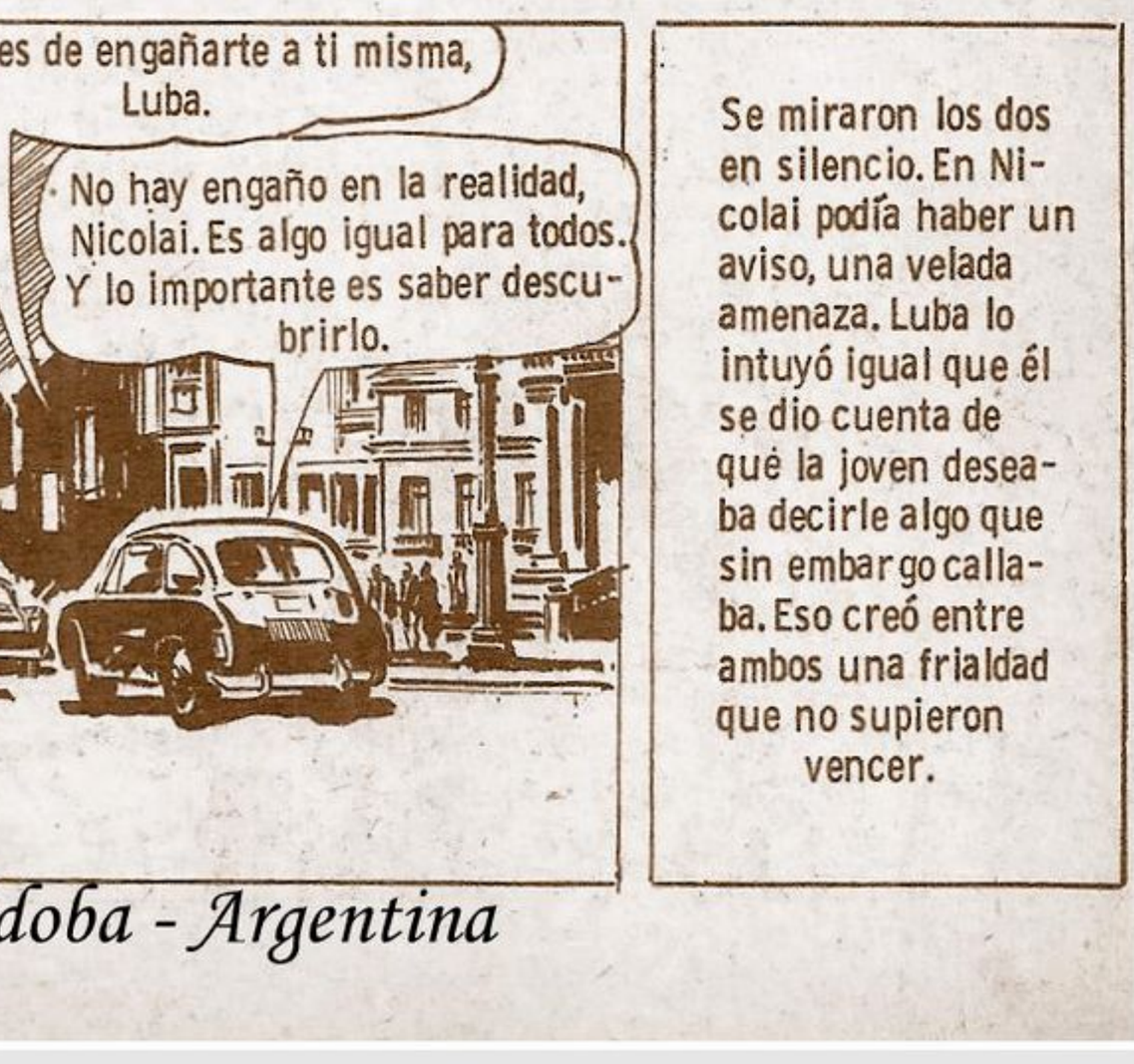
Tiemblas. ¿Tienes frío?

Estar tan cerca y tan lejos a la vez del único amigo que tenía resultaba doloroso para Luba. Pero no podía confiarse a nadie; ésas eran las instrucciones.

No, es una noche maravillosa.

Tengo mi auto aquí. Te acompañaré al hotel, pero mañana temprano iré a buscarte. Tengo algo que decirte.

La figura del otro hombre se había perdido en las sombras. Lo había reconocido y, cerrando los ojos, recordó su voz, su mirada penetrante, tratando de descubrir lo que había en el fondo de su pensamiento. Le había dicho: "Nosotros nos comunicaremos con usted". Si él supiera lo que eso representaba...



¿Puego preguntarte en qué piensas? Sigues encerrándote en un mundo de sueños.

Te equivocas, Nicolai. Los sueños quedaron atrás. La realidad se impone aunque no queramos.

No trates de engañarte a ti misma, Luba.

No hay engaño en la realidad, Nicolai. Es algo igual para todos. Y lo importante es saber descubrirlo.

Se miraron los dos en silencio. En Nicolai podía haber un aviso, una velada amenaza. Luba lo intuyó igual que él se dio cuenta de qué la joven deseaba decirle algo que sin embargo callaba. Eso creó entre ambos una frialdad que no supieron vencer.

Escaneado en Córdoba - Argentina

El trayecto era corto. Se despidieron en la puerta del hotel y, llevado de pronto por un impulso irresistible, la besó.

Tras la máscara de dureza, tras la rigidez del camarada eficiente e intachable, había un hombre. Luba lo miró alejarse sorprendida. La confusión aumentaba en su interior. Antes de dormir pidió el acostumbrado vaso de leche tibia y fue entonces cuando...

...vio en la servilleta una tira de papel en la que alguien escribiera unas líneas: "-Louvre, Sala 10. Izquierda. 10 horas. Mañana"- Evidentemente la nota era el aviso esperado... que había llegado hasta ella por medio de un camarero sobornado.

Algo se rebelaba en el interior de Sergio.

Poética descripción de Luba. Podría ser una trampa Sergio, pero creo en esa muchacha.

-Seguramente estará con ella Nicolai. Es la mejor posibilidad que ha tenido ella.

Puede convertirse en el peor estorbo. Es un hombre astuto, inteligente. No es fácil despistarlo.

Cuando Luba propuso recorrer el Louvre, Nicolai aceptó. Fueron los primeros en entrar y subiendo directamente al primer piso, comenzaron a recorrer las galerías, admirando las escuelas italianas, española, flamenca. Por fin, en la Sala 10, la escuela holandesa.

Es la perpetuación de un movimiento, de un color, de un instante. Y cada una de esas cosas tienen profundidad, emoción, belleza.

Era cierto. Ella sentía pues lo mismo que él experimentaba, y esa comunión espiritual lo trastornó. Demasiado sentimiento en ambos...

Había llegado el momento, y ella puso en práctica su idea.

Había sido absurdamente fácil conseguir quedarse sola. Disponía por lo menos de cinco minutos. Entró en la sala, y a su izquierda, entre un grupo de gente, vio a Sergio ante un cuadro en el que una muchacha, emergiendo de un oscuro interior por un rayo de luz dorada, estaba concentrada en su labor de encaje.

Tengo todo dispuesto. ¿Donde está él?

Le pedí una guía. No tenemos tiempo.

Trate de dominarse y caminar a mi lado como si no me conociera. Bajaremos por la escalinata contraria a la que él suba.

Admiró su serenidad. Su indiferencia.

Caminó a su lado sin mirarlo, mientras su corazón latía alocadamente. El presintió su angustia, su temor y,por un instante fugaz, oprimió su mano con firmeza y dulzura. Y entonces Luba sintió deseos de llorar.

Junto a la puerta principal Paola aguardaba en su auto, apretando con sus manos el volante. Luba no podía haberlos engañado; ella conocía la verdad en la gente, pero, así y todo, temía. Como en otras ocasiones, se hizo la pregunta inquietante.

(¿Hasta cuándo podré hacer esto?)

Temía el momento en el cual ya no pudiera trabajar para los suyos, para libertar de la opresión, de la muerte en vida, a un puñado de gente perseguida, humillada, despojada de todo, hasta del derecho a tener un pensamiento propio y un alma. Primero había colaborado con su padre, en Italia, que rendía así un homenaje a la esposa perseguida....

...que viera asesinar en la Rusia Roja a sus padres. Después ella misma se convirtió en cabecilla de una organización clandestina. Había sabido evitar las sospechas. Y nunca flaqueó su ánimo, ni siquiera cuando,al conocer a Sergio, se dio cuenta de que lo amaba.

(Tardan demasiado.)

Pero, por encima de su amor, estaba la causa que ella defendía y que no podía atarla a ningún hombre. La voz de él sonó perentoria, sin que lo hubiera visto acercarse.

¡Rápido! ¡No deben vernos!

Llovió durante toda la noche y, cuando el avión se elevó al amanecer, una niebla gris envolvía la ciudad. Pronto, toda la costa de Francia fue una simple mancha borrosa.

No has dicho una palabra, Luba.

Pareces triste, y sin embargo, Nicolai te prometió venir a Londres. Le interesas.

Su despedida fue extraña. Ignoro si volveré a verlo. Es un buen amigo.

¿Un amigo nada más? Nunca te he comprendido. Jamás has aceptado a ningún hombre. Es como si fueras incapaz de enamorarte.

Luba no contestó. Necesitaba ocultar las lágrimas que brillaban en sus ojos. Recordaba a un hombre, las pocas palabras pronunciadas, la sonrisa extrañamente dulce.

(Fue un sueño absurdo. Todo terminó.)

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

El debut en Londres fue sensacional. Flores, aplausos, elogios. Nada parecía ser suficiente para ensalzar a aquella bailarina que poseía una sensibilidad tan exquisita, un arte tan depurado.

Pero en París, un hombre y una mujer sabían del gran fracaso de Luba Nemirova,

El estaba parado ahí, junto a la salida, como si esperara. Como si desde el primer momento hubiera sabido todo.

Esperó tenerla casi al lado para tomarla fuertemente por un brazo. No tuve más remedio que salir y dejarla allí...

...ahora ella corre peligro, Sergio.

Lo sé. Y pienso que debimos haber obrado antes. Arriesgarnos a todo. El mismo día que vino. Cuando estaba aún en el hotel.

No, Sergio. Hasta ahora la prudencia nos ha mantenido al margen de sospechas. No olvides contra quiénes luchamos.

La intranquilidad, la desazón de Sergio, eran, como si..., pero no quiso Paola terminar su pensamiento y le hizo partícipe de su temor.

Quizás Nicolai te reconoció. Te vio en el teatro.

Sí, el camarada Nicolai supo enseguida que aquel hombre que caminaba junto a Luba era alguien que ella conocía. Se había dado cuenta también del ansia de la joven por alejarlo. Pero su despecho de enamorado le hizo desvirtuar el sentido real de la escena.

(Ella quería decirme eso sin duda...)

...que amaba a alguien que había conocido aquí. Y pensaba irse con él. Abandonar todo.)

Por primera vez las imágenes y los hechos no estaban claramente definidos. No veía en Luba una traición al partido, sino el impulso de un amor apasionado. El choque recibido había sido grande, porque, al volver a verla, había sabido que en el fondo, siempre había estado enamorado de ella.

Una bochornosa sensación de impotencia lo obligó a callar su confesión ya inútil. Y a la salida del Louvre, tras un almuerzo silencioso, la dejó en su hotel. Por primera vez tampoco había hecho preguntas, acusado, castigado. De pronto se irguió.

(¿Aún podré hacer algo?)

La función había terminado. Al entrar en su camarín, Luba temió que los latidos de su corazón la delataran.

¿Quién ha puesto esa flor ahí?

Era una rosa roja.

La enviaron en una caja, sin tarjeta. La encontré sobre el tocador. Sin duda la entró el camarada Kravi.

Trató de no temblar cuando tomó la rosa entre sus manos. Se abría un nuevo capítulo. Pero...¿quién lo escribía esta vez?

No tiene importancia. Déjala por ahí.

El hombre impartía las órdenes friamente.

No olviden las instrucciones; no es posible fracasar.

Dos hombres y una mujer escuchaban. Iban a demostrar una vez más su lealtad y su valor a esa causa que respondía al culto de un bien valioso: la libertad. Nadie tiene el derecho de tener esclavos bajo la máscara de una falsa ideología.

Comprendido.

Todo debe ser hecho al minuto exacto. Les ruego que pongan en horas sus relojes.

La agonía del cisne estremecía al público que colmaba la sala.

Maravillosa. Una nueva Pavlova.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

El telón se levantó varias veces. Luba permanecía inmóvil, cerca del lago, cual si el hechizo continuara, doblado su cuerpo, eternizando una figura que simbolizaba la muerte del cisne.

Súbitamente, un repentino desperfecto en la iluminación del escenario produjo la momentánea oscuridad y la consiguiente confusión de bailarinas y operarios. En esos segundos Luba se sentió arrastrada hacia abajo...

Y en el sótano...

Disponemos apenas de unos minutos.

Una capa de terciopelo envolvió su cuerpo tembloroso.

¡Rápido! ¡Sígame!

En el interior del auto, que se alejaba envuelto en la niebla, ella tenía la sensación de estar soñando, y un miedo intenso crecía por momentos en su interior.

No tema, Luba; esta vez todo saldrá bien.

Una alegría infinita la invadió.

Usted...

Los ojos de él se adentraron en los suyos. Su voz dulce tenía una ansiedad extraña.

¿No se arrepentirá? Con ellos tenía el triunfo, la fama... Y ahora deberá desaparecer en un anonimato forzoso, sin plazo fijo...

Había pensado en todo ello mucho antes de abandonar Moscú. Y estaba dispuesta a ser uno más entre aquellos seres que con su trabajo de tristezas o alegrías podían reir o llorar libremente.

¿Cómo puede hacerme esa pregunta?

Porque la admiro como bailarina.

También soy una mujer. Y necesito verme realizada en muchas otras cosas que aprenderé de ustedes.

Las lágrimas brillaban en sus ojos, que ya no eran fríos ni duros, sino que reflejaban la belleza de su alma, que había logrado escapar de un cautiverio demasiado prolongado, del que, siendo niña aún, se había comenzado a dar cuenta, sin duda, por su extremada sensibilidad de artista.

¿Podrá comprendernos? Muchas cosas han sido desvirtuadas.

Olvidaré lo que me enseñaron hasta hoy. Cambiaré.

Por primera vez la vio sonreir y se sintió deslumbrado.

No, Luba, usted es ya perfecta. Ha sabido elegir y ver dónde estaba la verdad y la mentira. Continúe siempre igual...

Unos días más tarde, en París, Paola miraba con ternura a Sergio mientras él terminaba su relato. Un sentimiento maternal la acercaba a él, y podía comprenderlo como nunca antes le fuera posible.

Debo ir a Italia. Se trata de reunir a unos padres con su hijo. Es mejor alejarme por un tiempo de esta ciudad.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Ya no me necesitas...

Has hecho y puedes hacer mucho por nuestra causa. De momento, conviene que estés cerca de Luba.

Su tono era natural, sereno, pero Sergio pensó si había descubierto su secreto y por ello se apartaba de su camino. El estaba dispuesto a cumplir con la palabra que un día le diera.

Te dije que siempre estaría a tu lado. Me prometiste...

Paola podía ser dura y por ello habló con firmeza. No podía cumplir su promesa de unir su vida a la suya por cuanto, por ayudar a quienes elegían la libertad, ella tenía que ser libre a su vez, sin ataduras sentimentales que la pudieran hacer vacilar. ¿Hasta qué punto se mezclaban en sus palabras la verdad y la mentira?

Para Luba el rostro del temor, el fantasma de la constante vigilancia, el miedo a las palabras, eran sólo recuerdos. - Allí, en aquella aldea cercana a los Pirineos, vivía dichosa, junto a una cariñosa anciana, a la cual había dicho que necesitaba reponer su salud, quebrantada por intensos estudios.

Pero su dicha iba ensombreciéndose a medida que crecía en su interior un sentimiento que ya no podía ignorar y que provocaba su turbación cuando se hallaba en presencia de Sergio. En ese instante lo vio avanzar por el sendero y se levantó impulsivamente.

¡Muchacha! ¿Qué ocurre?

Cuatro días antes él se había ido a París. Y durante ese tiempo ella había temido no verle más y supo lo que sentía su corazón. Su llegada inesperada la obligó a salir a su encuentro.

¡Sergio!

Todo estaba dicho entre ellos. Sin necesidad de palabras. Y mirándose con plena conciencia de su mutuo amor, avanzaron el uno hacia el otro.

¡Luba! ¡Luba!

El camarada Nicolai Ustanov, la aristocrática Paola de Castiglioni seguirían por caminos opuestos a la ruta trazada por sus ideas. Pero algo ponía un matiz común en sus vidas: el sabor del fracaso sentimental, al haber perdido a quienes amaban, dejando de ser ellos mismos un hombre y una mujer para convertirse en dos símbolos de una época.

dgm Bet '66.

FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

nombres en la historia

GUILLERMO RAWSON el visionario del progreso

Quizá hay muchos argentinos que lo ignoran: un compatriota nuestro tuvo la gloria de ser el precursor de tres grandes inventos humanos. Nada menos que el *telégrafo*, el *teléfono* y el *vuelo mecánico* fueron vaticinados por el eminente médico, investigador y hombre público Dr. Guillermo Rawson nacido en San Juan el 25 de junio de 1821.

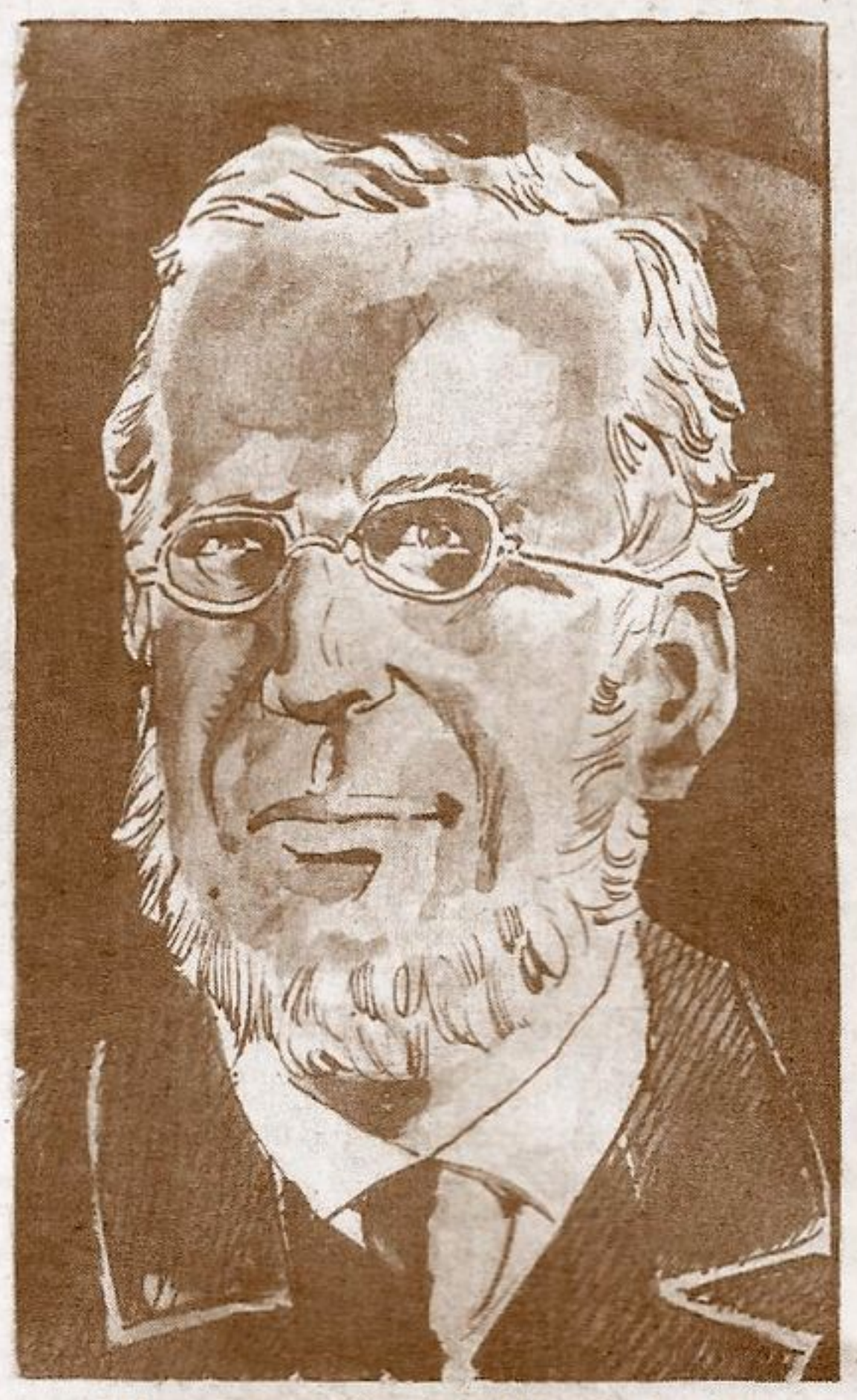
En el año 1840, cuando contaba 19 años, estudiando física con el sabio jesuita padre Gomila, después de estudiar la pila voltaica, pregunta al profesor: —Si yo extendiera este alambre y diera un sentido convencional a las descargas, ¿podría llegar a cualquier distancia? —Sí... Siempre que el conductor pudiera mantenerse aislado. Sería un rápido y excelente medio de comunicación a larga distancia. ¡No se me había ocurrido pensarlo! Creo que sus observaciones son serias y no deben echarse en el olvido, Rawson.

El estudiante comentó con el padre, por carta, su descubrimiento. Pero el tiempo pasó sin que tuviese oportunidad de continuar sus investigaciones. Seis años después, en 1846, Morse comunicaba entre sí a las ciudades de Washington y Baltimore mediante ese sistema... ¡el telégrafo! El padre envía a su hijo el recorte de periódico, con la observación: "Ese es *tu* telégrafo".

Tiempo después, pasando por una calle le llama la atención un juguete acústico de unos niños. Lo estudia y escribe: "creo que puede ser la base de un descubrimiento para transmitir la voz a la distancia..."

Cuando viaja a Estados Unidos, lleva su "juguete" con él. Pero allí se encuentra con que Bell se había adelantado en dicha empresa: el teléfono había nacido.

En 1854, cuando se promovía la navegación aérea con globos aerostáticos, sostiene en una carta que



el hombre sólo dominará el aire si imita a las aves. Y dice a su amigo: "Si como lo espero y lo deseo vive Ud. siquiera hasta el fin del siglo presente, tal vez verá un día a un cóndor gigantesco girando lentamente y descendiendo para atar sus anclas en la torre del Cabildo de Buenos Aires."

Pero eran tiempos aciagos para nuestra organización nacional. El quehacer político lo llama a la acción, no puede ser indiferente a la suerte de su patria. Y trabaja desde el Parlamento, el Ministerio y la Cátedra, siendo además fundador de la Cruz Roja argentina.

En París, el 2 de febrero de 1890 termina su vida terrena don Guillermo Rawson, de quien Mitre dijera: "Jamás encontré en la vida... un ser más bellamente dotado, que más se acercase al ideal de la perfección moral."

UNA FLOR ENTRE LAS PIEDRAS

Por LEO SASSI

DIBUJOS DE SPADARI

El joven teniente volvía a trotar hacia el rancho de los Ruiz.

(¿Para qué insistir con esa vieja cabeza dura?)

EGIDIO ESTEBAN PASSAMONTI
EX LIBRIS

El comandante ordenaba y había que cumplir. Las fuerzas se retiraban de Norquín por el peligro de la indiada.

¡Los Ruiz tienen esas dos criaturas, caramba!

Doña Pepa Ruiz no quería irse de ese pedazo de tierra entre los peñascos sureños. Y se lo volvió a decir al joven oficial.

¡Habló el mapuche, y esos indios me entienden bien! ¡Nadie va a tocarle nada a Ña Pepa Ruiz!

De las dos criaturas, una miraba con valentía.

¿No es cierto que no tenemos por qué dirnos, Mariana?

Si usté no tiene miedo, nosotras tampoco, agüela.

Braulia sí tenía miedo, pero era más por lo que decía el teniente que por lo que la indiada pudiera hacerles. La abuela Pepa sabía hacerse respetar.

¿De manera que se quedan aquí?

El vacilante batallón, diezmado, cansado, se alejó esa misma mañana hacia el Norte en busca de refuerzos. ¡Volverían!

(¡No se saldrán con la suya esos salvajones!)

En ese estado de zozobra marchaban, cuando se les vino encima una nube de tierra.

¡Es una tropa de baguales, mi comandante!

Los ramajes quedaron tiritando, mientras el remolino se internaba en el desierto de Norquín con rapidez de tromba.

¡Caballada para los indios!

El joven teniente se quedó mirando esas crines negras, elevándose sobre una breve colina. ¡Aquella vida salvaje e ingrata!

(Y mi padre que cree que me doy una vida regalada.)

El teniente Soto suspiró, recordando su bien puesta casa de la Gran Aldea. Y también a la novia que dejara muy triste.

1257

Mientras la caballada insurgente seguía su rumbo. Del lote, uno quedaría detenido ahí nomás, en el rancho de los Ruiz...

...y del resto se encargarían las boleadoras indias. Pero el mejor bagual sería para Mariana Ruiz, la delgada y serena nieta de Doña Pepa.

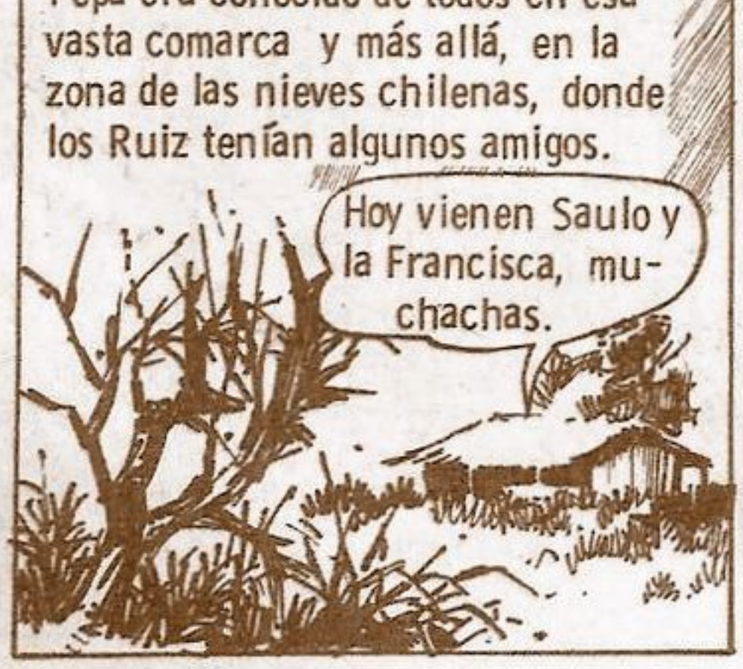
La muchacha era una garrapata, un saguaypé para prenderse al lomo del bagual hasta hacerle reconocer que ella era la que mandaba en su áspero destino.

Mariana Ruiz, conforme de su trabajo, pensó: "¿Por qué habíamos de irnos del pago?" La paz con el salvaje era posible.

Doña Pepa se había quedado con dos criaturas, luego que su hija Hortensia muriera "de puro romántica". La historia la devolvía a diez años antes, fieros, muy tristes. Nicanor había muerto en una pelea de boliche. Era el marido de Hortensia.

La hija de Ña Pepa quería a ese cantor bohemio del desierto, y se enfermó de pena después del entierro. Y se murió, como una sonsa romántica y egoísta, sin acordarse de las dos criaturas.

A pulmón, la buena anciana llevó adelante las vidas huérfanas de Mariana y Braulia. El coraje de Ña Pepa era conocido de todos en esa vasta comarca y más allá, en la zona de las nieves chilenas, donde los Ruiz tenían algunos amigos.



Saulo y Francisca, con su único hijo, traían un soplo de alegría al rancho de Ñorquín. Saulo tocaba la guitarra y su mujer bailaba maravillosamente.

En el centro del patio, entre una polvareda dorada por las fulguraciones del cercano fogón, Francisca bailaba. La cabellera retinta y destrenzada era también parte de un ciclón.

Francisca enseñó a Mariana Ruiz los misterios de esa danza. Poco después, la adolescente argentina superaba a la chilena.

El tiempo pasó, y una tarde del año setenta y nueve, Mariana y Braulia tuvieron que enterrar a la guapa Ña Pepa.

Fue en esa misma noche cuando Braulia dijo a su hermana que iba a casarse con Lito, el hijo de Saulo y Francisca.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Mariana Ruiz no le temía a la soledad. Esa era su tierra y por el momento no pensaba abandonarla. La alta, fuerte, esbelta, rozagante y dinámica Mariana besó a Braulia y se despidió de ella.

Apenas Braulia se marchó a su nuevo destino, Mariana dio flamante fisonomía a su rancho, convirtiéndolo desde entonces en "La flor", pulpería perdida en el desierto y que haría época. El siete de caballería estaba otra vez en la zona...

...y muchas amarguras se endulzaron en la propiedad sureña de esa mujer joven y fuerte que conocía el corazón humano y sabía hacerse respetar cuando algún guaso se olvidaba.

¡Muy bien, niña Mariana! Y ahora lo paso al cepo por sonso.

Fue una gran alegría para Mariana volver a ver al teniente Soto. En cinco años se había curtido en la dura lucha y ya era capitán. Tenía tres hijos en Mendoza...

...y un afán civilizador que no podía retenerlo en la ciudad.

¡Viá bailar en honor de este valiente!

"La flor" era una pulpería, pero era también sinónimo de belleza y alegría. Como su dueña...

...que, en ocasiones, no vacilaba en mostrarse como eficaz enfermera, formada en la ciencia áspera y bondadosa de su abuela.

Si se queda quieto viá curarle el lanzaso, amigo.

En muchas leguas a la redonda, Mariana "La flor", empezó a hacer palidecer la fama de otras mujeres criollas de esê tiempo y de esas zonas: "La vinchuca", "La Mazamorrita".

"La flor" es linda, guapa, alegre y seria.

He ahí la diferencia. "La flor" de Ñorquín fue respetada desde un principio por gauchos, milicos y salvajes. La indiada más de una vez le mandó emisarios "para una ayudita".

Le mando azúcar y caña, pero no caballos. Los va a usar contra mis amigos, los soldados.

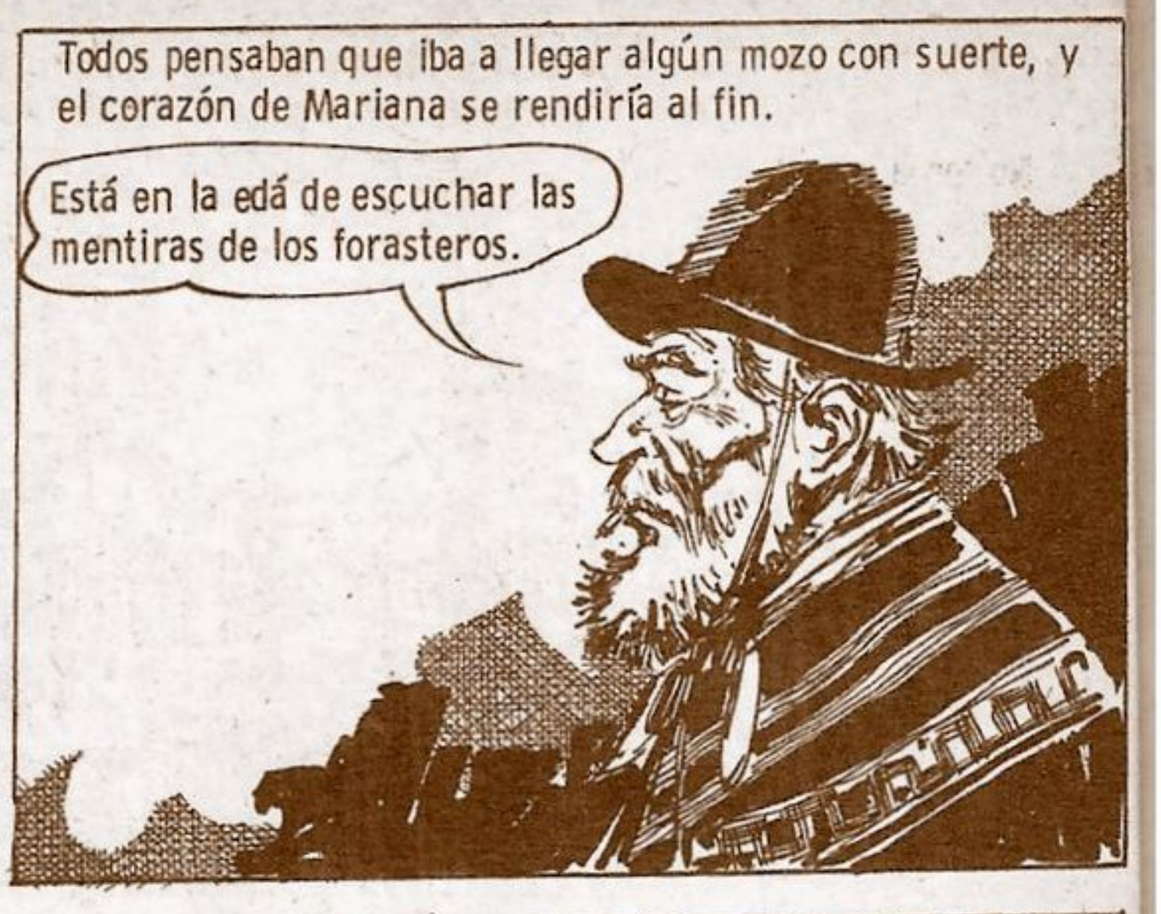
También fustigó a aquel sargento que se vanagloriaba de haber hecho polvo cerca de treinta indios.

Usté sabe lo que hace, o lo que dice, sargento, pero pa' mí usté es un mandinga.

Y, a renglón seguido, como para que todos olvidaran el momento agrio, se ponía a bailar, o a cantar, que también lo hacía como una calandria.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

En la vasta comarca manchada con la sangre de salvajes y de gauchos soldados, Mariana fue una verdadera fogata de dicha y por eso estaba en labios de todos, cuando, lejos de Ñorquín, la evocaban.



Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

No tenía pelo de sonsa. Sabía que tenía cerca a amigos de sobra como para poner en línea al cobardón que pretendiera molestarla. ¡Qué grande su alegría cuando Aníbal Funes volvió una tarde!

-Eia está escuchando a su corazón. ¡Ese viejo latidor, que a veces dice mentiras!

El chilenito es güena persona, Don Goyo.

Lo será si es que no viene pa' llevarse a nuestra alegría.

No creo que Mariana se vaya de aquí.

El "3" de línea se marchaba esa misma noche. Iba al encuentro de las huestes del ahora capitán Soto, a recorrer Santa Cruz.

Nos íbamos a quedar un poco solos, Aníbal Funes. Y yo, un poco aburrida.

Cuando el capitán Soto pasó otra vez por Ñorquín se la encontró casada a Mariana. -¡Lástima de fiesta que nos perdimos!-se lamentó. Pero Mariana siempre tenía solución a mano.

¡En honor de mis amigos, los melicos, hoy hay fiesta aquí!

Esa fiesta coincidió con la presencia en el lugar de un emisario del cacique Rinhuel, recientemente batido por la caballada militar al mando de Soto.

(Le puede interesar a Rinhuel.)

Antes del amanecer, y cuando la fiesta terminó y los soldados se retiraban a su campamento...

¡Mire, mi sargento! ¡Son los indios!

Envueltas en una nube de polvo, más de cien lanzas se iban a arrojar sobre los soldados, cuando surgió Mariana Ruiz de Funes, amazona de magnífico oscuro...

...y ella sola corrió al encuentro de la indiada.

¡No, Rinhuel! ¡Nunca te viá perdonar si manchás de sangre los alrededores de mi casa!

Rinhuel, hijo levantisco y mala entraña de Rudecindo Yueque, no atendió a Mariana y pegó el grito: -¡A no dejar una solo con vida!

De cualquier manera hubo pelea y muerte en Ñorquín. Pero la intervención de "La flor", que lograra refrenar aunque sea por unos momentos a la indiada, permitió al capitán Soto "ponerse en situación" y enfrentarlos con mayor eficacia.

Tanta, que Rinhuel fue nuevamente derrotado, y por milagro no dejó el cuero ante la posta de la Mariana.

Mariana hizo algo muy grande para complementar su anterior ayuda a los soldados. Acompañada por Aníbal visitó la tienda entre piedras del viejo Yueque, quien la recibió con gusto.

Ella no tuvo pelos en la lengua para narrar al viejo luchador indio lo que hiciera su mal hijo Rinhuel.

CESAR SPADARO/66

El viejo cacique estaba cansado de pelear. Lo había hecho desde mozo, allá por el año cincuenta. Sus ojos se llenaron de lágrimas. -Los hijos a veces son distintos a los padres -dijo en un mapuche cargado de indignación.

Aquel Rinhuel no era ni la mitad de lo valiente que había sido su progenitor y se sintió empequeñecido cuando entre la bravía Mariana y Rudecindo le recriminaron su actitud.

Desde ese día. no hubo más guerrillas en Ñorquín. Por lo menos a la vista de "La flor" de la comarca. El capitán Soto escribió a Buenos Aires, destacando la cooperación de esa brava criolla.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Poco después le llegó a Mariana una carta del gobierno, donde le entregaban la primera licencia de "comerciante" en agradecimiento por los patrióticos servicios prestados.

Todo el peso del comercio lo siguió llevando Mariana, ya que Aníbal prefería las tareas del campo, y en ocasiones iba a Chile a colaborar con Lito y Braulia, prósperos estancieros.

El capitán Soto no apareció por largo rato en Ñorquín, y una noche un batallón pasó por ese lugar de aliviada que era constantemente la casa de Mariana...

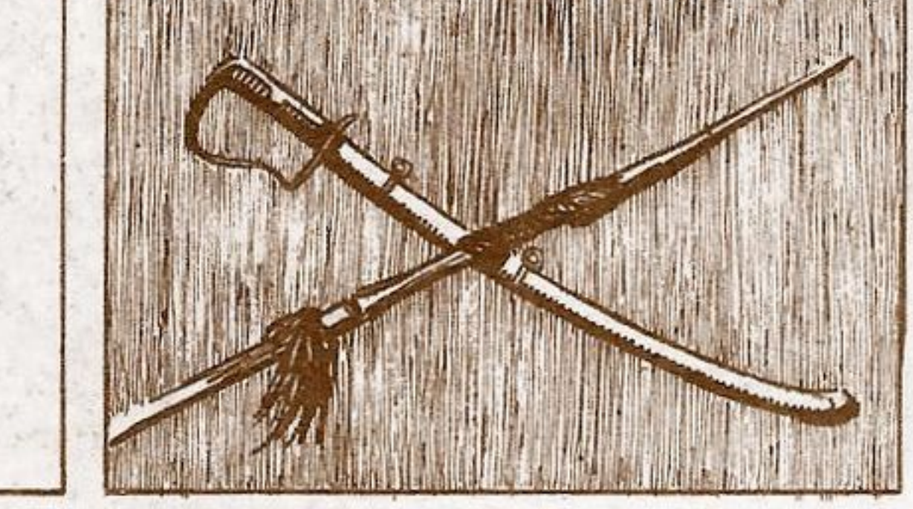
La posta de Mariana siguió siendo por muchos años la aguada que los viajeros encontraban en el inmenso desierto de piedra.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Lo mismo, aunque una mañana un bagual joven volteó a Aníbal y le golpeó la cabeza hasta matarlo.

¡Doña Mariana! ¡Doña Mariana! ¡El patroncito...!

Pasó el tiempo, y Neuquén tuvo gobernador. Un general Olascoaga con corazón de león que una mañana, marcando en la arena una serie de rayas y puntos, dijo convencido: -Estas son las avenidas plantadas en el desierto. Estos, los edificios, los parques. ¿Vamos o no vamos a hacerlo, ingeniero?



"La flor" perdió casi toda su alegría, aunque no la lozanía que le había dado fama en doscientas leguas a la redonda.

Indios y milicos olvidaron sus odios frente a los restos mortales del único hombre que consiguió el "sí" de Mariana Ruiz. Junto a la mujer querida por todos, los transeúntes del desierto.

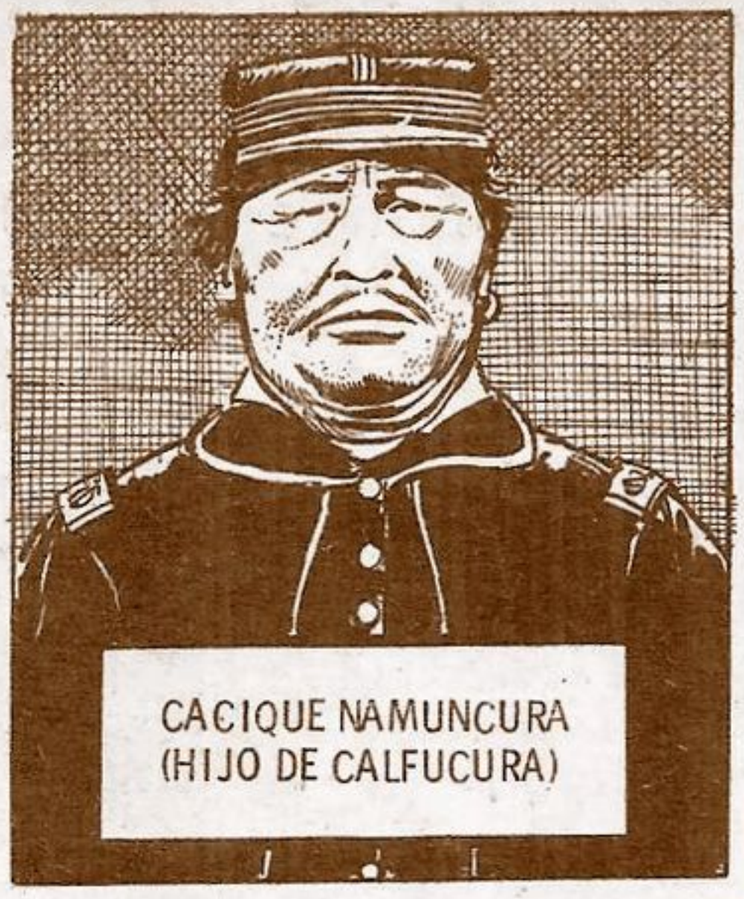
Haciendo una pausa, agregó: -Lo único que quedará del ayer serán estas piedras benditas que puso la naturaleza y la casa de Mariana Ruiz, pedazo grande de tradición.

Y tiempo más tarde del luto, las guitarras tornaron a musicar para la guapa patroncita del Ñorquín.

Oficiales, soldados, arrieros, comerciantes, frailes y científicos desfilaron por el ampliado y enriquecido rancho de Mariana, oasis donde siempre encontrarían agua dulce, comida típica y un limpio lugar para el descanso.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

También, pasaron a su tiempo, los caciques constantemente alzados -hasta la llegada de Roca al desierto-, silenciosos en sus retiradas. Una vez Reuqué Curá; otra vez Namuncurá el grande.



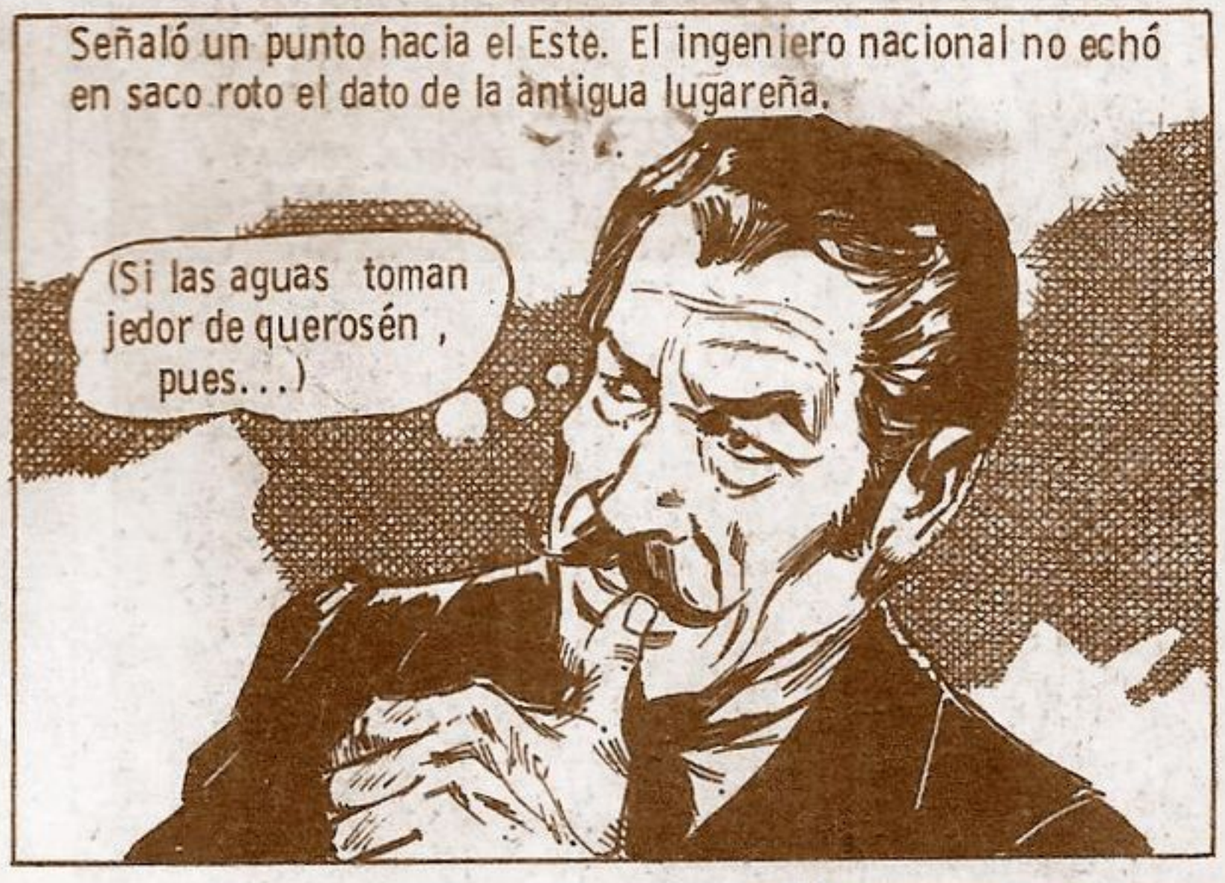
Mariana los atendió igualmente. Y curó heridas difíciles con su mano que jamás tembló ni ante el infiel ceñudo y a veces desagradecido.

Eso lo sabían todos los que respiraban aquellos aires de fuego del desierto. A la posta de "La flor" podían ir por comida, por ginebra o por ungüento para las mataduras. Pero jamás por una delación.

Pasó el tiempo de los indios, y el Sur criollo empezó a palpar a hombres rubios que vestían a la europea.

Eran los ingenieros y geólogos que buscaban el oro negro, signo vital del futuro.

Señaló un punto hacia el Este. El ingeniero nacional no echó en saco roto el dato de la antigua lugareña.



Buscaron y hallaron petróleo.

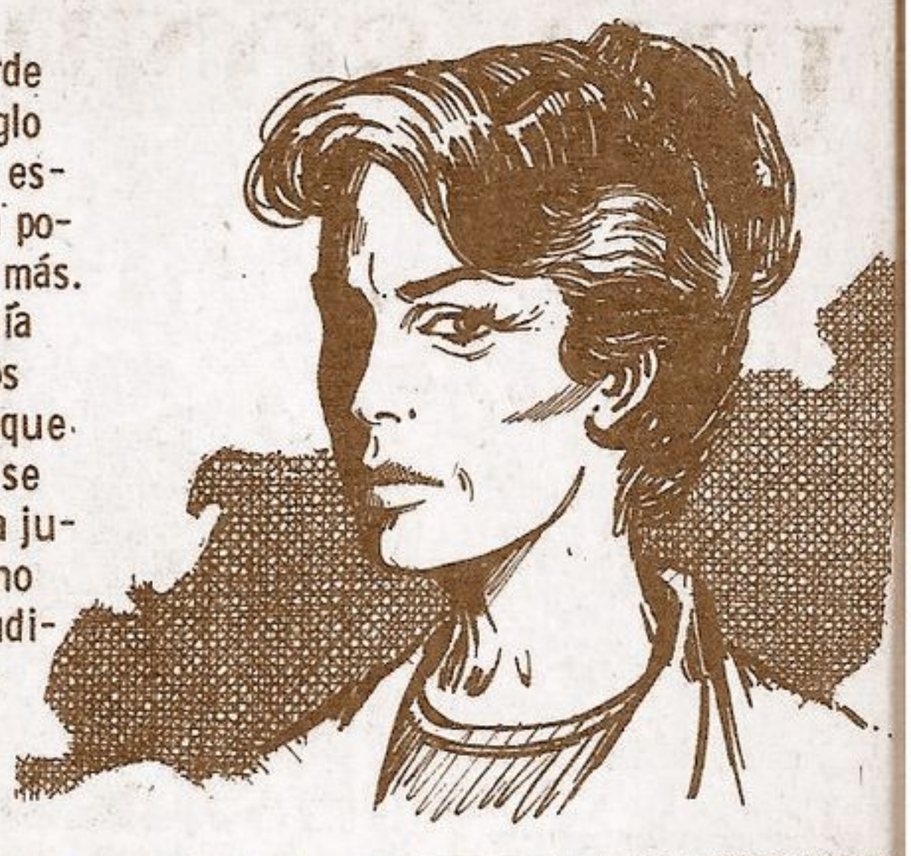
Con el petróleo, y después con el ferrocarril, las ciudades de arena y piedra se pusieron a mano de los civilizadores. Habían vencido completamente al desierto. Y esa vez Mariana Ruiz tuvo tristezas. Su desierto. Un pedazo de infancia difícil pero suspirada por su corazón de mujer.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

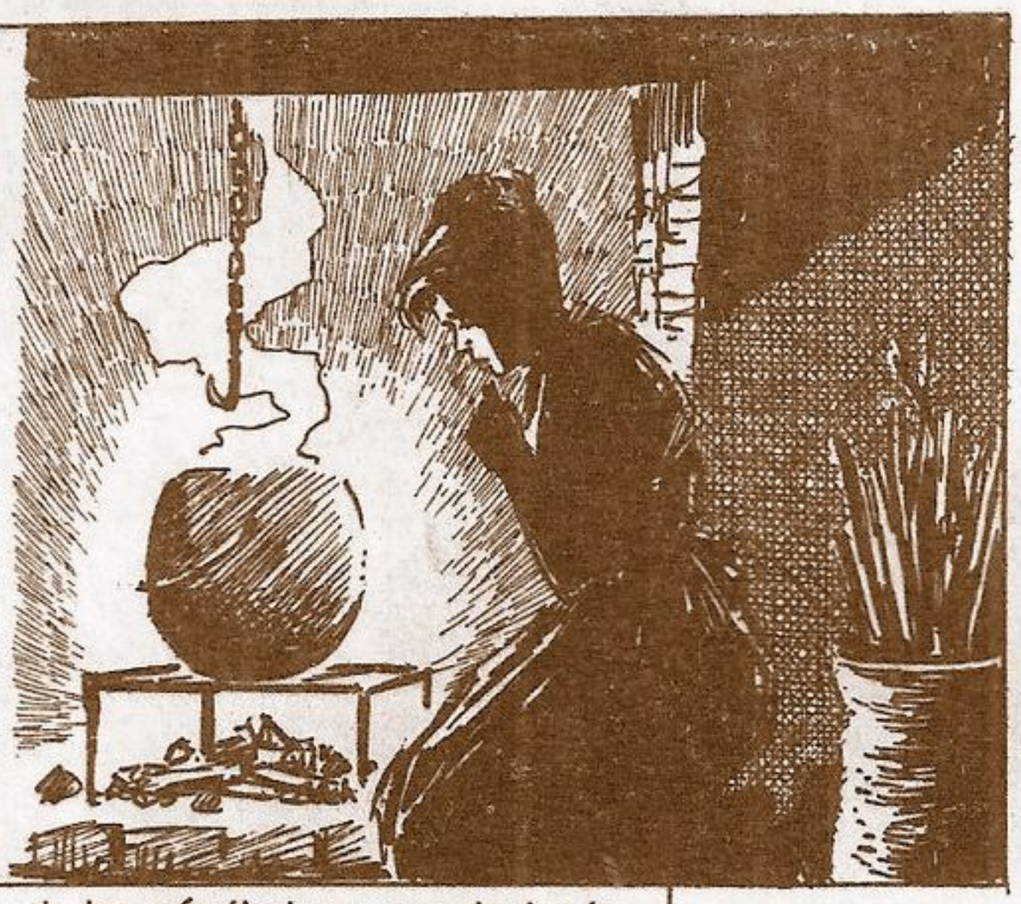
¡Cuántas cosas habían ocurrido! ¡Cuánta ambición, cuánta lucha, cuánta vida joven destrozada sobre las arenas de fuego!

(Ya pasó, Mariana Ruiz.)

Estaba al borde del medio siglo de vida, y el espejo ya no la podía engañar más. "La flor" tenía marchitos los pétalos, aunque en los ojos se aferraba una juventud que no sabía de claudicaciones.



Sus manos no llegaron a verse muy sarmentosas. Tenía cincuenta y pico de eneros -en ese mes de fuego había nacido Mariana- cuando una mañana se hincó de puro enferma junto al ollón de la mazamorra...



...y así la encontraron dos de sus viejos amigos de Ñorquín, como rezando. Y estaba muerta.

Con veinte piedras, de las más lindas que pudo dar la montaña, rodearon el pedazo de tierra que ocupó Mariana Ruiz, de frente al sol de los atardeceres, como ella quiso que la enterraran, según las palabras del padre Fernando.

Llovió esa misma noche. El cielo también quería afirmar la tierra que abrazaba para siempre a la flor del desierto allí sepultada.

Un herrero le hizo, a sudor y golpes de maza, un ornamento para esa tumba. De hierro, la flor que figuraba en la cabecera. También de hierro la cruz.

Allí, en la aguada del Sur, siempre iba a estar florida la tumba de Mariana Ruiz. Allí mismo, donde las viejas paredes susurraban recuerdos de un pasado fiero, pero también alegre y puro. Allí, donde es posible encontrar unos hilos de agua dulce entre pozos de petróleo y ambiciones antiguas y modernas...

...corretea por siempre el querido espectro de Mariana Ruiz, gaucha enfermera y amiga de sus amigos; mujer de corazón, musa cordial y símbolo de un ayer que cantan los payadores, pero que vivieron los bravos probados. De una raza criolla que, gracias a Dios, no se extinguirá.

FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

UNA SONRISA

- Es para ti, querido.

- ¿Necesita una niñera para esta noche, señor?

CIRULAXIA

SUAVE LAXANTE

JARABE Y

GRAGEAS

Consulte al odontólogo. Buches con CLORANGIOL SOLUCION antiséptico, desodorante, calmante eficaz.
CLORANGIOL SOLUCION, auténtica solución para la salud de su boca y garganta.

Clorangiol

SOLUCION

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

BEN CASEY

en: EL VERDUGO DE AUSCHWITZ

Por NEAL ADAMS

EGIDIO ESTEBAN PASSAMONTI
EX LIBRIS

Después de su conferencia de prensa, el profesor Revera... ¡Click!

Señor Ebard, permítame llevar eso al piso de abajo.

No es pesado. Puedo llevarlo yo mismo.

Por favor, señor Ebard. No tengo nada que hacer, y de todos modos tengo que ir abajo.

Gracias, Raúl. Y, por favor, no me digas "señor Ebard". Llámame Hans. Después de todo, ambos somos porteros.

Está bien, señor Ebard..., Hans.

Hans, ¿me consiguió en el depósito el equipo que le pedí?

Ja, doctor Casey. El doctor Robin me entregó uno de último modelo.

El buen doctor tiene su mercadería bien guardada, pero ante mi insistencia tuvo que entregarme el equipo.

Magnífico, Hans.

Y, otra cosa, doctor Casey...

¡Ah! Gracias. El grabado es muy bonito.

-Es para una joven mamá que acaba de dar a luz. Está en nuestra maternidad.

Señora Rebeca Berg, su tembloroso esclavo le trae regalos de reyes y plebeyos, de este y otros lugares de la tierra, ansiosos por recibir una mirada de la soberana y la nueva princesa.

¡David Berg, abogado loco! Te quedaste junto a la puerta durante diez minutos ensayando ese discurso...

...mientras yo trataba de mantener despierta a tu hijita para que te conociera.

Veo que no tuviste éxito.

¡Oh, David! ¿No es hermosa..., perfecta?

¡Uaaaa!

Por supuesto...

Ya lo ves. Dejó de llorar. Papá lo arregla todo.

David, no hay más lugar aquí. Tendrás que sacar algunas de las cosas que llenan esta habitación.

Tienes razón. Ben no tardará en llegar, y no hay espacio. Llevaré algunas de estas cosas al coche.

Portero, ¿puede ayudarme?

Cómo no, señor...

-Berg... David Berg.

Mientras...

Si pudiera llevar afuera esas cajas ...

Dime, Ben. ¿Cómo está la hijita de David Berg?

No sé. Aún no la he visto. Prometí ir hoy a la maternidad. Ya te informaré.

Quisiera llevar algunas de estas cosas al coche. ¿Podría ayudarme, Hans?

Ja. Parece que esta habitación está bendecida por la generosidad de un buen papá.

¡Pero si me dijo que me ayudaría! ¿Qué...?

Si me ayuda con esas cajas, yo llevaré estas otras... ¿Qué pasa?

No... No puedo... Quiero decir..., tengo mucho que hacer. No puedo ayudarlo.

No puedo. Lo siento.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¡Me dijo que me ayudaría! ¡Diablos!

-He oído decir que los nuevos papás actúan de modo raro, ¡pero perseguir a los porteros a través del corredor...!

¡Ah...! Hola, Ben. Ese portero me prometió ayudarme a llevar unos paquetes, y de repente... ¡Oh, nada! Ven a ver a mi hijita.

¡Oh, Ben! ¡Es precioso! ¡Qué atento!

- No es de mi parte, sino de parte de todo el equipo de neurología. Tenemos que mantener feliz a la esposa del mejor abogado del hospital.

Es raro, el portero estaba dispuesto a ayudarme, y de repente se fue con la velocidad de un rayo... Espera un segundo... El número de mi brazo...

¿Número?

Sí, este número. Me lo pusieron en un campo de concentración nazi cuando era un niño. Nunca hablo de eso. Es un tema muy triste.

El portero pareció observarlo. Quizá eso lo haya ahuyentado. Resulta molesto para mucha gente que conoce su significado.

¿Sabes cómo se llama ese portero?

Sé su nombre de pila. Lo tenía escrito en el borde del bolsillo: Hans.

¡Hans Ebard! Es uno de los porteros más amables y serviciales del hospital.

"Puede ser. Jamás le oí hablar acerca de esa época de su vida".

He visto reacciones como la suya. Probablemente también él sufrió en algún campamento de concentración nazi.

Casi a medianoche, en un solitario corredor del hospital, el silencio es quebrado por el taconeo de alguien que se acerca.

(Nadie está de turno en la oficina a esta hora. ¿Quién podría ser?)

TAP TAP TAP TAP TAP TAP TAP TAP TAP

El ruido del taconeo se vuelve cada vez más intenso en los oídos de Hans Ebard.

TAP TAP

(No sé quién puede venir acá a esta hora. ¡Tengo miedo!)

El corredor parece volverse cada vez más espacioso y vacío a medida que los pasos se aproximan.

(¡Vienen persiguiéndome! ¡Yo no he hecho nada malo!)

TAP TAP TAP TAP TAP TAP TAP

Petrificado de terror, Hans observa una sombría silueta que surge de la oscuridad.

¡No! ¡No! ¡No me iré! ¡Usted no puede llevarme!

...y se vuelve visible al ser alcanzada por los haces de luz.

¡Váyase!

¡Váyase!

¡Hans!

¡No! ¡Por favor! ¡Váyase!

¡Hans, soy yo, el doctor Casey! ¿Qué le pasa?

No sé de qué habla. Nunca he estado en un campo de concentración. Discúlpeme, doctor Casey. Tengo que terminar mi trabajo._

¿Doctor Casey? Oh, lo siento... Creí que era... Me asustan los corredores oscuros.

Entiendo, Hans. David Berg me contó lo sucedido hoy. El haber estado en un campo de concentración puede traer recuerdos malos.

David Berg no puede conciliar el sueño. Su mente vuelve insistentemente hacia un acontecimiento del pasado.

Al día siguiente...

¡David! ¡Apenas te has fijado en tu hija! ¿Qué pasa?

Nada. Sólo que no puedo olvidar lo sucedido ayer con ese portero.

No, David. El dice que jamas ha estado en un campo de concentración. Pero no dio ninguna explicación sobre su actitud.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¡Éh! ¡Escuche, Hans! ¡Hans! ¡Hans Ebard!

Sí.

Quiero saber por qué actuó ayer de ese modo. Y por qué negó ante el doctor Casey haber estado nunca en un campo de concentración.

Porque no es verdad. Jamás estuve en ninguno.

No es cierto. Yo era un niño, pero recuerdo haber visto su cara en Auschwitz.

Insisto en que no estuve prisionero en Auschwitz. Nadie mejor que yo podría saberlo. Y no quiero oir hablar nuevamente del tema.

Pero.... yo recuerdo...

¿Qué...? ¡Basta!

¡Oh...! Lo siento... Estaba tan seguro...

Lo siento, Hans. Estaba seguro de haberlo visto en Auschwitz.

Bien. Pero no quiero oir hablar nuevamente del tema.

¿Por qué? ¿Por qué me acosa este recuerdo? Es algo que se me atraviesa en la garganta.

¡Y está empezando a resultarme un tema repugnante!

¿Qué te parece tu hogar, Rebeca Berg? Mejor que el hospital, ¿verdad?

¡Entra, David! ¡Hace frío afuera!

¡Los hombres! ¡Cómo está esta casa!

Supongo que los abogados somos detestables como mucamos.

David Berg no parece tranquilizarse. Se siente desvelado...

(Auschwitz... Hans Ebard. ¿Qué relación hay entre uno y otro?)

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

HANS EBARD... MÁS JOVEN... UNIFORME... ESA CARA... ¡MIS PADRES... VIGILÁNDONOS...

...¡NO, MAMÁ, PAPÁ...

...NO SE VAYAN...!

HANS EBARD, EL CARNICERO NAZI!

(¡Con razón recordaba su rostro! Hans Ebard es el carnicero de Auschwitz; el que envió a la muerte a mis padres. ¿A cientos de judíos, tal vez a miles?)

(Tengo que estar seguro. Creo que Ben está de guardia esta noche.)

Más tarde, en el hospital general del condado...

¿Quieres que te dé la dirección de Hans, David? Escucha, el reglamento me lo prohibe. Ven mañana por la mañana y pregúntaselo a él mismo.

??

No importa, Ben. No es importante.

(La guía telefónica. ¿Cómo no se me ocurrió antes?)

¡Uaaaaaa!

David, ¿puedes prepararle la mamadera a tu hija? Yo estoy... ¡David!

David... ¡David! ¿Estás ahí abajo?

¡Oh! ¿Dónde está? ¿Adónde habrá ido? ¡David!

BRRRRRINNGGG

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Hola, Rebeca. Habla Ben. Espero no haberte despertado, pero hace un rato que David me llamó, y quiero preguntarle...

El no está aquí, Ben. Habrá salido, me supongo.

¿Dijo David adónde iba?

No, Ben. David... Espera un minuto. La guía telefónica está abierta, y hay una hoja arrancada.

Los apellidos de esa páginas empiezan con E... B...

¡E-b-ard! ¡Hans Ebard! David me llamó para preguntarme su dirección.

(Lo pagarás, Ebard. ¡No lo suficiente..., pero me las pagarás!)

(Calle Hunt 336. ¡Es aquí!)

POFF

(Vas a pagar por todas las vidas que segaste. Lo vas a pagar con tu propia vida, Hans Ebard, aunque te la tenga que quitar con mis propias manos.)

Estoy seguro de que David tenía algún motivo razonable para comunicarse con Hans. No te preocupes. Vuelve a dormirte.

Gracias, Ben. Estoy segura de que tienes razón.

(Departamento H. ¡Qué raro! ¡La puerta está abierta!)

¿Quién es?

Un judío, Hans Ebard. Un judío cuya alma usted marcó a fuego con odio y miedo, y a cuya familia usted asesinó, y a cuyos compatriotas usted trató de borrar de la faz de la tierra.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¿Y ahora, Hans Ebard, quiere negar que estuvo en Auschwitz? ¿Usted, que asesinó a mis padres y a otros innumerables judíos?

No... Es cierto. Soy todo lo que usted dice. Sabía que, tarde o temprano, alguien me descubriría.

¿Qué... qué va a hacer conmigo?

¿Qué voy a hacer con usted, eh? Pensaba matarlo, y aun lo pienso, pero para mí será mucho más difícil hacerlo de lo que lo fue para usted.

Me puede costar decidirme. ¿Por qué no me da una excusa? Dígame que usted no era responsable..., que sólo actuó obedeciendo órdenes.

SNAP

Usted no podrá vivir en paz con su conciencia.

¿Eh?

Si me mata, no podrá mirar a ningún hombre en la cara sin sentirse culpable.

¿Que voy a lamentarme de haberlo matado? ¿A usted! Dígame: ¿mis padres le hablaron a usted en Auschwitz del mismo modo en que me habla usted ahora?

Tiene que escucharme. He pasado los últimos veinte años de mi vida tratando de borrar las manchas de sangre que tengo en las manos...

...tratando de sopreponerme cada noche a horribles pesadillas..., procurando hacer por otros algo que pueda redimirme de lo que no tiene redención.

Si usted me asesina, no hará otra cosa que asumir mi culpabilidad y sobrellevarla el resto de su vida. ¿No lo entiende?

Lo que entiendo es que usted debe morir... sea como fuere.

Está bien. Debo morir, pero mi muerte no debe pesar sobre su conciencia. Estoy dispuesto a morir. Las ventanas están cerradas. Todo lo que usted necesita hacer, es abrir el gas... así...

CLICK CLICK

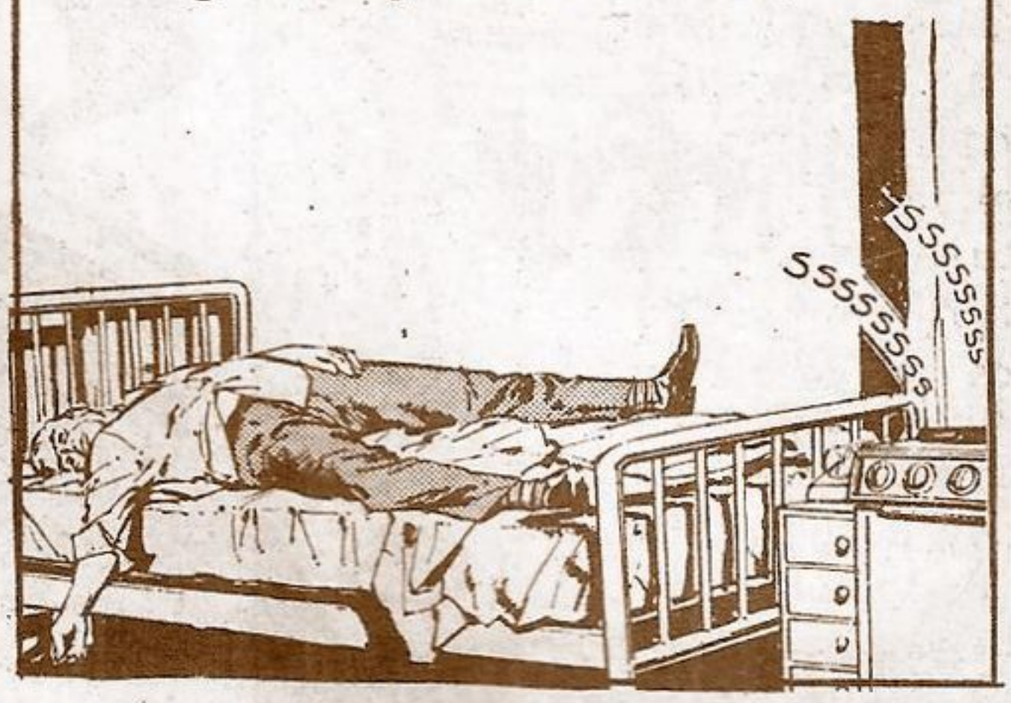
¡No! ¡El gas no! ¡Nazi!

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Al intentar Hans Ebard alcanzar la llave del gas, David Berg entra en acción, encegue-cido por la sed de venganza.

David Berg abandona el departamento de Hans Ebard con la mirada extraviada y las manos hincha-das...

...olvidando que la llave del gas ha quedado abierta.



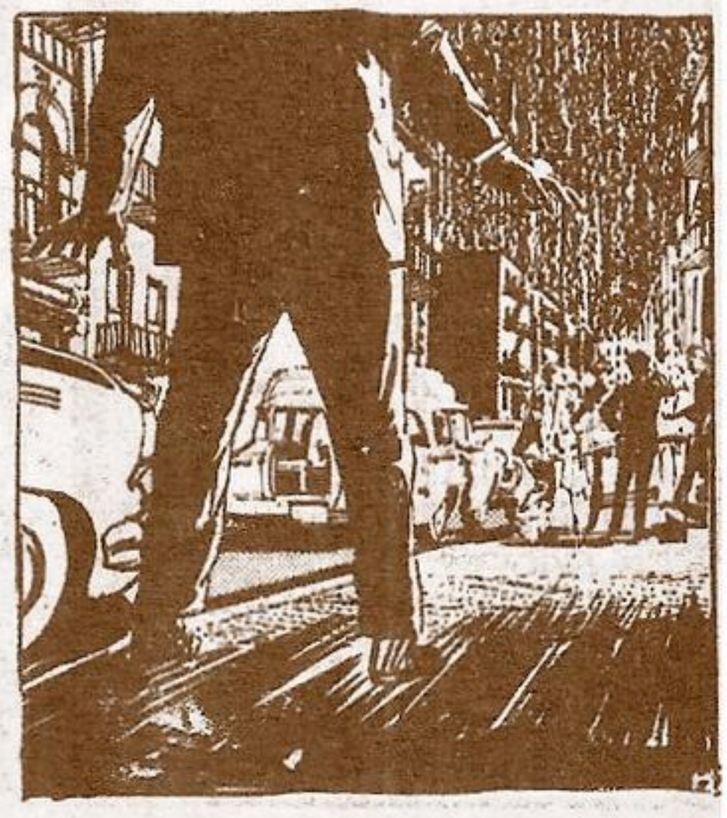
Mientras Ebard vuelve lentamente en sí...

(¡Oh! Creo que no podré levantarme... para cerrar la llave del gas... o tal vez... ni siquiera desee ha-cerlo.)

Después de vagar cuadras y cuadras David recuerda que la llave del gas ha quedado abierta en la habitación de Hans.

(Si Ebard no vuelve a despertar, ésa se-rá la solución para ambos.)

(Tengo que volver. Hans Ebard no debe morir. Eso significaría que soy tan malo como él. Lo he puesto en una cámara de gas... ¡como él lo hizo con mis padres! ¡No!)



Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¿Está... está... muerto?

¿Es usted un pariente?

Se lo he preguntado: ¿es usted un pariente?

Casi... O más que pariente: si está muerto, soy su asesino.

¡Doctor Casey! ¡Doctor Casey! ¡Caso de emergencia!

-Es Hans Ebard, Ben. Asfixia. Emanaciones de gas. Magulladuras. Conmoción cerebral. Fractura de costillas. Lo tenemos bajo carpa de exígeno. Ted lo está examinando. Este hombre quiere hablar contigo.

Soy el teniente Arthur, de la policía.

Digamos que es agresión. Pero, si Ebard muere, será asesinato. Usted dijo que luego había intentado llamar a Ebard, pero que el teléfono estaba cortado.

Cuando usted nos llamó, doctor, ¿qué le hizo pensar que Hans Ebard estaba en peligro?

Un amigo mío me llamó preguntándome la dirección de Ebard. Parecía aturdido.

¿Ese "amigo" es David Berg?

¿Quiere decir que... David...?

Sí. Yo... ¿Asesinato?

¿Quién está cuidando a la nena, Rebeca?

Una vecina, la señora Estrin. ¿Me lo vas a contar todo, David?

Y, en el hospital...

Cuando tenía ocho años estuve con mis padres en un campo de concentración. Bueno...

Es un estropicio, Ben.

Pidamos unos rayos X. Hay algo muy raro aquí.

-Sí, David, vamos a operar dentro de un par de horas. Les di un vistazo a esos rayos X, y créeme que la mayor parte del daño sufrido por el cerebro se debe a lesiones sufridas hace años...

...y que nunca fueron tratadas.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Dejemos de lado las suposiciones, Ben. ¿Se salvará?

Con suerte, sí. Pero, ¿por qué lo hiciste, David? ¿Por qué justamente a Hans?)

Ya lo leerás en los periódicos, Ben. Ahora tengo que volver a mi celda.

Una hora antes de la operación...

Doctor Casey..., doctor Casey..., tengo que decirle..., tengo que...

Estoy aquí, Hans. No haga esfuerzo.

David Berg... es inocente... El no hizo nada... Fui yo... Yo maté a sus padres. No me opere... No malgaste su esfuerzo... Déjeme morir...

Hablaba en voz tan baja que no pude oir lo último que dijo. ¿Y tú, Ted?

No, Ben. No lo pude entender. A propósito, la operación se hará a las cuatro.

Al amanecer, Ben Casey sigue operando. Cuando sale del quirófano, han pasado seis horas desde que Hans comenzó a ser intervenido.

(Espero nunca volver a ver un cráneo ni un encéfalo como ésos.)

Aquí tiene el periódico que quería ver, doctor Casey. Y tiene un llamado telefónico. Es un tal David Berg.

("Ex prisionero nazi intenta matar con emanaciones de gas a un ex-nazi. Se informa que ayer David Berg...")

La operación salió bien, David. Sí. Lo leí, pero no lo creo.

Es cierto, Ben. Pero la llave del gas no la abrí yo. La dejé abierta. Ben, tengo que ver a Hans.

¿Para qué, David?

-Mi abogado me sacó bajo fianza hasta el día de la audiencia, pero el juez me dijo que no puedo ver a Hans, a menos que él lo pida.

Si es posible, quiero hablarle. Quiero verlo. Ben, ¿tú podrías?

-Si la operación ha salido bien, y si no hay complicaciones, recuperará el sentido dentro de una semana, o más tarde. Entonces le hablaré... y... veré qué puedo hacer.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

(Hans, ¿era usted uno de los "monstruos"? ¿Usted, que ni siquiera le levantó nunca la voz a nadie durante todos estos años que hace que lo conozco?)

Varios días después de su operación, Hans Ebard recupera el conocimiento.

Todos los días he recibido llamados telefónicos suyos. El... ha..., quiere hablar con usted. Pero la Corte no se lo permitirá, a menos que usted lo pida.

—Entonces pídalo.

He estado tan ansioso por verlo... y ahora no sé si tendré el coraje necesario para ponerme frente a él.

Hans parece deseoso de verte, David. Su habitación está al extremo de este corredor.

Mi abogado me dice que estoy acusado de agresión grave. Pero cree que puede dejar sin efecto el cargo que pesa contra mí.

Eso será un alivio, me supongo. Y, a propósito, ya que eres abogado, ¿por qué no te patrocinas a ti mismo?

Los abogados no somos tontos. "El abogado que se defiende a sí mismo, tiene a un tonto por cliente."

En medicina actuamos de manera análoga. Pero el refrán es algo diferen... Hemos llegado.

-Aunque pueda parecerle extraño, he venido para decirle que lo que hice no fue..., quiero decir..., no importa cuáles fuesen mis sentimientos; tuve que estar demente para..., bueno...

Lo que usted quiere decir es que usted sabe que yo tenía razón al decirle que perdería el autorrespeto si atentaba contra mí.

-Siéntese, David Berg. Tengo algo que contarle. Algo que yo mismo acabo de recordar. Ante todo: doctor Casey, ¿descubrió usted algo extraño cuando operó?

Sí. Había una cicatriz enorme tanto en la piel como en el cráneo. Daba la impresión de que alguna vez se le había caído un techo encima.

-Eso debió haberle causado la muerte en más de una ocasión, o de lo contrario, haberle provocado frecuentes dolores de cabeza. A juzgar por el tejido dañado, se diría que esa lesión la sufrió hace años. .

Sí, hace muchos años. Y tuve muchos dolores de cabeza. ¿Logró hacerme un buen parche, doctor Casey?

Creo que sí. Pude extraer la mayor parte del tejido afectado, lo cual aliviará la presión que sufría el cerebro. ¿Ya nota alguna mejoría?

Más que eso. Ahora recuerdo todas las cosas que antes estaban vagamente impresas en mi memoria, y las cosas que me negaba a recordar.

"Yo era un buen alemán. La política no me interesaba. Sólo me sentía orgulloso de mi país, de mis compatriotas, de mi uniforme, de mis botas, de todo. Y entonces me destinaron al campo de concentración de Auschwitz."

"Decidí no pedir que me trasladaran, al descubrir que algunos chicos, que habían ganado la simpatía de un par de guardianes, lograron escabullirse a través de una puerta."

"Los chicos no eran tan estrictamente vigilados como los adultos. De modo que pedí que me asignaran un puesto de guardia en esa zona, porque me pareció que podía hacer algo con ellos."

¿Qué significa lo de hacer algo con ellos?

¡Ayudarlos a escapar, por supuesto!

¿Usted ayudó a los niños a escapar de Auschwitz?

Cuando los recuerdos acudieron a mi mente esta mañana apenas pude creerlo.

"Yo tenía un grupo organizado: un escribiente que había hecho desaparecer nombres de la lista, tres guardias dignos de confianza y algunas otras personas, que me hacían un favor de tanto en tanto. Y finalmente, gente que se hacía cargo de los niños y los hacían pasar."

"Cuando algunos alemanes se dieron cuenta de lo que pasaba en Auschwitz, arriesgaron su vida por salvar a los niños."

"Un día, mientras estaba de guardia, hablé con un prisionero a quien le tenía mucha simpatía. El era padre de un niño de diez años, que rehusaba separarse de sus padres para ir a un campo de trabajo."

"Y, cuando lo obligaron a irse, él escapó y volvió a reunirse con sus padres".

Escaneado en Córdoba - Argentina

En reconocimiento a su esfuerzo, los directores del campamento le permitieron morir con sus padres en la cámara de gas.

Pero el padre del niño me imploró que lo salvara.

"Cuando llegó el día, presenté a los guardianes una nota fraguada, en la que se ordenaba que el niño fuera llevado a un campo de trabajo."

"Tuve que contener físicamente al niño para evitar que siguiera a sus padres y compartiera su destino. David Berg era un niño muy intrépido."

¿¿¿Yo???

Querrá decir que no lo recuerda.

Yo...,bueno...,no he pensado en eso durante muchos años..

Me arrestaron. Y, cuando estuve frente al comandante, tuve que disimular una sonrisa al recordar que había salvado, no a un niño, sino a muchos.

"Durante el interrogatorio insistí en que usted había sido el único niño a quien había ayudado a escapar. Me parece que me creyeron, porque cuando me descubrieron había hecho una labor muy torpe."

En camino a Berlín pensé en que detrás de mí quedaba gente dispuesta a continuar con la tarea, gracias a Dios

"Estuve en una prisión durante varios meses, esperando temeroso mi juicio o lo que pudiera sobrevenirme. Entonces empezó el bombardeo."

"En los días siguientes presencié los altibajos de una ciudad en agonía y vi el final de lo que los nazis habían comenzado."

"Bueno, eso precisamente fue lo que sucedió durante un ataque aéreo, la prisión fue alcanzada y el techo se me cayó literalmente encima."

"Todo lo que recuerdo, fue que, después de eso, recuperé el conocimiento un par de veces y traté de salir de entre los escombros."

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

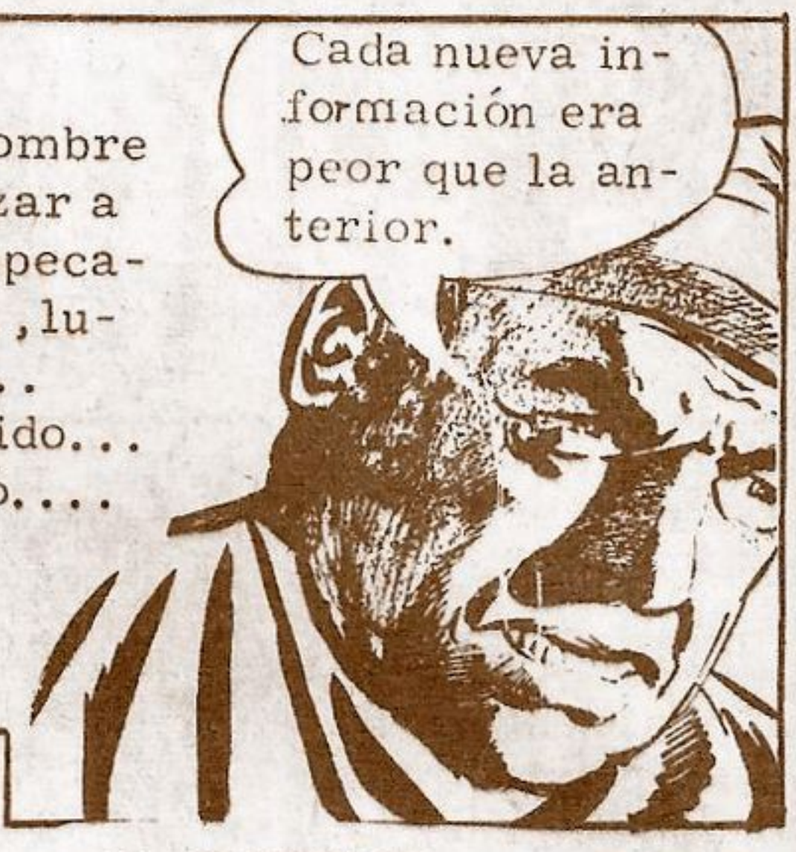
"Pasaron semanas antes de que recobrara totalmente la lucidez. Estaba en una catedral que había sido convertida en hospital de emergencia. Pero había perdido la memoria."

"Semanas más tarde pude levantarme y ayudar a otros pacientes a pesar de mis constantes dolores de cabeza."

"Cuando comenzaron a llegar informaciones sobre las muertes ocurridas en los campos de concentración, nadie las creyó. Pero yo sí."

Las noticias llegaban cada vez más frecuentemente a nosotros, informando sobre los campos de concentración. Buchenwald..., Auschwitz...

-¡Auschwitz! Ese nombre me permitió empezar a reconstruir el rompecabezas... Fechas..., lugares..., rostros... Todo el horror vivido... Mi mente se rebeló....



-Medio millón de víctimas..., dos millones, tres millones y medio...,¡seis millones! No podía soportar la idea de que yo había compartido la culpa.

Como lo único que recordé de Auschwitz en el momento era el horror de aquel cuadro, opté por desalojar de mi memoria todos los recuerdos.

Lo poco que recordaba me convenció de que tenía mucho que expiar. Entonces vinieron los médicos.

¿Qué pasó cuando los médicos llegaron a Berlín, Hans?

Pensé que, si les permitía arreglarme la cabeza, mi conexión con Auschwitz sería descubierta. Por eso no dejé que me operasen.

Me di maña para que en mi propio país no me descubrieran. El modo como llegué a los Estados Unidos es otra historia.

¡Y ahora va a decirnos que la milagrosa operación del doctor Casey le ha permitido recordar su heroico pasado!

¡No!

La operación puso en claro mi cabeza, pero lo que importaba era enfrentarme con usted, David Berg.

¿Qué tiene eso que ver?

Lo que mi memoria me negó durante veinte años, usted me ayudó a recuperarlo. Ahora sé la verdad.

¡La verdad! Usted no la aceptaría, aunque ella lo golpeara en la cabeza. ¿Espera que yo crea esa ridícula historia?

No espero que usted crea nada. Sólo quería contarle mi historia.

SLAM

(¿Será cierto que Ebard me salvó la vida? ¿Cómo podría ser eso?)

¡Señor David Berg! ¿Podría venir a la mesa de recepción?

Es un llamado de su esposa. Ella dice que es algo urgente.

Hola, Rebeca. ¿Qué sucede?

Escucha, David. ¿No has visto todavía al señor Ebard?

-Bueno, aquí está un señor Stillman. Dice que estaba al frente del grupo clandestino que te sacó de Alemania durante la guerra.

Quiere hablar contigo.

¿Por qué lo preguntas?

Espero que David Berg conozca algún día la verdad de mi relato.

Bueno, hasta que llegue ese día, le sugiero que se concentre en el esfuerzo de mejorar su salud.

-Tengo otra cosa en la cual puede concentrarse el señor Ebard, si no te opones, Ben.

Acabo de sostener una larga conversación con un señor Stillman.

-Sí, el señor Stillman. Y, más que hablar, escuché. Era el jefe de la organización de ayuda a refugiados que me sacó de Alemania.

También me dijo que fue usted quien me sacó de Auschwitz..., antes de que le perdieran la pista.

Es... es difícil decirle algo al hombre a quien uno casi mata a golpes, siendo este hombre el que le salvó la vida a uno mismo.

Lo importante es que ambos soportamos nuestra prueba y salimos de ella siendo mejores que antes.

Cuando lo demos de alta dentro de una semanas, Hans, estará a cargo de una enfermera durante algún tiempo, de modo que no estará solo.

Ah..., permíteme, Ben.

Cuando Hans salga del hospital me gustaría llevarlo a casa. Rebeca y yo nos sentiremos muy complacidos de recibirlo.

Por favor, señor Berg. Su esposa acaba de dar a luz, y no sé cómo...

Si me ayuda a cuidar a la nena de vez en cuando, señor Ebard, estoy segura de que nos llevaremos muy bien.

Bien, Casey. Parece que puedo escribir un final feliz en mi diario sobre la historia de Hans Ebard.

Está bien, Art. Pero tomemos un café y cuénteme qué intervención tuvo usted en este final feliz.

En serio, Casey. Todo lo que sucedió fue que el señor Stillman me llamó a mi oficina y me preguntó qué podía hacer. De modo que lo envié a ver a la señora Berg.

Bien hecho, Art.

Pero se me ocurre que, con esa prodigiosa memoria visual suya, recorrió los archivos fotográficos y allí encontró a Stillman.

Dígame, Casey. ¿Es cierto que los Berg se van a llevar a Ebard a su casa?

Tan pronto como lo demos de alta.

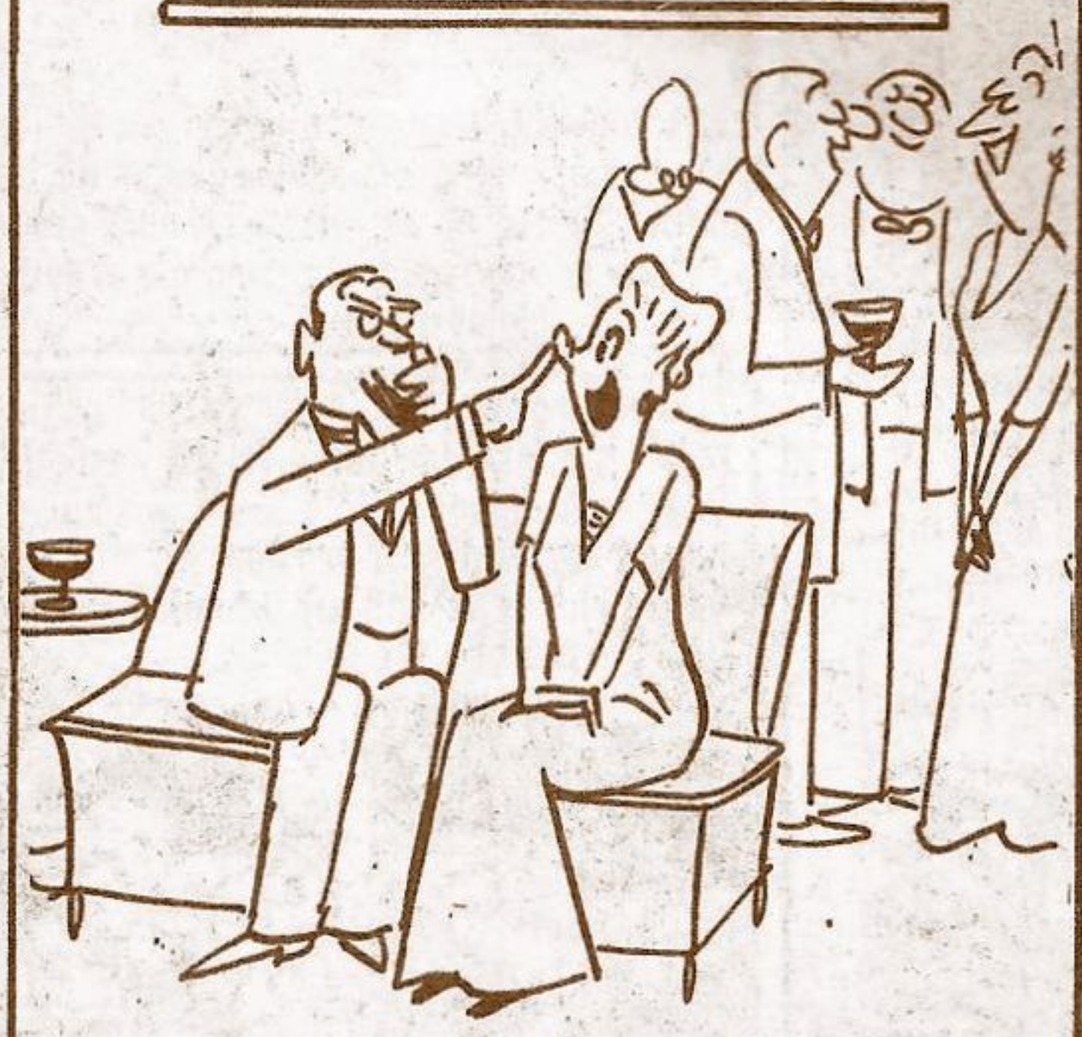
FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

GOTITAS DE ALEGRIA

- Nunca creí que la luna de miel fuera algo tan romántico.

- Yo creo que tú tienes la úlcera porque no alcanzas a dejar enfriar la comida, Cachi.



- Me han dicho que usted es cirujano plástico, doctor. ¿Es verdad?

USTED TAMBIEN PUEDE SER

DETECTIVE

Capacítese para la más apasionante y provechosa actividad.

En los Estados Unidos el 85% de los crímenes y delitos son descubiertos por detectives particulares.

Infórmese sin compromiso remitiendo el cupón a:

PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES

DIAGONAL NORTE 825
10º Piso -BUENOS AIRES

CORRESPONDENCIA SIN MEMBRETE RESERVA ABSOLUTA

NOMBRE Y APELLIDO .....
Domicilio .....
Localidad ..... Pcia. 29

INSTITUCION FUNDADA EN 1953

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

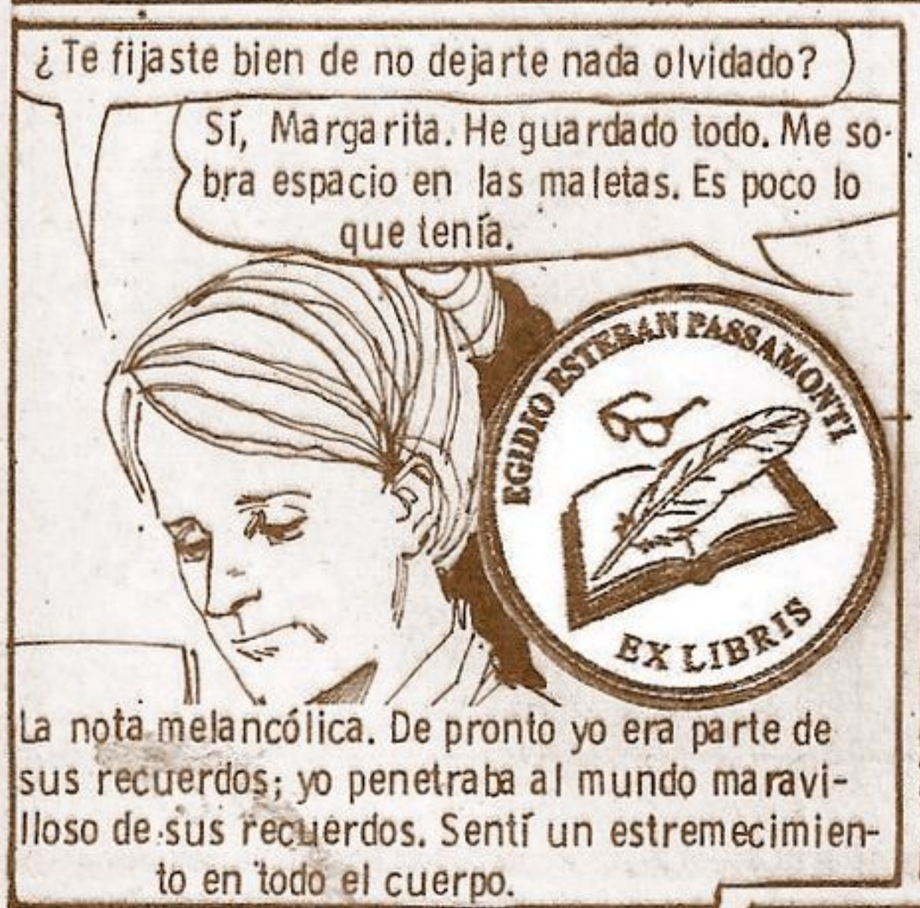
presenta sus historias de hombres y mujeres

"LA CATEDRAL DE RUAN" POR CLAUDE MONET

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Volví a mirarla. Estaba sentada junto a la chimenea. Pensaba. Siempre pensaba. Siempre recordaba el tiempo que había pasado y que no regresaría jamás. Lo había dado todo, hasta su amor de mujer por aquel otro amor de la madre que no era. Me costaba irme, pero tenía que dejarla. Le había dado franco a las dos muchachas y a la cocinera. Había querido quedarse sola.

Su cabeza me parecía más blanca que nunca y las arrugas de su frente más profundas. El tiempo pasa rápidamente, sin darnos cuenta nos volvemos viejos, nos cansamos, morimos.



La nota melancólica. De pronto yo era parte de sus recuerdos; yo penetraba al mundo maravilloso de sus recuerdos. Sentí un estremecimiento en todo el cuerpo.

-A mí siempre me gustó la pintura, pero nunca pude estudiar. No hubo tiempo. ¿Viste el regalo que me mandaron mis hermanos? Llegó hace un rato, justo cuando se iban las muchachas. Es una reproducción de "La Catedral de Ruán" de Claude Monet, mi pintor preferido.

Callé. Traté de llenar mi silencio encendiendo un cigarrillo. Margarita se dio cuenta de lo que me ocurría. Margarita siempre sabía adivinar la angustia o el asombro o el dolor de los otros.

-Claude Monet- me dijo Margarita- de un pajar a diferentes horas del día y en distintas estaciones pintó 15 lienzos que hoy se encuentran repartidos en museos y colecciones de arte por todo el mundo.

-Para pintar 20 lienzos magistrales que hizo de la Catedral de Ruán, trabajó horas tras horas, día tras día, durante dos años, desde un ventanal de esquina alquilado frente a la catedral...

"...quitando el cuadro del caballete y colocando otro en su lugar apenas cambiaba la luz."

-Monet reaccionaba con la luz aún sin querer lo. Cuando murió su esposa, tuvo que salir precipitadamente de la alcoba, porque sus ojos fijos en el rostro de la muerta...

"...veían las gradaciones de color, la secuencia de tonos cambiantes con que la muerte lo iba transfigurando."

Ahora ella también se había quedado callada. ¿En quién pensaba? ¿En sus hermanos, acaso? ¿En Claude Monet y su maravillosas catedrales? ¿En Fermín? ¿En su amor que no había sido amor?

"En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón."

"Mi cantar vuelve a plañir:
Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada."

¿De quién son esos versos...?

De Antonio Machado.

Recuerdo que te los decían a ti cuando habías roto tu compromiso con Laura Estévez y te enojabas. Te ponías rojo de furia.

Sonreí con cierta amargura. ¡Laura Estévez! Qué lejos que ahora estaba de mi vida. Se había casado. Tenía dos hijos, y yo había llegado a darme cuenta que sólo había sido un capricho y no un amor.

"Mi cantar vuelve a plañir:
Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada."

Esta vez había repetido el cuarteto para sí sola, para su secreto dolor, para la confesión nunca confesada. Sabía que yo me iba y se aferraba a sus recuerdos para saber que no estaba sola.

Fermín Echagüe.

¿Por qué lo nombras?

Usted necesita que alguien se lo nombre.

Fermín Echagüe. No le tengo miedo. Jamás le temí a los recuerdos. Los puedo enfrentar cara a cara.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

El nacimiento de Margarita Milton está señalado por una serie de acontecimientos dramáticos. Los hijos, a mi parecer, hacen que el hombre sea más hombre. Ante la cuna de su primer recién nacido el hombre normal se siente más varonil, más serio, más prudente.

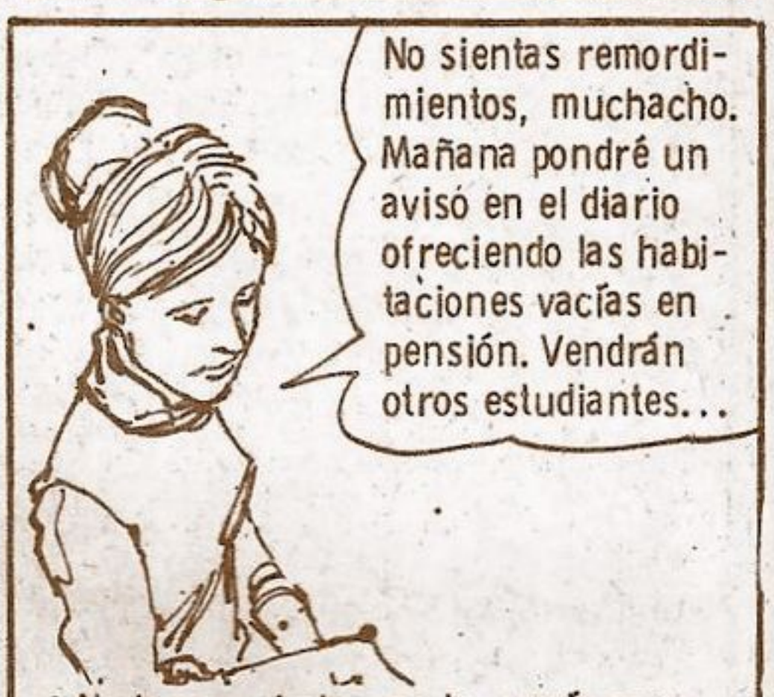
Su madre había perdido dos niñas nacidas prematuramente. Margarita fue la tercera en nacer y la primera en subsistir. Después nacieron Armando, Pedro y Luis sin ninguna clase de inconvenientes.

Margarita no era una muchacha hermosa. Delgada, el cabello sin brillo, los brazos muy largos y los hombros caídos se sumaban a un grueso par de anteojos de los que no podía separarse jamás y que sus hermanitos le escondían para hacerle bromas. Sus pupilas eran muy débiles.

Aquella tarde de junio la tragedia se hizo presente en la despreocupada vida de Margarita Milton. La joven vio con terror llegar la noche sin que sus padres regresasen. Cerca de las tres de la mañana llegó la policía. La señora y el señor Milton habían muerto en un accidente callejero.

¡Ese es tu miedo! ¡Por eso temes irte! Lo noté desde que bajaste y no me daba cuenta qué podía ser, por qué podías tener ese miedo que se descubría en tu voz.

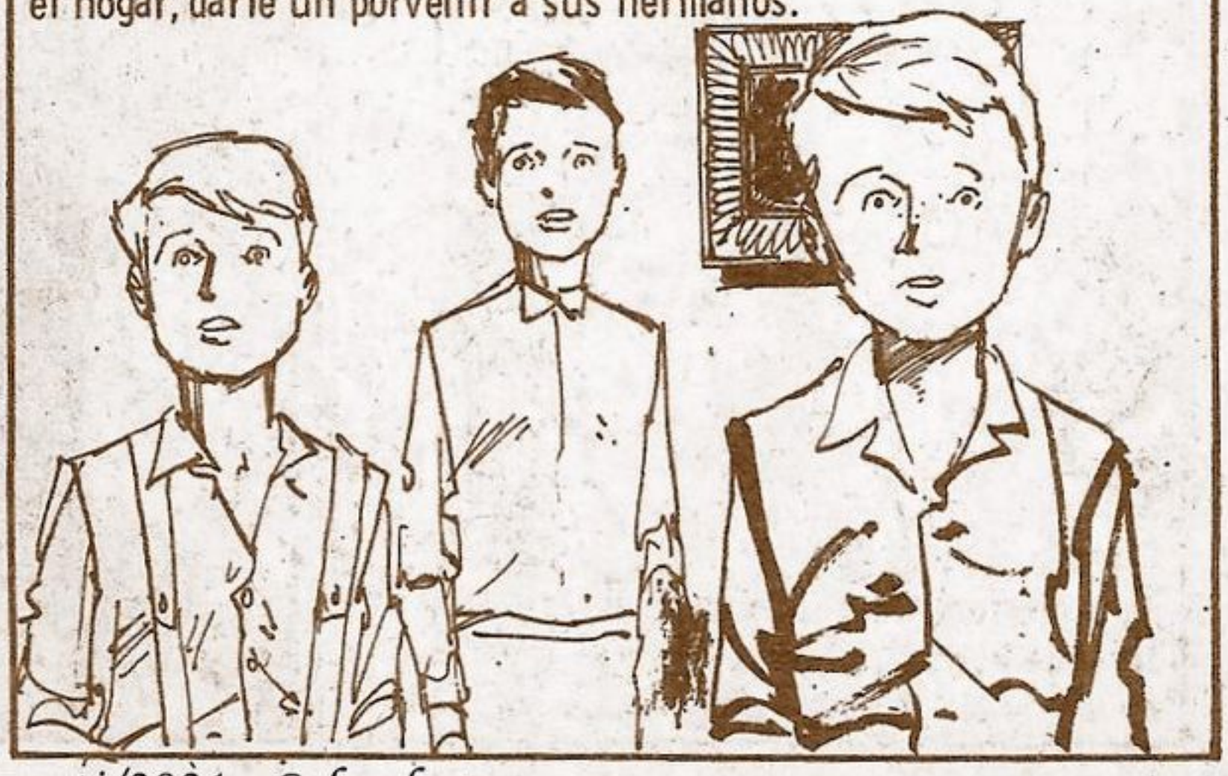
Una fría tarde de junio, cuando Margarita acababa de cumplir los 18 años, sus padres decidieron ir al centro de la ciudad a hacer unas compras.



No la escuchaba, no la quería escuchar. Trataba de explicarme su vida y de entender. ¿Cómo podía ser feliz? ¿Con qué podía ser feliz? ¿Yo estaba equivocada y la verdadera felicidad era eso: ¿resignación, silencio, sufrimiento, olvido...?

Vivían en una casa muy amplia, de dos plantas. El señor Milton era un inteligente comerciante de aceites vegetales que importaba entonces de Europa.

Los tíos se quisieron hacer cargo de ellos, pero Margarita se opuso. Ella era la mayor. Ella iba a saber enfrentar la adversidad, organizar el hogar, darle un porvenir a sus hermanos.



Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Margarita transformó la casona en una pensión para estudiantes. Ellos redujeron sus comodidades a dos habitaciones que había en los fondos de la finca. Y dio comienzo a la gran lucha.

Margarita Milton superó muchos inconvenientes. Hubo meses malos y otros menos malos. Pero siempre siguió luchando, teniendo fe en sí misma, sabiendo que construía un porvenir para sus tres hermanos.

Armando, el mayor de los varones, se empleó en una ferretería. Su dueño era un hombre joven, viudo, sin hijos. Se llamaba Fermín Echagüe. Cuando conoció a Margarita se enamoró perdidamente de ella.

Margarita lo aceptó. Fermín era un hombre serio. Sus hermanos lo respetaban.

Casémonos el mes que viene.

Tenemos que esperar.

¿ No estás segura de tus sentimientos?

No, nada de eso. Te quiero, Fermín, estoy segura de que te quiero, pero quisiera que antes de nuestro matrimonio Pedro y Luis se recibieran. No es mucho lo que tenemos que esperar.

¿Qué miras?

Ese cuadro. ¡Cómo me gusta! Muchas veces he venido hasta este escaparate y me he quedado horas enteras mirándolo.

Es una reproducción de "La Catedral de Ruán" de Claude Monet. Papá iba a comprármelo para cuando cumpliera los veinte años. Pobrecito...

Yo te lo compro. Ya mismo.

No, Fermín. Es caro.

Quiero comprártelo.

Todavía no. Será tu regalo de bodas. ¿Aceptas?

Y Fermín Echagüe aceptó. Pero ya quizá entonces Fermín Echagüe presentía que aquella boda no se cumpliría jamás, porque Margarita Milton creía estar siempre después de todo.

Primero fue la necesidad de montar el consultorio de Pedro. Luego el estudio de ingeniero de Luis y su boda con una hermosa muchacha.

Dos años después, se casaba Pedro, y Armando se separaba del negocio de Fermín e instalaba una ferretería por su cuenta. Había que ayudarlos. Siempre había que ayudar a los otros.

¿Nunca pensarás en ti misma?

Cuando murieron mis padres juré consagrar mi vida a que mis hermanos fuesen lo que papá y mamá habrían querido que fueran. Me falta poco para terminar esta obra.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Yo no espero más, Margarita.

No seas egoísta.

Te estoy haciendo un bien. O nos casamos el mes que viene o vendo mi negocio y regreso a España. Decide, Margarita.

Y Margarita decidió. Ahora era Armando el que se casaba y había que ayudarlo. Fermín Echagüe se fue a España. Una tarde, cuando hacía pocas semanas que estaba en Buenos Aires, la sorprendí llorando.

¿Qué le ocurre?

¡Nada! ¡Nada! Un poco de frío.

No entiendo cómo el frío pueda hacerla llorar.

Es que... Bueno. Extraño a Fermín.

¿Extraña nada más que a Fermín?

Yo lo quería. El tendría que haber esperado. Armando ya se casó.

Armando se ha olvidado de usted.

¡Oh, no! No te permito que hables así de mi hermano.

Y también se han olvidado de usted Pedro y Luis.

Los tres tienen mucho que hacer, están muy ocupados.

Son tres egoístas que no tienen perdón.

No te lo permito. Te dije que no quiero que hagas comentarios sobre la conducta de mis tres hermanos.

No se podía discutir con Margarita. Se había negado a ser mujer, novia, hermana. Era, desesperadamente, madre; únicamente madre...

Una tarde, cuando yo ya cursaba el tercer año de derecho, encontré a Margarita en la calle, cerca de un negocio de antigüedades.

¿Qué hace por aquí?

Quería verla, pero ya no está más. La han vendido. Era una hermosa reproducción de "La Catedral de Ruán" de Claude Monet.

La noté muy nerviosa. Varias veces se llevó las manos a los ojos y se los refregó.

¿Cuántos años hace que no cambia los anteojos, Margarita?

Hace muchos años. Siempre digo que voy a ir al oculista pero lo dejo de una semana para la otra.

¡Cuidado!

¡Hum!

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¿Se lastimó?

No. No es nada. Un golpe sin mucha importancia. Estas calles están cada vez más oscuras.

¿ Oscuras? ¿ Las calles oscuras?

De todos estos acontecimientos han transcurrido varios años. Acabo de recibirme. Regreso a mi pueblo de provincia. Margarita Milton se queda muy sola.

Ultimamente hubo pocos estudiantes en la pensión de Margarita Milton. La casa está muy lejos del centro y es un poco triste. Todo está contagiado por la tristeza silenciosa de esa mujer maravillosa que es nuestra "hermana" Margarita, como la han bautizado sus clientes.

¿ Ya tienes todo listo?

Ya. ¿ Puedo darle un beso?

¿ Por qué no? Me parece magnífico. Eres uno de mis "hermanitos".

¿ Quiere que vaya a hablarles? Pierdo el tren. Tomo el de mañana. De una corrida estoy en la casa de Luis y en el consultorio de Pedro y en el negocio de Armando y les digo que vengan a verla.

Déjalos. Están muy ocupados. ¿ Qué pueden hacer conmigo? Yo los aburro o los entristezco. Es mejor así. Que estén lejos. Pero se han acordado. Me mandaron el cuadro, una reproducción de "La Catedral de Ruán" de Claude Monet.

Cristóbal, a los que bien se ama siempre, se les perdona todo, hasta... hasta que no te amen.

La abracé. Margarita no pudo aguantar más y se echó a llorar al sentir mis brazos sobre sus hombros. La besé repetidamente sobre la frente. Luego tomé mis valijas y me fui.

Pero antes de dejar la sala me volví a mirar el cuadro. Me pareció entonces que "La Catedral de Ruán" de Claude Monet estaba iluminada por una luz distinta : la luz del alma de Margarita Milton, la luz que no tenían sus ojos ciegos para siempre.

FIN

. Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

SEA UTIL A LA HUMANIDAD:

aprenda:

ENFERMERIA

EN SU CASA POR CORREO

PARA UD., PARA LOS SUYOS,

PARA SU FUTURA ORIENTACION!

ESTE FAMOSO CURSO HA SIDO ELOGIADO EN TODA AMERICA POR MEDICOS, CRITICA, Y MILES DE ESTUDIANTES AGRADECIDOS.

SABER es VENCER • SABER es PROGRESAR

BENFEL SCHOOLS

de MIAMI - EE.UU.

Si usted reside en CHILE envie su cupon a nuestra sucursal:
CLASIFICADOR 20 - C. Central, SANTIAGO DE CHILE

* * * * * *

Si usted reside en URUGUAY envie su cupon a nuestra sucursal:
C. Correo 2461 LA CRUZ, CARRASCO MONTEVIDEO

BENFEL SCHOOLS

Sucursal:
ARGENTINA
ALSINA 3254
Buenos Aires

GRATIS SOLICITE FOLLETO

BENFEL SCHOOLS

Nombre .....

Dirección .....

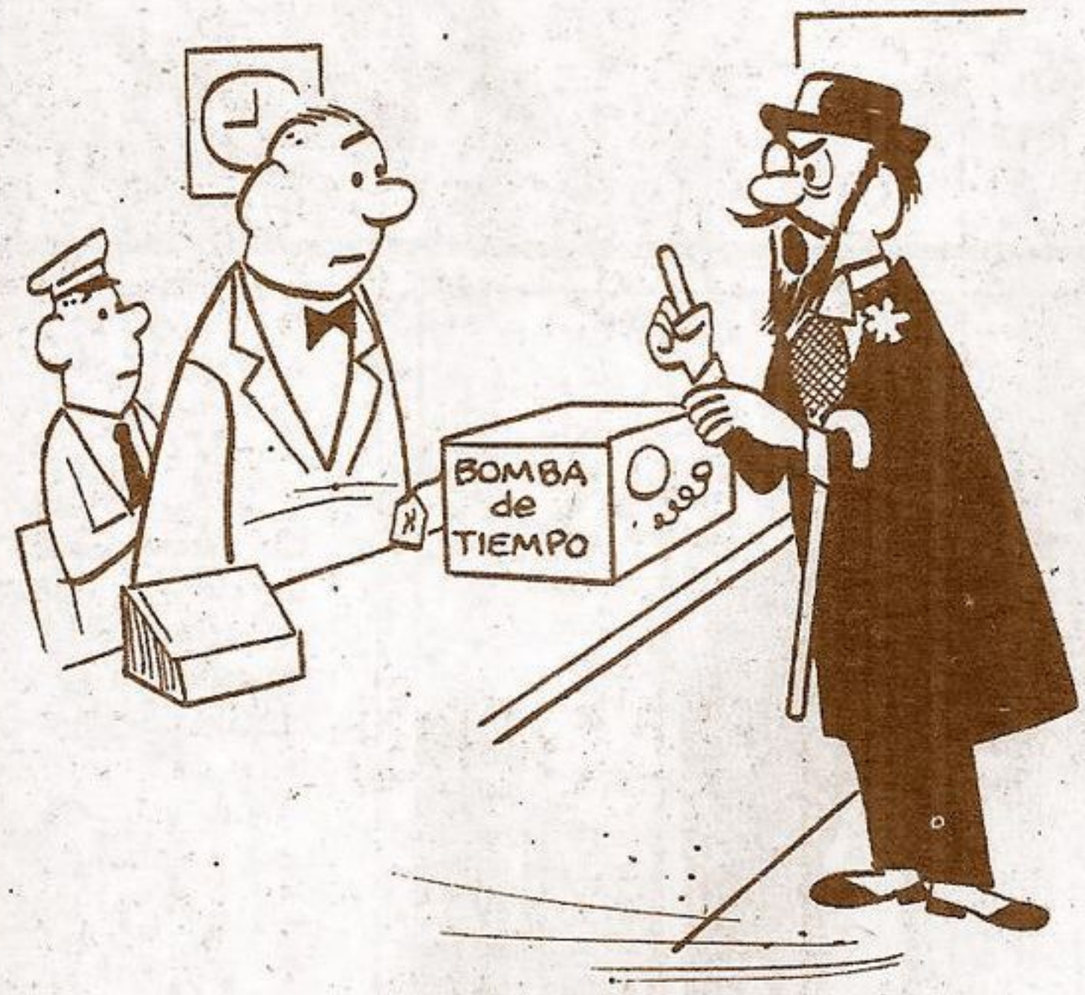
Localidad ..... F.C.N. .....

HOY MISMO REMITA EL CUPON

PANAMERICAN ADVERTISING

ALB- INT- 129

RINCON ALEGRE



- Mientras uno de los mensajeros entrega este paquete, ¿podría cantar "feliz cumpleaños"?

-¿Es para su esposa o quiere algo de más precio?

- Esto viene con el perfume, señorita. Con el perfume lo conquista y con esto no lo deja escapar.

¡Basta de cursos largos y cansadores!

Ahora solamente con 3 lecciones de nuestro curso, usted sabrá confeccionar toda clase de CAMISAS.

Usted sabe que una camisa de medida cuesta hoy $ 2000 Ahórrese este dinero confeccionándolas usted misma PARA LOS SUYOS O PARA LA VENTA

Academias TACUARI

GRATIS, sírvase remitirme informes de curso para aprender a hacer CAMISAS.

Nombre .....

Dirección .....

Localidad .....

Provincia ..... F. C. .....

Filial San Martín: Calle 1 N 170 San Martín

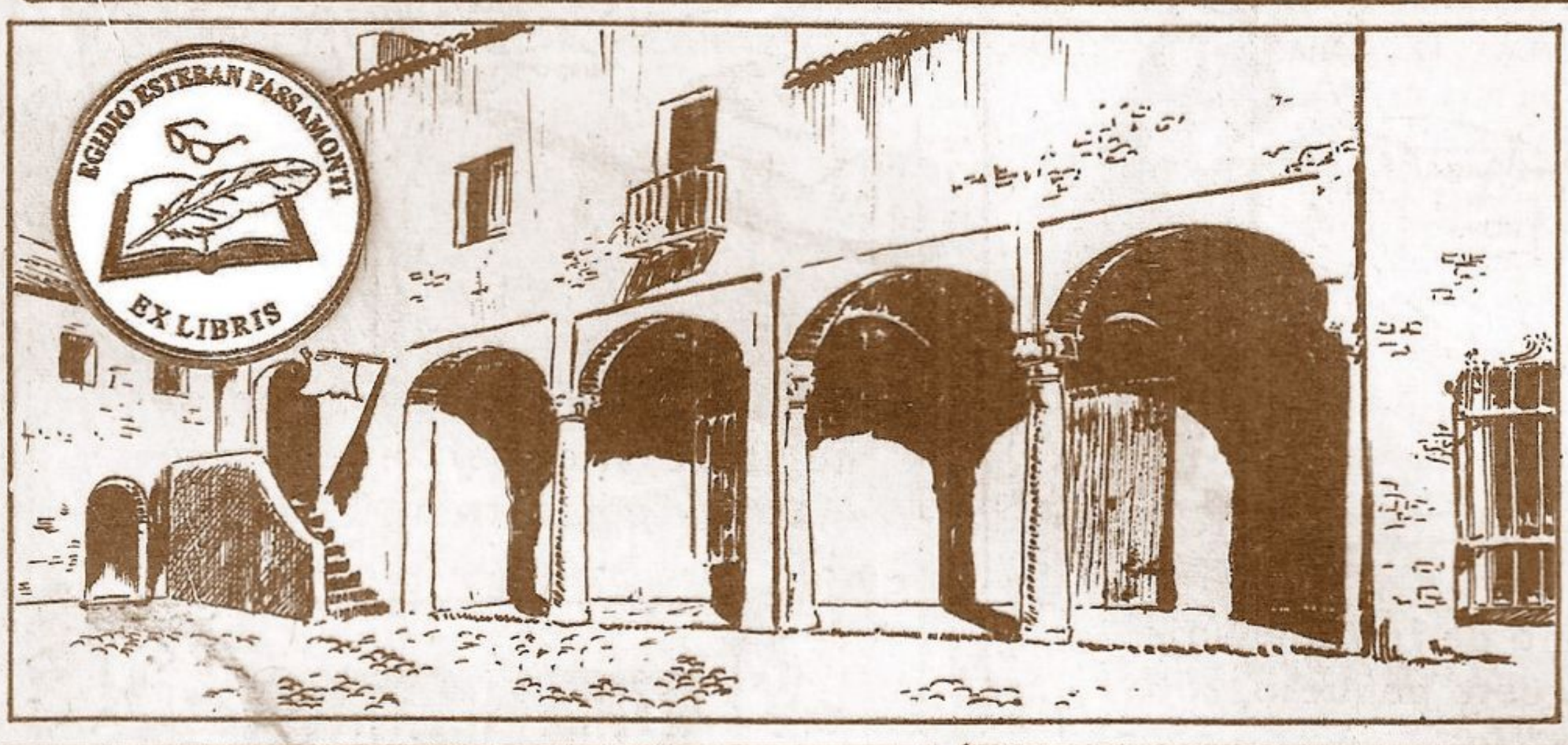
ALB. INT.

MORENO 876 - Bs. As.

EL SÍ DE LAS NIÑAS

Por LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN ADAPTACIÓN

Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) es uno de los grandes autores dramáticos españoles, y una de las figuras más representativas de la literatura castellana entre el final del siglo XVIII y el comienzo del XIX. Aunque cultivó diversos géneros y son muy valiosos sus estudios sobre los orígenes del teatro de su patria, de sus obras es quizá la más universalmente célebre la que adaptamos a continuación. Ella plantea el derecho de las hijas a decidir en punto al matrimonio, prescindiendo o aun en contra de la voluntad de los padres; tesis que, en su momento, motivó apasionadas controversias.



En una posada de Alcalá de Henares, hospédanse cinco personas relacionadas entre sí; a saber:

doña Irene, una señora viuda, venida a menos, cuyas preocupaciones principales son sus prácticas religiosas y casar a...

...su hija única, Francisca —familiarmente Paquita—, niña de dieciséis años, educada en un convento de Guadalajara:

Rita, criada al servicio de doña Irene;

don Diego, acaudalado caballero de sesenta años; y...

...su sirviente Simón, quien después de dos días en la hospedería, haciendo una vida asaz tranquila para su temperamento, procura suscitar explicaciones de su amo.

Pues... lo dicho, señor; yo no alcanzo la causa de tanto retiro.

Alguna ha de haber.

Eso digo yo. Algo...,algo...

Y bien. Al cabo tú lo has de saber y dentro de no mucho... Mira, Simón; por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento.

Yo, la verdad, nunca había visto a la tal doña Paquita; pero mediante la amistad de su madre he tenido frecuentes noticias de ella, he leído sus cartas, en fin, he tenido cuantos informes pudiera desear de sus inclinaciones y de su conducta. Ahora que he logrado verla, los elogios que me hicieron de ella me parecen escasos.

Sí, por cierto. Es muy linda y...

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde. Y, sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Y talento, mucho talento. Conque, para acabar de informarte, lo que he pensado es...

No hay que decírmelo. Lo adivino, y me parece excelente idea.

¿Así que al instante has conocido...?

Pues ¿no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

Lo he pensado bien, y lo tengo por cosa muy acertada. Pero no quiero que se sepa hasta que esté hecho, pues no faltaría quien murmurase y hasta quien dijese que es una locura.

¿Locura?... ¡Buena locura! ¡Con una chica como ésa!...

Pues ya verás tú... Como ella es tan pobre... Su madre no tiene más que las fantasías de su imaginación. Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo, sino recogimiento, virtud...

Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

Dices bien. Y ¿sabes tú lo que es una mujer que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo? Tendré quien me asista con amor y fidelidad; viviremos como unos santos, y deja que hablen y murmuren.

Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

Ya sé lo que dirán: que la boda es desigual; que no hay proporción en las edades; que...

¡Vamos! Que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años, a lo más.

¡Qué hombre! ¿Cómo siete u ocho años? Ella ha cumplido dieciséis, y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto, mis cincuenta y nueve no hay quien me los quite.

Pero... o usted no acaba de explicarse o yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita, ¿con quién se casa?

¿Ahora salimos con ésas? Pues ¿con quién habría de casarse? ¡Conmigo!

¡Medrados quedamos! ¡Y yo que creía haber adivinado!...

¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

Para don Carlos, su sobrino de usted: mozo inteligente, instruido, ascendido a teniente coronel por mérito de guerra...

Todo eso es exacto, pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso.

Si está usted bien seguro de que ella lo quiere, si no la asusta la diferencia de edades, si su elección es libre...

¿Pues no ha de serlo? ¿Y qué sacarían con engañarme?... Bien que aun no he tenido ocasión de que ella se explique conmigo en absoluta libertad, pues siempre está presente doña Irene y doña Irene es la única que habla...

En fin, señor, yo deseo que salga como usted apetece.

Yo espero en Dios que no ha de salir mal... Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

¿Pues qué ha hecho?

Una de las suyas. Después de dos meses en Madrid, que, como sabes, no me sàlieron gratis..., partió para su regimiento de Zaragoza. Eso era para el 3 de julio. A los pocos días recibí carta suya y luego otras, todas con la data de Zaragoza..., ¡pero a fines de septiembre aún no había llegado a sus pabellones!

¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle a usted pesadumbre...

Nada de eso. Amores del señor oficial, devaneos que lo traen loco... Pero... ya están ellas aquí. Busca al mayoral y ve la hora en que viajaremos mañana. Y ya te he dicho que no quiero que se trasluzca esto de que hablamos.

Por mí no hay miedo, señor.

Doña Irene, su hija y Rita entran en la sala de paso en que don Diego ha quedado solo. La criada deja sobre la mesa un pequeño envoltorio.

¡Ay! ¡Qué escalera!

¡Bienvenidas, señoras!

¿Conque usted, a lo que parece, no ha salido?

No, señora. Luego, más tarde, daré una vueltecita por ahí. He leído un rato, y traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Pero... ¡mire usted, mire usted!

La niña, animadamente, desata el envoltorio y muy ufana exhibe a don Diego las cosas que nombra.

Rosarios de nácar, cruces de ciprés, una pililla de cristal... ¡Mire usted qué bonita!... Y dos corazones de talco, y una campanilla de barro bendito para los truenos...

Chucherías que le han dado las madres. Locas estaban con ella.

¡Cómo me quieren todas!... Toma, Rita, guárdame todo esto en la excusabaraja...¿Nos quedamos aquí, mamá?

Sí, hija, quiero descansar un rato.

No sabe usted, don Diego, cuánto me han preguntado por usted, y cuán contentas están de nuestra elección.

Yo celebro que sea tan a gusto de aquellas personas, a quienes debe usted particulares obligaciones. Sólo falta que la parte interesada tenga la misma satisfacción que manifiestan cuantos la quieren bien.

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

Todo eso es cierto; pero...

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que le corresponde.

Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera, sin faltar a su honor ni a su sangre...?

¿Me retiro, mamá?...

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas las ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta...

¿Me retiro, mamá?...

Escaneado en Córdoba - Argentina

Paquita hace como dice y se aleja, llena de donaire. Don Diego la sigue con dulce mirada, y luego estalla en elogios, que la madre corrobora; todo encomio parece inexpresivo para calificar la belleza y la gracia de la niña. Después doña Irene, con verbosidad incontenible, habla de sus parientes, vivos y muertos, y de los tres maridos que sucesivamente la desposaron, y del cariño que Paquita manifiesta por don Diego, y del buen juicio con que la doncella discurre, prefiriendo los hombres maduros a los jovenzuelos... Don Diego advierte que él desearía que, una vez por lo menos, la joven le franquease sus sentimientos; mas doña Irene arguye que el pudor, propio de la condición de su hija, le impide manifestarse con el caballero que la ha elegido para esposa. Y sigue discurriendo, con su afiebrada facundia, a que pone feliz término la presencia de Simón, quien se lleva a don Diego para convenir con el mayoral detalles del viaje.

«A caballo otra vez, y vuelta a correr y a sudar y a dar chasquidos...»

En suma, molidos los rocines y nosotros a medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana. Pero veo que no será necesario, pues donde estás tú estará doña Paquita, ¿no es así?

. Está doña Paquita, pero también su madre y el caballero que su madre le ha dado por novio.

Bien... Pero dime: ese novio, cuyo nombre tu ama no ha dicho al mío en su carta, ¿trae consigo criados, amigos o deudos que lo libren del castigo que le propinará don Carlos?

Un criado viene con él.

¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está en peligro. Ahora corro a avisar a mi teniente, para que venga a cuidar su hacienda y disponer el entierro de su rival. ¿Cuál es... nuestro cuarto?

El número 3 es nuestro cuarto; es decir, de la señorita y mío.

¡Bribona!... Adiós.

¡Botarate! Adiós.

Y Rita corre con sus sensacionales noticias en busca de doña Paquita, a...

...quien encuentra suspirando, con los ojos húmedos todavía.

¿Qué es so? ¿Llora usted?

¿Pues no he de llorar? ¡Si vieras a mi madre!... Empeñada está en que he de querer mucho a ese hombre, tan bueno, tan rico, tan serio. Y como yo no miento ni sé fingir, me ha reñido, llamándome desobediente.

Por Dios, señorita, no se aflija usted..., que él, el hombre a quien usted ama, está aquí, en Alcalá.

¿Qué dices? ¡No me engañes, Rita!

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Rita cuenta a la niña todo lo que ha sabido de labios de Calamocha, y Paquita queda enajenada de amor, de esperanza, de dicha. Se hallaba temerosa por la suerte de la carta que había escrito a don Carlos. Pensaba, incluso, que éste pudiera haber olvidado la plática inocente que sostenían a través de las tapias del convento, o que nunca le hubiese asignado tanta trascendencia como para molestarse en acudir a su llamado. Y ahora, de golpe, la súbita presencia le decía que aquello era amor, que ella era amada por aquel cuya imagen no se había apartado de su memoria. El huracán de felicidad barría toda preocupación por la madre, por la fortuna y por don Diego. ¡Si Paquita hubiese sabido el vínculo que ligaba a ambos hombres!... Pero lo ignoraba, y en el momento era dichosa. Esa sensación se trueca en la contraria pocas horas después, cuando recibe la diaria exhortación de doña Irene a mostrarse gentil con don Diego, y también, seguidamente, al...

... sentirse sitiada entre su madre y el provecto pretendiente.

Me parece, doña Paquita, que usted volvería a su convento y quizá para siempre. ¿Me equivoco acaso?... La verdad.

Pero si ella no...

Déjela usted, señora. Ella responderá.

Yo lo que no quiero es dar pesadumbre a ustedes, ni a nadie.

¡Pero lo dice usted tan afligida!...

Si es natural, señor. ¿No ve usted que...?

Calle usted por Dios, doña Irene, y no me diga a mí lo que es natural. Lo natural es que la chica esté llena de miedo y no se atreva a decir una palabra opuesta a lo que su madre diga... Pero si así fuese, por vida mía que estaríamos lucidos.

Lo que diga mi madre, eso digo yo. Siempre la obedeceré en lo que me mande.

¡Mandar, hija mía!... En materia tan delicada, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan..., ¡pero no mandan! ¡Cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, solamente porque un padre tonto se metió a mandar en lo que no debiera! Yo, Paquita, no soy de los que se disimulan los defectos. Sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar a nadie.

Puede usted creer, señor don Diego...

Deje usted que termine mi pensamiento, señora. Yo me hago cargo de las circunstancias, querida Paquita, y lo que le pido a usted es sinceridad. El cariño que a usted le tengo no debe hacerla infeliz.

¿Puedo hablar ya, señor?

Ella, ella debe hablar, sin apuntador y sin intérprete.

Cuando yo se lo mande.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Pues ya puede usted mandárselo, porque a ella le toca responder. Con ella he de casarme, no con usted. Y si en el corazón de Paquita hay otra inquietud...

Pero, ¿qué está diciendo usted, don Diego? ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera, la mataría a golpes. ¡Anda, contéstale de una vez, cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años y los que hiciste en el convento!...

No sé qué decir. Si ustedes se enfadan...

No, hija mía. Esto es dar alguna expresión a lo que decimos; pero ¡enfadarnos!... no, por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida a los favores que usted nos dispensa.

No se hable de agradecimiento: cuanto puedo hacer es poco. Quiero sólo que doña Paquita esté contenta.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

Sí, señor, que lo estoy.

En esta inteligencia, puedo asegurarle que no tendrá motivos para arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que a fuerza de beneficios he de merecer su estimación y su amistad.

¡Gracias, señor don Diego! A una huérfana pobre y desvalida como yo...

Ven aquí, ven aquí, Paquita.

Y que la mudanza de estado no le cueste el menor sentimiento.

No, señor; todo lo contrario. Boda más a gusto de todos no se puede imaginar.

La pobre niña, conmovida hasta las lágrimas, cae en brazos de su madre. La emoción se adueña de los tres, hasta que don Diego logra reaccionar.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Vamos, vamos de aquí. No venga alguien y nos halle llorando como chiquillos.

Sí, dice usted bien.

Salen doña Irene y don Diego, y...

...Rita, que aguarda la soledad de su joven ama, se apresura a introducirse con Carlos.

¡Paquita!... ¡Vida mía!

Bienvenido.

¿Cómo, tan triste?... ¿No merece mi llegada más alegría?

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí. Hace un instante se ha alejado mi madre con el hombre que me destina. Partiremos para Madrid y allí me casarán...

¿Dónde está? ¡Dígame usted dónde!

¿Qué piensa usted hacer?

Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad. Pero tiempo hay. El también será hombre de honor, y no es justo insultarlo porque quiera bien a una mujer tan digna de ser querida. De todos modos; esa boda no será. A menos que usted...

¡Ingrato!... Pues no sabe usted que...

Sí, no lo ignoro, Paquita. Yo he sido el primer amor.

Y el último.

Y antes perderé la vida que renunciar al lugar que tengo en ese corazón. Todo él es mío... ¿Digo bien?

¿Pues de quién ha de ser?

Don Carlos queda un instante en tierno éxtasis. Después, reanimado, expone sus planes: – Ustedes se van para Madrid, y yo también. Su madre de usted sabrá quién soy. Allí puedo contar con el apoyo de un anciano respetable y virtuoso, a quien más que tío debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo más inmediato ni más querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algún atractivo, esa circunstancia añadiría felicidades a nuestra unión.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

—¿Qué vale para mí toda la riqueza del mundo? Querer y ser querida... Ni apetezco más, ni conozco mayor fortuna. —Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en deliciosas dichas. ¿Confía usted en mí?
—¿Pues no he de confiar? ¿Piensa usted que podría vivir sin esa esperanza? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto; pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y su venida me ha dado la mayor prueba de lo mucho que me quiere...

El llanto quiebra la voz de la niña y exacerba el apasionado brío del enamorado.

Sí, Paquita; yo solo basto para defenderla a usted de cuantos quieran oprimirla. Amor ha unido nuestras almas, y sólo el brazo de la muerte podrá dividirlas...

Rita acude, con su habitual celo.

Señorita, adentro. Voy a servir la cena, y la mamá pregunta por usted. Y usted, señor galán, ya puede disponer de su persona.

Sí, que no conviene anticipar sospechas. Hasta mañana. Con la luz del día veremos a ese afortunado competidor.

Verá usted a un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquín.

Los jóvenes intercambian nuevas y apresuradas ternezas de despedida; se aleja ella hacia la habitación de su madre, y don Carlos va a reunirse con Calamocha.

Apenas han andado juntos cuatro pasos, cuando...

Grande es también la sorpresa de don Diego, pero mayor aún su indignación, pues al disgusto de ver a su sobrino fuera del lugar de su empleo se suma el temor de que descubra planes que desea mantener secretos.

¡Quítate!... No sé cómo no... ¿Qué haces aquí?

Si usted se altera en esa forma... Debo decirle que la desgracia me ha traído.

El buen natural de don Diego surge, avasallando los otros sentimientos, al conjuro de esas palabras.

¿Qué dices, muchacho? ¿De veras te ocurre alguna desgracia? ¡Habla! ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

Porque le tiene a usted ley, y le quiere bien, y...

¡Cállate! A ti no te pregunto nada...

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Ven acá, hijo mío. ¿Qué desgracia es esa de que hablaste?

La de hallarle a usted en este sitio y haberle disgustado tanto, cuando esperaba encontrarlo en Madrid, estar en su compañía algunas semanas y volverme contento de haberlo visto.

¿No hay más? Míralo bien.

No, señor. A eso venía. No hay nada más.

A medida que las palabras del sobrino desvanecen las generosas preocupaciones de don Diego, la ira del anciano va en aumento. Por fin, le ordena salir perentoriamente de Alcalá y regresar a su guarnición de Zaragoza. Carlos, que está seguro de hallarse ante el cortejante de Paquita, no se atreve a sincerarse con su tío y se despide sumisamente, dispuesto a obedecerle. Entonces la ternura se adueña nuevamente del corazón de don Diego.

Dame un abrazo, por si no nos volvemos a ver.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

¡Quién sabe, hijo mío! ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

No, señor; ahora, no. ¿Queda usted enojado conmigo?

No, por cierto. Me disgusté bastante, pero ya pasó... No me des que sentir. Pórtate como hombre de bien, como oficial de honor.

No lo dude usted. Se lo prometo.

Poco después, cuando don Carlos, seguido de Calamocha, sale de la posada, una penosa impresión domina su espíritu: la de que pierde para siempre a la mujer amada. Pero es todavía más fuerte el dolor con que la pobre niña, al verlo marchar, llora el abandono inexplicable de que se le hace víctima.

Sin embargo, don Carlos, antes de partir, le ha dejado sus razones. Afiebradamente, ha escrito una esquela que dice así: «Bien mío: Si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que esta carta llegue a sus manos. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo. Al verlo comprendí todo, y no sé cómo no expiré de dolor. Me mandó que dejase inmediatamente la ciudad, y es preciso obedecerle. Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa y olvide para siempre a su infeliz amigo. *Carlos de Urbina*.»

Pero, aunque Carlos «hizo lo posible», esa carta no llegó a las manos a que estaba destinada. Una oficiosidad del mozo de la posada la puso en las de don Diego, quien...

...la leyo con sombría cólera, y se sumió después en larga cavilación.

Salió de ella para llamar a Simón y darle una orden. El criado montó a caballo y partió a todo correr por el camino de Zaragoza, en...

...el que no tardó en alcanzar a don Carlos y a Calamocha, que avanzaban al paso de sus fatigadas caballerías.

Mientras Simón cumplía así su cometido, don Diego, que había logrado serenarse, abordaba resueltamente a la joven.

Paquita, la veo a usted abatida y llorosa. ¿Qué siente usted? ¿Por qué no tiene más confianza en mí, que la quiero tanto?

Porque eso mismo me obliga a callar.

Eso quiere decir que yo soy la causa de su pesadumbre. Y bien: hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulaciones. ¿No es cierto que usted mira con algo de repugnancia el casamiento que se le propone y que si le dejasen a usted entera libertad no se casaría conmigo?

Nunca he pensado en eso, señor, sino en hacer lo que mi madre me mande.

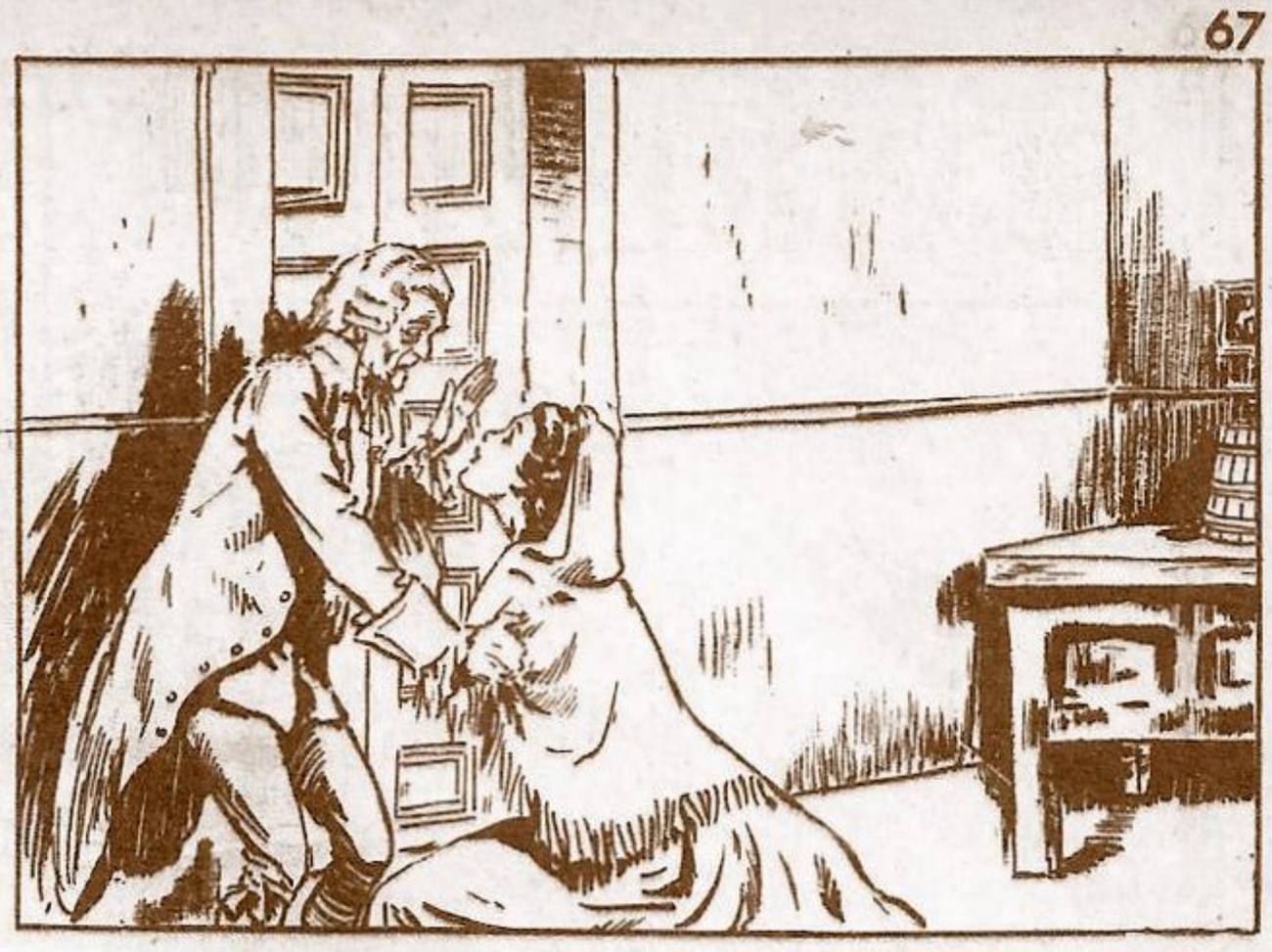
Es decir, casarse usted conmigo... ¿Y después, Paquita?

Después, mientras me dure la vida, seré mujer de bien.

Eso yo no lo puedo dudar. Pero vivirá usted infeliz.

Ya lo sé.

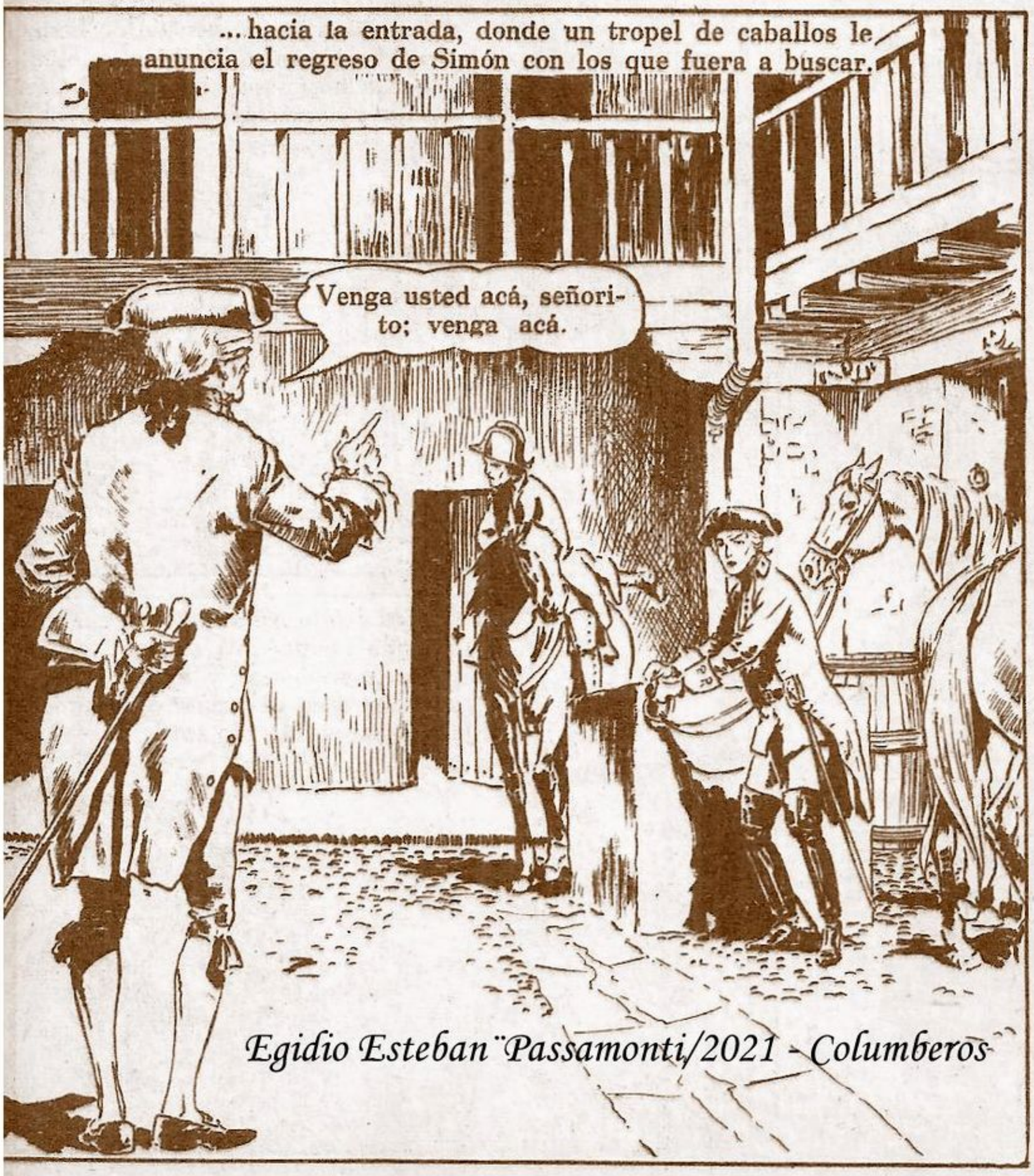
Ante esa corroboración desoladora, don Diego se lanza a perorar como en una plaza pública:—¡He aquí los frutos de la educación!
Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarle a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes. Las juzgan honestas cuando las ven instruídas en el arte de callar y mentir. Todo se les permite, menos la sinceridad. Con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo. Su madre de usted piensa así... Pero no se aflija, Paquita. Seque usted sus lágrimas. Confíe un poco en este viejo amigo, que no dejará de ayudarla.



La joven intenta arrodillarse ante don Diego, pero éste se lo estorba.
—¿Qué hace usted, criatura?
—Yo no sé... ¡Qué poco merece esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz...

—Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que le tengo. Lo demás ha sido... ¿Qué sé yo?... Una equivocación mía y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa. Tranquilícese usted, pues, y vaya con doña Irene, que dentro de un rato lo haré yo también y la abordaremos juntos. Don Diego no puede evitar que la niña, transida de gratitud, le bese las manos, y, reprimiendo su emoción, acude...

...hacia la entrada, donde un tropel de caballos le anuncia el regreso de Simón con los que fuera a buscar.

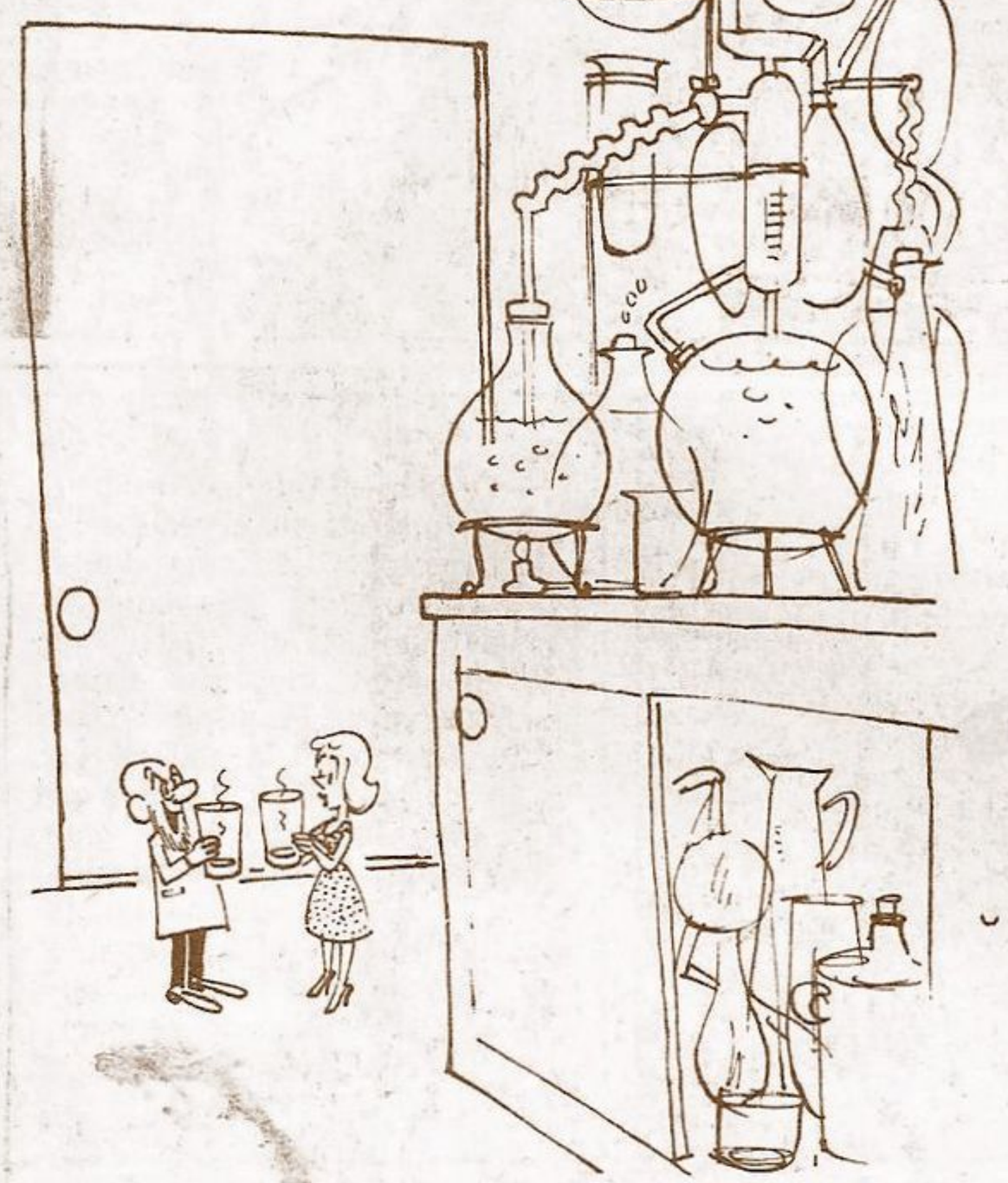


Carlos descabalga y con gesto ambiguo se aproxima a su tío.

Tristemente, el joven pasea su mirada por las líneas: «Bien mío: Si no consigo hablar con usted...»

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

SONRISITAS



- Y ahora, señorita, ¿quiere usted casarse conmigo?

- ¿Qué clase de consejos te dio tu mamá?

Pues si todo lo sabe, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino y evita una contestación de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

Su tío de usted quiere saber lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga. ¿Qué amor es éste? ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Qué planes teníais?

Resignado, Carlos refiere a su tío la ingenua pureza de sus relaciones con Paquita y concluye diciéndole cuáles eran sus proyectos antes de enterarse de la inesperada rivalidad.

...pasar a Madrid, verlo a usted, echarme a sus pies, y pedirle, no riquezas ni protección, sino su consentimiento y su bendición para un enlace en que ella y yo fundábamos nuestra felicidad.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar de otra manera. Si tú la quieres, yo la quiero también, y ella misma me dijo, no ha media hora, que está pronta a obedecer a su madre y darme la mano...

¡Pero no el corazón!

Que usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene a su honor y a su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño; lo soy y lo seré...

¿Qué dices?

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

—Usted se llamará su marido; pero si alguna o muchas veces la sorprende, y ve sus hermosos ojos inundados en lágrimas, por mí las vierte. No le pregunte usted, jamás, el motivo de sus melancolías... ¡Yo, yo seré la causa! —¿Qué temeridad es ésta?

Ya le previne a usted a qué conduciría esta odiosa conversación. Terminémosla. Viva usted feliz y no me aborrezca, que yo en nada he querido disgustarlo. Como prueba de mi respeto, me marcho para siempre; no me niegue el consuelo de su perdón. Sí, según las voces que corren, se inicia la guerra ..., entonces...

¿Qué quieres decir?

—Nada. Que apetezco la guerra porque soy soldado. —¡Qué horror! ¿Y tienes corazón para decírmelo?... Pero, apártate ahí un momento; tengo que hablar con esa señora que baja la escalera. En seguida tú y yo nos despediremos.

En efecto, doña Irene se acerca a don Diego, en tanto el joven se oculta en una habitación vecina.

Lo veo a usted raro, señor. ¿Alguna novedad?

Sí, no deja de haber novedades.

Dígalas usted, por Dios. ¡Vaya, vaya, no sabe usted lo delicada de los nervios que quedé, desde mi último parto, pronto hará diecisiete años! Ni los baños, ni los caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; cualquier cosilla me remueve toda...

Vamos, vamos; no hablemos de partos, de caldos ni de conservas. Hay cosas más importantes que tratar. Siéntese usted y escúcheme sin asustarse. Su hija de usted está enamorada.

¿No se lo he dicho yo mil veces? Sí, señor, que lo está; bastaba que yo se lo dijese para que...

¡Este vicio maldito de interrumpir a cada paso! ¡Déjeme usted hablar! Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

¿Qué dice usted? ¿Quién le ha contado tamaño disparate?... ¡Ay!... ¡Pobre de mí!... Como me ven sola y sin medios, todos se permiten despreciarme y maltratarme... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... ¡O el último, por lo menos, que era tan vivo de genio!...

¡Señora, señora! ¡Basta de lloros, que se me acaba la paciencia! Lea usted este papel, dirigido a su hija.

Doña Irene toma y mira sin ver la misiva de Carlos, pero, persuadida de que don Diego dice una verdad comprobada, empieza a gritar como poseída.

¡He de volverme loca! ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita!... ¡Francisca! ¡Francisquita!...

¡Por Dios, señora, repórtese usted!

La niña y la criada llegan presintiendo lo ocurrido.

¿Qué papel es éste? ¿Qué hay de todo lo que me dice don Diego?...

¡Triste de mí!...

¿Conque es cierto, grandísima picarona?... ¡Te has de acordar de mí!

¡Madre, perdón!

¡Qué nueva locura es ésta?

...de un brazo a Paquita y la protege con su cuerpo.

¡Carlos!

Disimule usted mi atrevimiento, tío. He oído que la insultaban y no me he podido contener.

¿Qué es lo que sucede, Dios mío? ¿Quién es este hombre? ¿Qué acciones son éstas? ¡Qué escándalo!

¡Señor, que he de matar a esta desvergonzada!

Pálido, pero resuelto, Carlos abandona su escondite, toma...

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

—Aquí no hay escándalo, señora. Este es mi sobrino, Carlos de Urbina, de quien su hija está honestamente enamorada. Separarlos y matarlos sería lo mismo... Carlos, abraza a esa niña... Abraza a tu mujer... —¿Conque usted nos perdona? —¿Nos hace felices?...

Sí, hijos míos. La ternura de ustedes hará que no sienta la soledad terrible que amenazaba a mi vejez. A menos que doña Irene se oponga...

—Yo, estando usted conforme... y siendo su sobrino de usted...,y tan galán...,morenillo, pero con un mirar muy hechicero...,en fin, que Dios los haga buenos y por muchos años...

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted fundaba castillos en el aire y me llenaba la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño. Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresión que la juventud padece; éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto es lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba. ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

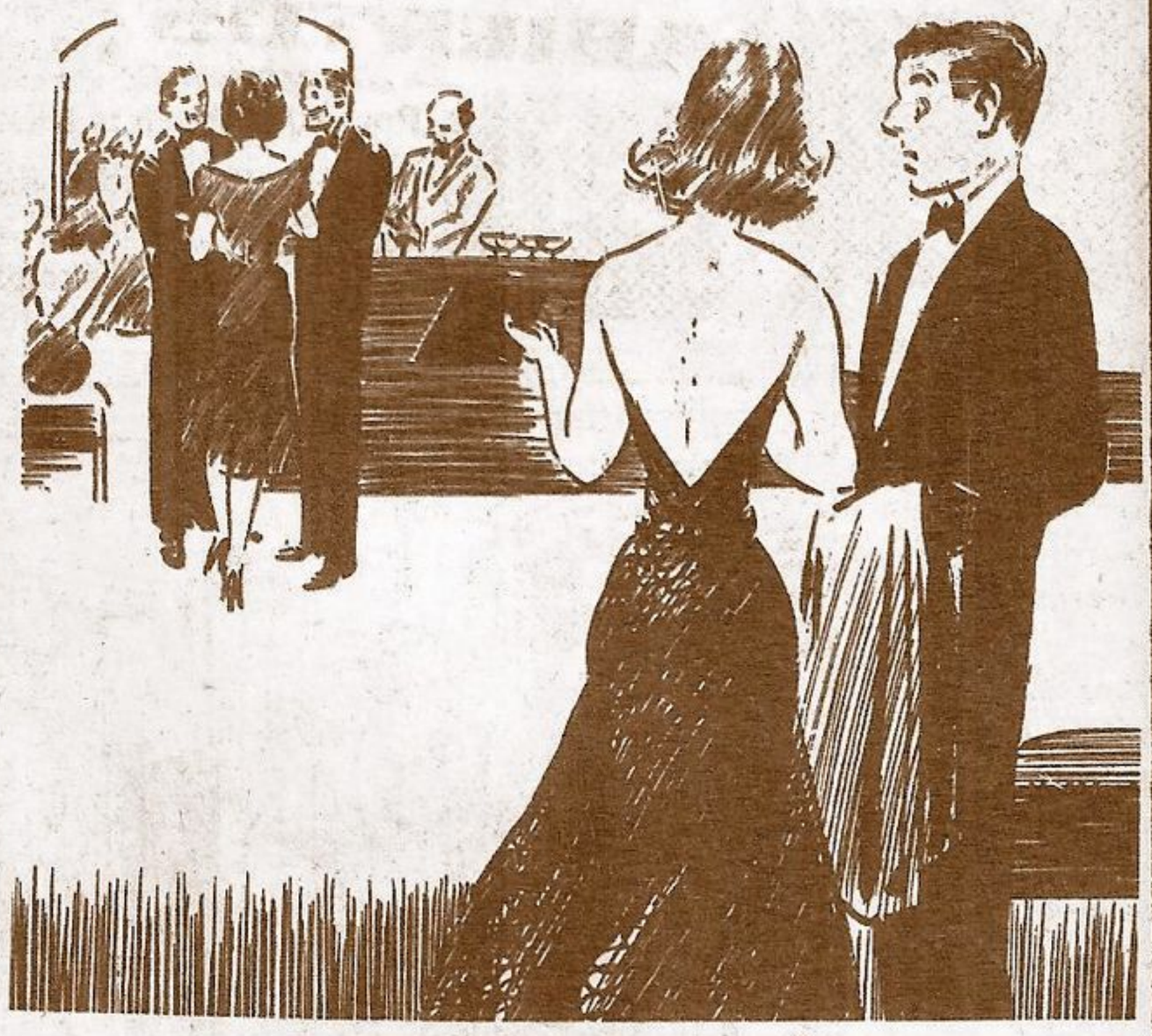
FIN

LOLA

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

- ¡Estoy muy ocupada ahora, señor jefe! Tengo que enviar estas invitaciones de la boda de mi hermana.

ELLAS Y NOSOTROS



- No le he prestado atención a esa mujer, excepto que usa pestañas postizas, un perfume barato, demasiado maquillaje, y lleva puesto el vestido del año pasado.

- Aquí está la adición y este sedante se lo envía el gerente con sus saludos.

GRATIS!

¡Recibirá las primeras lecciones! Señale el curso que le interesa.

Enseñamos por correo desde 1915:

- **CONTABILIDAD MODERNA** (con Balance mensual, Réditos e Inventario al día) para ser: Tenedor de Libros, Jefe de Contabilidad, Secretario, Empleado de Comercio o de Banco, Administrador, Gerente, Jefe de Ventas, Rematador o abrir una oficina para llevar contabilidades.
- **IMPUESTO A LOS REDITOS, etc.**
- **DIBUJANTE**
- **MECANICO ELECTRICISTA DE AUTOS**
- **CONSTRUCTOR**
- **CORTADOR SASTRE**
- **CORTE Y CONFECCION Y ALTA COSTURA**

Festejando nuestras BODAS DE ORO, con cada curso valiosos y prácticos obsequios.

Envíe su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636 - Buenos Aires

Fundador PATRICIO RYAN
Contador Público Nacional

Nombre .....

Calle y Nº .....

Localidad: ..... Prov .....

Curso que le interesa. .....

22

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

EN LA ENCRUCIJADA

HACIA cuatro BRAZOS ABIERTOS

Por JOSEPHINE BERNARD

DIBUJOS DE C. EYRÉ

EGIDIO ESTEBAN PASSAMONTI
EX LIBRIS

Para Licha, cuyo relato bien pudiéramos titular "Tres Destinos". Muchas gracias por obsequiarnos con el tema para la presente "Encrucijada". Estamos seguros de que, por su parte, si no salió ya de ella, lo hará muy pronto. Por el momento, haremos conocer a Licha en el momento en que....

"Hace alrededor de tres años, mientras los familiares de mi amiga Norma, otros parientes y mis padres conversaban en una estación de ferrocarril, ella y yo cambiábamos las últimas palabras de despedida."

¿Qué te decidió a marcharte? ¿La suerte que tuvo Mónica en la capital?

Eso mismo.

Ya la viste, cuando vino a pasar unas vacaciones, a los dos años de haberse marchado. Parecía una aristócrata.

Tuvo mucha suerte.

Mónica hizo lo que debía hacer. Ir a buscar a otra parte lo que no encontró aquí.

Recuerdo que, en aquel momento, medí mentalmente la distancia que había entre Mónica y Norma. Pero no dije nada y sólo le deseé mucha suerte.

Las noticias sobre Norma se hicieron esperar. Sólo medio año después de su partida me llegaron unas líneas suyas con una foto en la que se veía muy bien y muy bien vestida. Decía que por fin había encontrado una ocupación bien remunerada y estaba muy contenta. Me alegré de todo corazón.

Quizá deba decir que me alegré con la mitad del corazón. La otra mitad estaba triste y esto era perceptible.

¿Qué te pasa?

Pienso en lo inútil y estéril de mi vida.

¿Inútil y estéril tu vida...?

Si te parece que puede ser porvenir para alguien abrir la puerta de una escribanía y decir: "pase, señora o señor".

Te ascenderán.

Cuando tenga el cabello blanco, como a la otra empleada.

Si tan desconforme estás de ese trabajo, ¿por que no buscas otro?

Cuando tomé ése fue porque no encontré otro mejor.

1494

Lea en Columberos: "El Montaraz"

En razón de que papá enfermó y hube de contribuir al sostén de la casa, dejé mis estudios truncos. Recuerdo que cuando encontré empleo en la escribanía le di gracias a Dios. Y había estado contenta, hasta que, primero el ejemplo de Mónica y luego los giros constantes que enviaba Norma me perturbaron.

Cuando me dieron vacaciones, les dije a mis padres.

Las voy a pasar en la capital, así veo a Mónica, a Norma y miro de paso si encuentro algo mejor de lo que tengo aquí.

Cuando mi madre iba a poner el grito en el Cielo, advertí que papá le hizo una señal que la apaciguó.

Aquello me resultó tan insólito que, luego de alejarme, volví en puntas de pie, logrando escuchar.

Déjala que se quite el gusto.

¿Qué crees que puede hacer en dos semanas...? Nada. En cambio, si le ponemos trabas, se quedará durante el resto de su vida con esa amargura.

Así probará; verá que no es oro todo lo que reluce y volverá, si no contenta, resignada.

Mónica y Norma no volvieron.

Entre nosotros: eso de que Norma haya encontrado un buen trabajo no termina de convencerme.

En cuanto Licha llegue a la capital, entre que se le pasa el mareo, el deslumbramiento y una cosa y otra, transcurrirán los quince días, y volverá.

Hay algo en el asunto de Norma que me resulta sospechoso. Si fuera hija mía, ya habría tomado yo el tren para ir a comprobar por mí mismo si cuanto dice es cierto.

Pero... no es hija mía y no tengo por qué meterme donde no me llaman.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Antes de venir, escribí a mi ex compañera Mónica y a Norma, pero sólo Mónica fue a esperarme a la estación.

¿Qué sabes de Norma?

Apenas la vi dos o tres veces cuando llegó.

Una de las pensionistas, muchacha llena de desparpajo, a la que le hablé de mis proyectos, me dijo, tuteándome.

Déjate de pavadas y vuélvete a tu pueblo.

Luego alguien me dijo que la vio trabajando en un club nocturno o algo así. Presumo que no quiere que yo lo sepa.

Mónica, que había adquirido un aire muy distinguido, ocupaba una habitación en un hotel que me pareció importantísimo ya que tenía aire acondicionado. Yo me alojé modestamente en una pensión, por suerte, limpia y alegre.

De cada cien provincianas que llegan, dos o tres triunfarán, no te digo que no. Pero...

Dijo muchas cosas más para terminar...

Yo soy de aquí y en cuanto tengo vacaciones me voy al interior. ¡Y te juro que me quedaría en cualquier otra parte de tan buena gana...!

Durante algunos minutos aquellos consejos rondaron por mi cerebro. Pero luego se impusieron mis deseos de alcanzar un porvenir mejor.

Había venido provista de dos cartas de presentación. Al entregar la primera me respondieron con palabras vagas que equivalían a cerrarme la puerta.

En el lugar al que fui a llevar la carta segunda la persona a la que estaba dirigida se había tomado unas vacaciones. Pero fue allí donde conocí a alguien que iba a alterar por completo el curso de los acontecimientos.

Oí que trae una carta para el señor Portela.

Siento que no esté. Quizá yo pueda serle útil en algo. Arturo Moldau a sus órdenes.

Alicia Ruber.

Recordando que papá había dicho que en dos semanas no podría hacer nada, no dije a aquel señor que venía por dos semanas y sí que había venido a la capital a abrirme camino.

El trató de averiguar cuándo volvería el señor Portela.

En la puerta del importante edificio me preguntó:

Tenía desconfianza, pero también ganas de echarme a reir y lo hice. Eso quebró el hielo y acepté la invitación.

Tuve que agradecer a Arturo Moldau conocer la ciudad y aledaños. También me presentó en dos o tres oficinas, aunque sin suerte.

Mientras aguardaba la vuelta del señor Portela, traté de aprovechar mi tiempo. De mañana recorría las columnas de los diarios, subrayaba el aviso que encontraba interesante e iba al lugar indicado.

Unas veces el empleo no me servía, y las más no servía yo para el empleo. Al atardecer volvía, me bañaba, me vestía y salía a pasear con mi cicerone, que se mostraba atento y caballeresco.

Uno de los atardeceres a que hago referencia se largó a llover a cántaros. Jamás había visto yo llover de tal manera. Eso sucedió a fines de febrero.

Para mí, que no conocía la ciudad, todas las calles se veían iguales bajo aquellos espesos flecos de agua. Para ser sincera, yo sólo veía el agua.

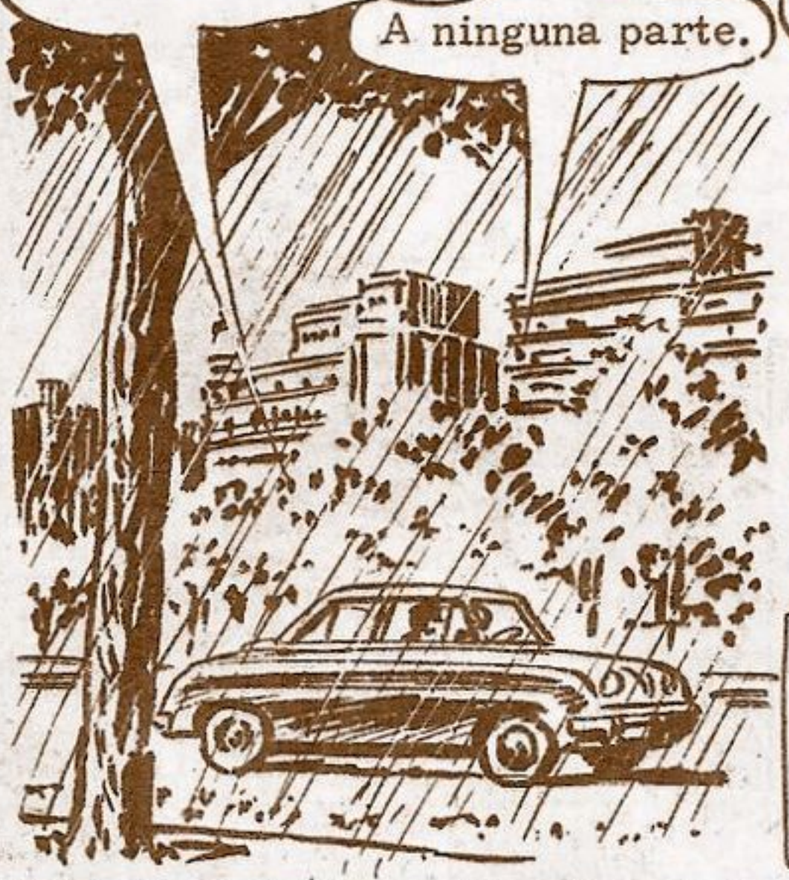
El limpiaparabrisas iba, venía; iba, venía...

¿Dónde estamos?

De qué serviría que se lo dijera, si no conoce las calles.

¿A dónde vamos?

A ninguna parte.



¿No le gusta andar bajo la lluvia?

A mí me encanta.

Lo que a mí me encantaba, más bien me asombraba, era verlo manejar con aquel dominio mientras hablaba, sacaba cigarrillos, los encendía.

De pronto vi algo que me pareció un hombre junto al cordón de una vereda e iba a decírselo, cuando sentí que el coche se sacudía por efecto de un encontronazo, desviándose hacia la derecha.

¿Qué pasó?

Como no me contestara, repetí mi pregunta.

¿Qué pasó?

Tardó algo en responder con simulada indiferencia.

No sé a quién se le ocurre dejar una moto estacionada sin la luz de reglamento.

Lo que yo vi no era una moto, sino un hombre.

Hace cinco minutos dijo que sólo veía agua.

Pero yo vi que era un hombre.

No diga niñerías.

Si hubiera sido una moto, se hubiera producido un estrépito.

Apenas la rocé. ¿No vio que enseguida viré hacia la derecha?

El coche se desvió por causa del encontronazo.

No hubo tal encontronazo. Hubo sólo una moto mal estacionado que pudimos llevarnos por delante de no haber virado a tiempo.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Con todo el disimulo que me permitieron mis nervios, bajé unos milímetros la ventanilla del coche, pues sentía que me ahogaba. Las gotas de agua me salpicaron, pero aquello no me importó.

Aquella noche fui presa de las más espantosas pesadillas. En ellas veía a un hombre casi cubierto por un mar de lluvia, que agonizaba en mitad de la calle.

Yo trataba de auxiliarlo, pero Arturo Moldau tiraba de mí con todas sus fuerzas, mientras repetía que aquello no era un hombre, sino una motocicleta.

A las cuatro de la mañana me levanté a tomar una pastilla para tratar de dormir a fondo, y a las nueve me despertó el teléfono. Como pude me levanté y atendí.

Le hablo desde una oficina en la que tienen algo que le va a interesar. Dentro de media hora estaré esperándola en la puerta de la pensión con el coche.

Cuarenta minutos después, tras haberme dado una ducha fría y haberme vestido lo más rápidamente que pude, estaba a la puerta de la pensión. La lluvia había cesado, y el sol había salido. Por momentos llegué a creer que el temporal de la noche anterior sólo había existido en mi pesadilla.

El no hizo mención alguna del suceso.

Cuando llegamos a la oficina, me esperaban y casi no pude creer que me ofrecieran una ocupación tan bien remunerada. Debí, sí, rendir toda una serie de pruebas que, aunque simples, requerían tiempo y máquina de escribir.

Me facilitaron una oficina, me suministraron máquina de escribir y papel, y pasé el día absorbida en mi tarea. Al atardecer Arturo Moldau fue a buscarme.

Cenaremos por aquí cerquita; la llevaré a su pensión para que se acueste tempranito y mañana la esperaré para llevarla a la oficina.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¿Por qué tiene que molestarse por mí?

No es molestia tratar de ser útil a quien se estima tanto.

Dos días después me hice cargo de mi empleo, preguntándome, a poco, para qué me habrían sometido a tan minucioso examen si apenas tenía que hacer.

En cierta ocasión una empleada dijo, quizá para que yo lo oyese.

¿Te parece que hacía falta una empleada más?

¡Qué va...!

Esa debe ser alguna protegida de Moldau, que es tan íntimo del jefe.

Confié en que aquellos rumores se apagaran no bien pudiera dar pruebas de mi eficiencia.

No te extrañe nada que Moldau sea quien paga su sueldo.

Pero mi trabajo no aparecía por ninguna parte, y si mis días estaban ocupados era porque Arturo llenaba el resto, llevándome a pasear, a cenar, a espectáculos. Por eso de mañana despertaba con el tiempo justo para darme un baño, desayunar, vestirme y llegar a la oficina.

RESTAURAN

Llevaba cerca de un mes en la oficina, cuando, en cierta oportunidad que me había citado con Arturo, se acabó la cuerda de mi reloj y seguí tranquila y confiada aguardando la hora de arreglarme.

Y si a él se le hubiera ocurrido llamar por teléfono, yo no estaría escribiendo seguramente esto. Pero él subió, me preguntó qué pasaba y, mientras le explicaba, le presenté a mi compañera de pensión.

Mi amiga Zulma. Un conocido, el señor Moldau.

Explicada la razón de mi tardanza, quedó en volver cuarenta minutos después. Se despidió de Zulma, que se quedó mirando.

¿Qué te pareció?

Muy bien. Pero yo ya lo conocía.

Una mañana, hará un mes más o menos, vino a buscarte. Pero te habías quedado dormida.

No sabía.

¿Estás segura?

Segurísima. Y te voy a contar algo más para que veas que me acuerdo perfectamente.

Desde mi cuarto lo estuve espiando. Y si te dijera qué hizo, no lo creerías.

¿Qué hizo?

Mientras esperaba, tomó el diario, lo hojeó y luego se lo guardó rápidamente en el portafolios.

Zulma se echó a reir, restando importancia al asunto.

Como enseguida se marchó, me quedé pensando que no te había venido a buscar a ti, sinò al diario.

¿Cuándo fue eso?

Si no me equivoco, y creo que no, la misma mañana que fuiste a esa oficina por primera vez.

Zulma puede decir cualquier cosa y olvidarlo a los dos minutos. Pero desde ese momento algo que había tratado yo de alejar de mi mente cobró actualidad. Ello fue el desdichado incidente de la noche de lluvia.

¡Tonta! Claro que vino a buscarte a ti. Lo que pasó es que le dijeron que dormías y no quiso molestarte.

El miedo me impidió decir una sola palabra, pero no me impidió ir al archivo de varios diarios y revisar los ejemplares de los días posteriores a la noche de la lluvia.

UNA VEZ MAS UN TRANSEUNTE ATROPELLADO ES ABANDONADO A SU DESDICHA, FALLECIENDO EN MITAD DE LA CALZADA

Sé que en una gran ciudad suceden cosas así a diario y que esa noticia puede no tener relación con lo que yo creí ver. Pienso que él pudo retirar el diario de la pensión para evitar que mi imaginación volara.

Pero, ¿y lo que oí en la oficina?

No te extrañe nada que sea Moldau quien le paga su sueldo.

Esa muchacha pudo haber dicho, sin quererlo, la verdad. Es por demás evidente que él no descuidó detalle para mantenerme sin un minuto libre para leer el diario, escuchar un noticioso o hacer un comentario. Si además fue capaz de pagar un buen sueldo para lograrlo, esto tomaría otro cáriz.

Tengo miedo, lo confieso. Me siento dentro de una red que puede ir aprisionándome más y más, hasta... no sé dónde. Es probable que esté equivocada. Es probable que todo sea sólo una suma de casualidades. Pero..."

Hasta ese punto, lo que refiere esta joven que firma Licha, y a la que no podemos negar que esté en una "Encrucijada". Que no puede permanecer en ella, no se discute. Pero pensamos que tampoco puede averiguar -en lo relativo al presunto atropello- puesto que eso quedó bastante atrás y carece de base sólida y de pruebas. Cuanto posee al presente, y lo acepta, es miedo, mucho miedo. Su conciencia grita:

¡Tienes la obligación de denunciarlo!

(¿Pero con qué base?)

(Ni siquiera sé por qué callé aquella noche.)

(Además ha pasado tanto tiempo. Y sobre todo, tengo miedo. Tanto miedo que lo único que quisiera en este momento es estar...)

(¡...junto a mis padres!

Junto a esos padres que de aquí a dos días podrían recibir una carta en la que Licha les diga:

Por favor, envíenme ya mismo un telegrama diciendo que, por razones de familia, debo volver por unos días inmediatamente.

Ni el más suspicaz de los hombres dudaría ante semejante telegrama.

¿Y qué va a hacer?

Por favor, interceda usted para que consideren mi situación y no me dejen sin el empleo.

¿Volverá?

La esperanza de volver pronto es lo que me permitirá marcharme.

Tendré que ir aunque sólo sea para ver qué pasa.

Equivocada o no, Licha no podrá resistir esta duda sin que sus nervios y hasta su razón zozobren. Es probable, y lo deseamos, que lo relativo al atropello y los peligros anexos sólo existan en su mente. Pero lo que sí es seguro es que la alegría con que la recibirán sus padres justifica y bien merece el retorno hacia esos cuatro brazos abiertos que la aguardan.

FIN

Carlos EYRÉ

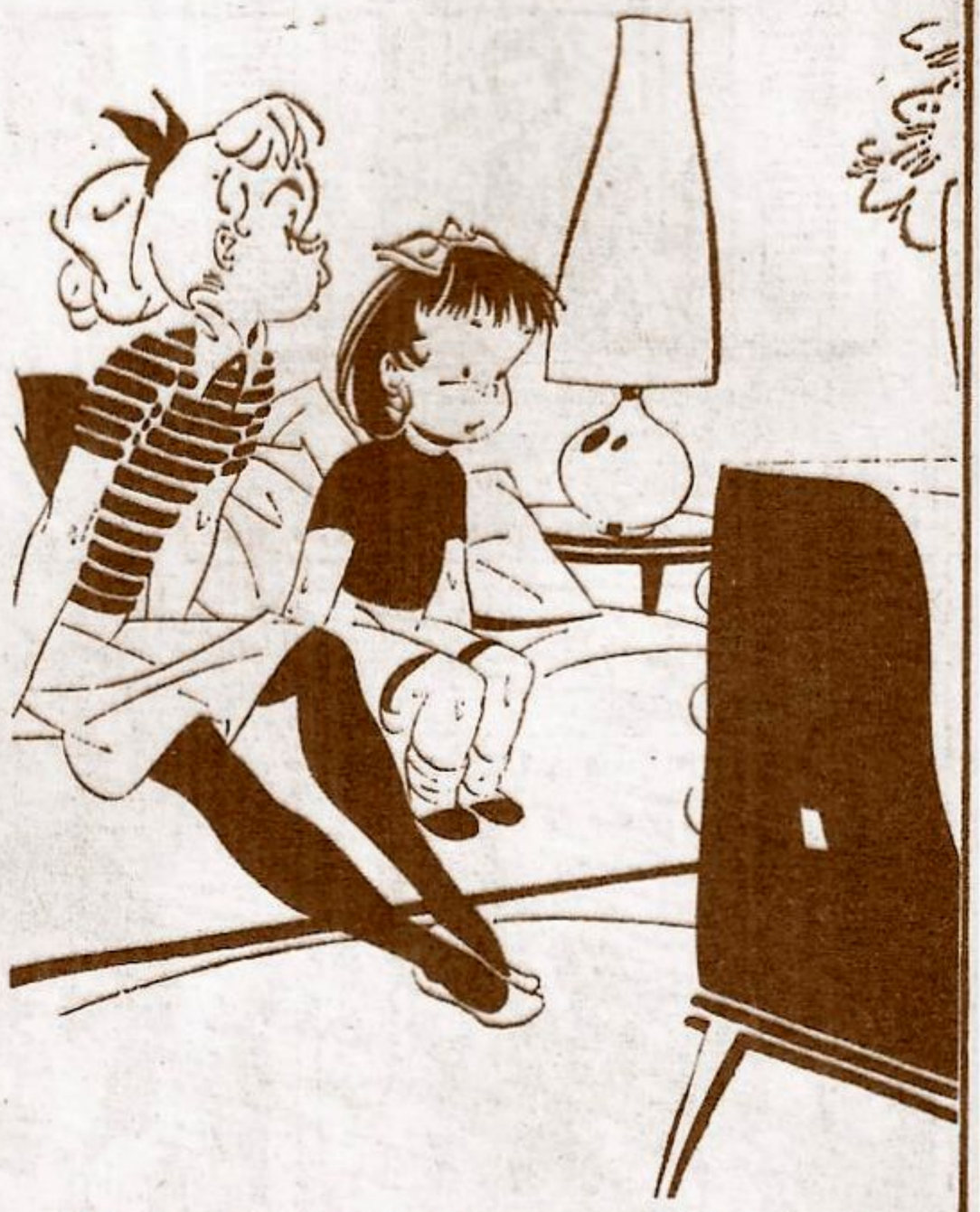
Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

DE BUEN HUMOR

- No me contradigas nunca, querido. No comencemos nuestro matrimonio con equívocos.

- Llevan los carteles en blanço porque todavía no aprendieron a escribir.

- Es la primera vez que puedo hablar por teléfono sin que me interrumpas para hablar tú.

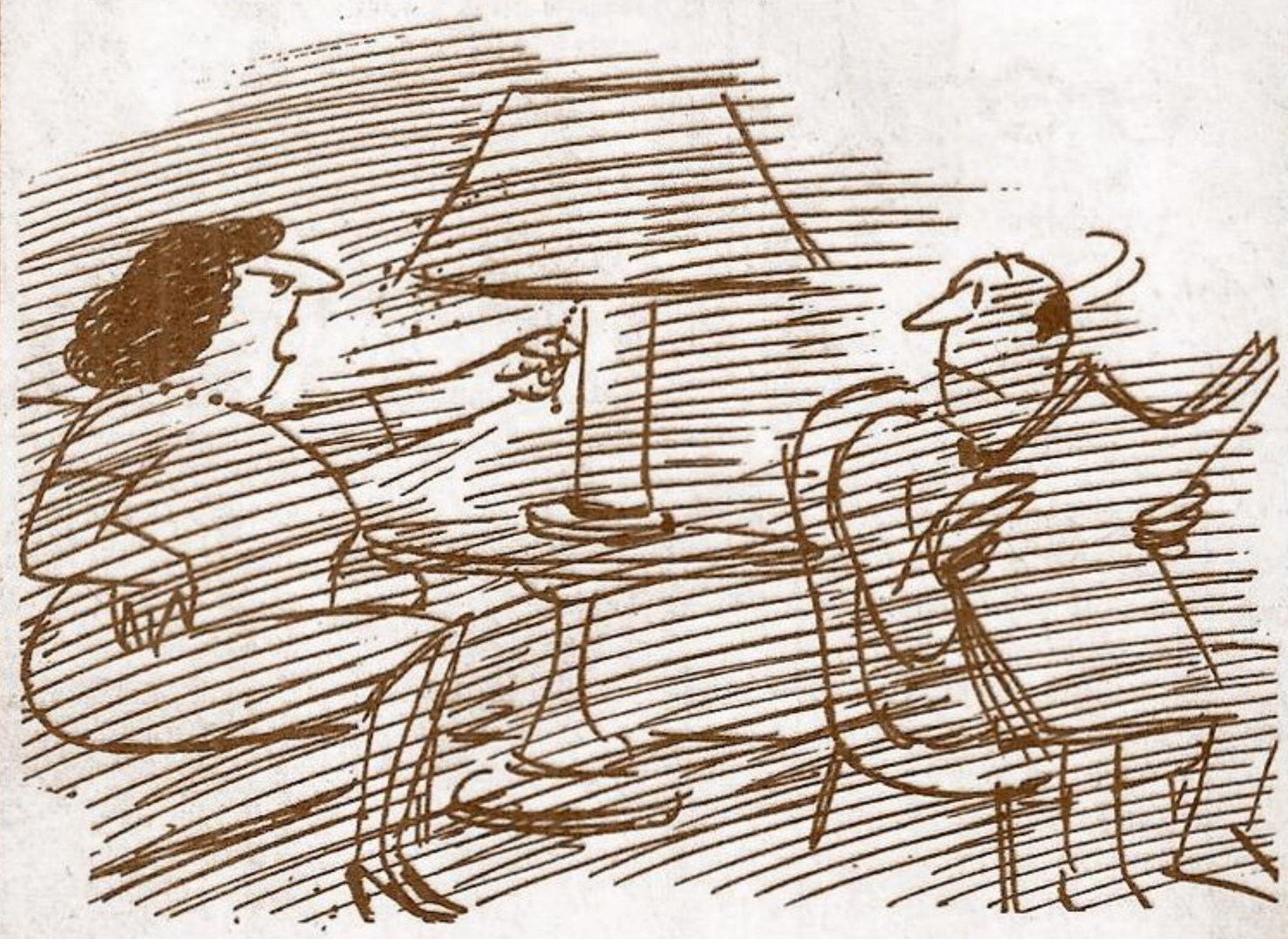


- Si no entiendes esa película de vaqueros, para adultos, pregúntame a mí.

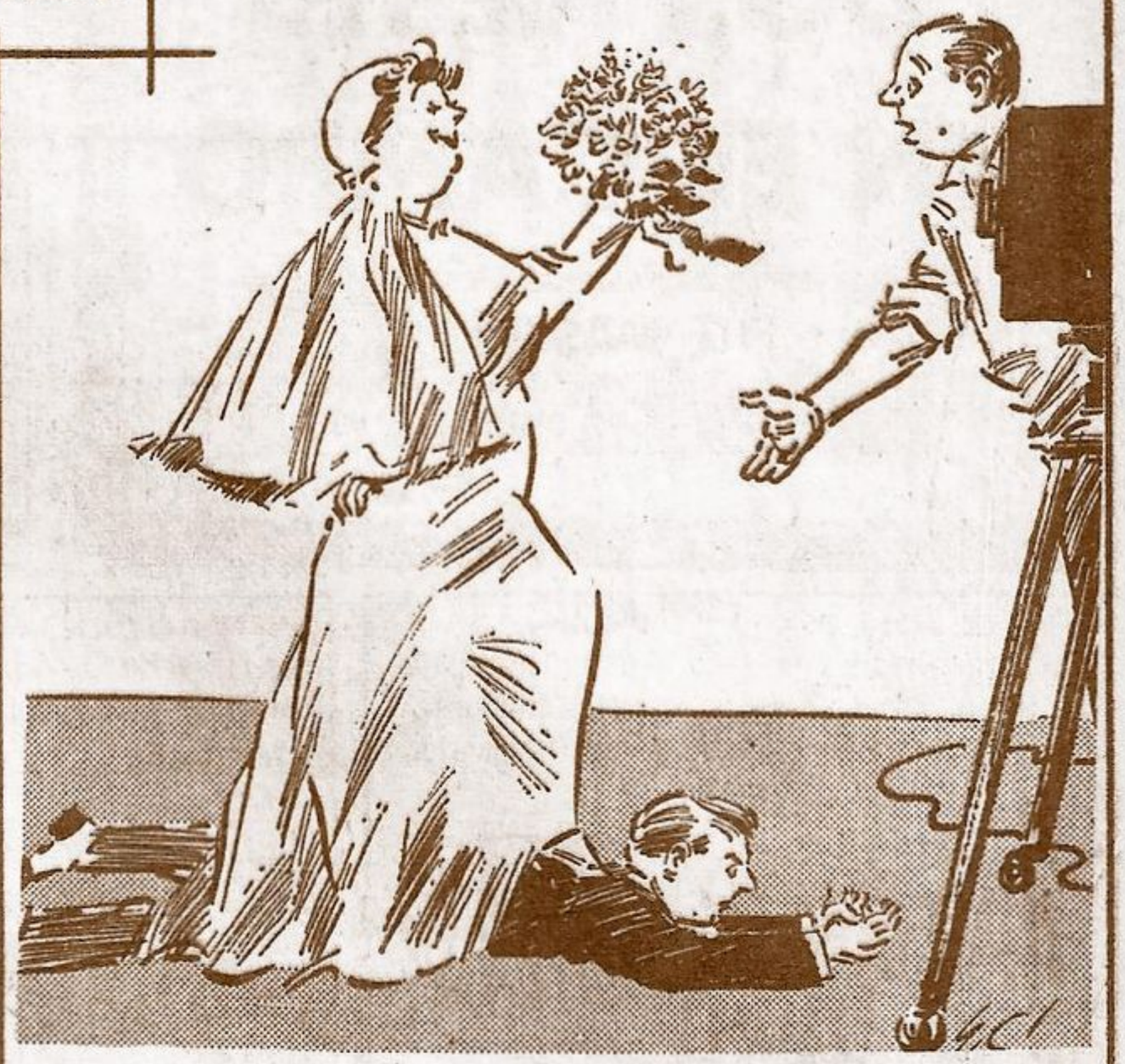
Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

VAMOS A REÍR

- ¿Podría prestarme su auto, vecino? Recién acabo de lavar el mío.



- Ahora dejarás de leer mientras hablo.



- ¿No le parece que ésta es una fotografía poco común, señora?

SEA Vd.
UN PROFESIONAL

CURSOS GRATUITOS Y EMPLEO

EN SU PROPIA CASA, A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DEL PAIS Y DEL EXTERIOR

ENSEÑANZA TECNICA - Cursos de:
Ingeniero en Electrónica
Ingeniero en Radio y Televisión
Ingeniero Mecánico en Automóviles
Ingeniero en Motores a Expl. y Diesel
Matemáticas Superiores para Radio y TV
Técnico en TV - Serviceman en TV
Químico Industrial - Explosivos y Pirotecnia
ENSEÑANZA COMERCIAL - Cursos de:
Organizador y Director de Empresas
Director Comercial - Contabilidad
Réditos e Impuestos Generales.

En pocos días sea Martillero Público (con licencia prof. Legalmente otorgada)

Dibujante profesional - Historietas

Periodismo y 10 cursos más.

Unica Institución en el Mundo que se compromete por escrito a emplear a sus diplomados superiores, si éstos así lo desean.

Inscripciones anuales limitadas

Pida informes, citando el Curso que le interesa.

UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS
- Depto. de INFORMES -
CASILLA DE CORREO CENTRAL Nº 5099
BUENOS AIRES

Nombre .....
Calle y Nº .....
Localidad .....
Provincia .....

ALB. INT.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

DOS MESES EN EL CAMPO

Por PITT MARBER

DIBUJOS DE VOGT

EGIDIO ESTEBAN PASSAMONTI EX LIBRIS

Magda, Sheffield jamás había estado en "Whinland", un verde paraíso de praderas y suaves colinas, bañadas por el sol del East Sussex. Sus ojos estaban acostumbrados al neblinoso Londres y a las distinguidas luces del "Copper Grill", el restaurante de moda, o a la melodiosa penumbra de la "Royal Opera House".

Por eso, acaso, los cubría con anteojos oscuros, mientras su pequeño "Austin" avanzaba lentito, como a desgano, por el camino que la conducía a la propiedad del que había sido su abuelo paterno.

Atravesó el portón de entrada y por un sendero interior llegó hasta el edificio principal. El olor de los establos hirió su olfato.

Hizo sonar varias veces la bocina del auto, y por fin apareció por una puerta lateral una mujer anciana, secándose las manos en un delantal.

Indudablemente la esperaban; las habitaciones que le tenían destinadas estaban limpias y arregladas. Eran amplias y sobriamente amuebladas.

Magda no pudo imaginarse lo que significaban treinta años entre caballos y hombres de campo para una mujer. Al quedar sola, se echó sobre la cama y lloró.

El testamento del abuelo resultaba un curioso documento de imposiciones. Magda, la única hija de su único hijo, muerto hacía cinco años, parecía la heredera forzosa, pero se veía sometida al cumplimiento de una cláusula extraña: vivir dos meses en el haras. Después, el albacea haría pública la segunda cláusula, por ahora secreta.

Columberos: Los mejores guionistas y dibujantes

No quiso bajar, y al anochecer, oyó unas voces bajo su ventana. Se asomó y vio a Anna hablando con un hombre joven, de buen aspecto.

Llegó la señorita Magda, Harold. Quiere verlo.

Hablaré con ella durante la comida, Anna. Dígaselo.

(¡Vaya descaro el de este hombre! ¿Desde cuándo un sirviente po- condiciones a la... ?)

Iba a decir "dueña", pero aún no lo era. Tuvo que morderse la furia que había desatado ese administrador-mayordomo, Harold Mc Nealy, un irlandés que había ganado el afecto de su abuelo hasta convertirse en su favorito.

(¡Dos meses más, Magda! ¡Sólo aguanta dos meses y luego volverás a Londres!)

(No hay más remedio que soportar la cláusula del abuelo. Este haras es lo único que me queda. Cuando sea mío lo venderé y mi madre y yo saldremos de la ruina.)

Harold llevaba, cuando se sentó a la mesa, la misma chaqueta de trabajo, pero, por lo demás, se lo veía pulcro, demasiado pulcro para ser un caballerizo.

Su abuelo la quería mucho, señorita Magda, pero usted jamás estuvo en "Whinland". ¿Por qué?

No es mi sitio, señor Mc Nealy. Mi padre, como yo, nunca se llevó bien con los caballos.

Ese fue su error; entiendo que le fue muy mal en Londres con sus negocios de bolsa.

Parece usted estar al tanto de todo lo que sucede en mi familia.

Fui el único acompañante de los últimos años de su abuelo, no lo olvide. El pobre viejo necesitaba desahogarse con alguien.

El abuelo era un hombre extraño.

Pero generoso. ¿Acaso la hizo a un lado en su testamento?

No, pero me obliga a pasar dos meses entre sus malolientes "pur sang".

El siempre quiso su felicidad. Si ha ordenado eso será por algo muy especial. Solía contarme sus travesuras de niña con mal disimulada chochera.

Molesta por las francas intromisiones de Harold, Magda iba a cortar la charla, cuando uno de los peones entró al comedor.

Disculpe, señor Mc Nealy, pero "Yellow Ray" ha vuelto a ponerse malo.

¡Ya voy a verlo!

Se excusó secamente y salió. Magda se sintió ofendida. ¿Quién era "Yellow Ray"? Lo preguntó a Anna.

Es el potrillo predilecto de Harold. Lo hará correr en el Derby de Epsom, y está lastimado en una pata.

¡Es el colmo! ¡Me ha dejado sola por un caballo!

Un caballo que significaba mucho para el haras "Whinland", para Harold Mc Nealy, y aun para Magda Sheffield.

Ya está bien, "Yellow". Si no tratas de quitarte la venda, todo pasará pronto.

¡Cuídalo, Kenham! Es un mimado y no le gusta estar solo.

También hay personas a quienes no les agrada que las dejen solas... en mitad de una conversación.

¡Señorita Magda! Debe entender que éste es mi trabajo aquí.

Soy casi la dueña de "Whinland". Mañana comenzaré a ocuparme de la distribución del trabajo.

La chica parece de agallas, señor Harold.

Es como un potrillo indómito, pero... en dos meses acabará domada.

Mc Nealy lo dijo con su voz grave y profunda de irlandés, donde resonaron, quizá, los ecos de la de Pearse, su compatriota, que en 1916 leyó desde la escalinata del Palacio de Correos de Dublin la proclama de la independencia irlandesa. Kenham, el peón quedó pensativo.

(Así será, si él lo dice.)

Por la noche del día siguiente, Harold se extrañó al no ver a Magda en el comedor.

¿Y la señorita Sheffield? ¿Está enferma?

No; acaba de cenar en el escritorio. Creo que rehuye su presencia.

Fue a su encuentro, y sus nudillos golpearon una puerta. Antes de que la respuesta se formalizara, la abrió.

Buenas noches, necesito unos papeles que están aquí.

¿Cree usted que es esto uno de los establos, señor Mc Nealy?

Sólo creo que es un sitio donde nada tiene usted que hacer.

Es más de lo que puedo soportar.

Escúcheme bien. En cincuenta y siete días seré dueña de todo esto y voy a venderlo. ¡Quiero un inventario preciso de los bienes!

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Harold no se inmutó. Separó algunos y entregó los otros papeles que tenía en su poder a la muchacha .

¡Aquí lo tiene! Su abuelo jamás me lo pidió, pero yo siempre lo tuve listo y actualizado.

Magda comprendió, entonces, que cuando a un hombre se lo respeta es por algo. El irlandés, resultaba recto como una vara de roble. Y trabajador como el que más.

Un día, hastiada de su inmovilidad, decidió recorrer la hacienda.

¿Irá en el auto?

Los caminos no son buenos, y además, casi no los hay en muchos lugares. Vaya a las caballerizas y pida un caballo a uno de los peones.

Gracias, es lo que haré.

Montaba mal, pero se animó, aunque los pantalones que vestía no eran apropiados para cabalgar.

(Es como andar en una tortuga. ¡Apuraré a este animal!)

Con la fusta dio un seco golpe al flanco del caballo, y éste salió disparado. Un momento después, estaba arrepentida; no podía dominar a su cabalgadura.

(¡Me mataré si no consigo detenerlo!)

Harold estaba con "Yellow Ray", haciéndolo pastar, cuando vio a la muchacha en peligro.

(¡Discúlpame, viejo, pero necesito utilizar tus servicios!)

Conduce mucho mejor treinta caballos bajo un capot que uno bajo usted, señorita Sheffield.

¡Nadie le solicitó ayuda!

¿Nadie? ¿No escuchaba usted los gritos de ese pobre animal? ¡Tuve que salvarlo!

¡Es usted un insolente, señor Mc Nealy!

Dos semanas después, un auto sport rojo se detuvo frente a la casa. Anna recibió al hombre que bajó de él y avisó a Magda.

Es un periodista y desea hablar con usted, señorita Magda.

¿Un periodista?

Fred Reelton era simpático, y habló, y enseguida fue al motivo de su visita .

Mi diario busca noticias, y soy su cronista de turf. El haras "Whinland" tiene anotado a "Yellow Ray" para el Derby de Epsom.

¿Cómo anda el caballo?

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Lo ignoro, señor Reelton. Deberá consultar al encargado de esos menesteres, Harold Mc Nealy, mi mayordomo.

¡Al diablo con él! Nunca quiso tener relaciones con la prensa.

Usted era nuestra oportunidad. Sabemos que quedará dueña de "Whinland" en poco más de un mes. ¿Venderá todo esto?

Creo, señor Reelton, que empiezo a entender los motivos de mi mayordomo. ¿No es usted muy curioso?

No lo crea, señorita Sheffield. Tenga, aquí tiene mi tarjeta. Puedo conseguirle un buen comprador, si decide vender "Whinland".

El auto sport tomó el camino del portón de salida, y Magda quedó perpleja.

(Sospecho que a cierto irlandés comenzarán a disgustarle mucho más los periodistas.)

(Pero, ¿quién habrá informado a este hombre de todo lo que sabe?)

Lo supo unos días después, cuando la paz campesina del haras se alteró con los ecos de la charla incesante de Kate Sheffield, su madre.

¡Vaya camino el de la estación hasta aquí! ¡Y vaya olor el de esos establos! ¿Cómo lo aguantas, Magda?

¿Y tu piel? Estás tostándote, querida. Por suerte traje mis cremas y ...

Ten calma, mamá. Aún no me explicaste bien lo de ese periodista. ¿Cómo fue todo?

Es amigo del coronel Abbot y un joven muy relacionado. Parece que el coronel tiene interés en esta propiedad que nos pertenece.

Perdón, mamá: di mejor que "me" pertenecerá.

De acuerdo. Todo está arreglado para la venta. Conseguiremos ..., "conseguirás" un buen precio y volverás a Londres, a tu mundo legítimo. ¿No es maravilloso, Magda?

Anna, desde muy cerca, escuchó la conversación y creyó oportuno informar a Harold.

¿No es terrible, Harold?

Déjeme hacer cálculos: los dos meses se cumplen a fin de mayo y el Derby se corre el cinco de junio.

Si ella vende el haras, "Yellow Ray" pasará a manos de ese coronel Abbot antes de la carrera y su premio, si gana, será suyo. ¡Desastrosa operación!

De todos modos será un mal negocio para la señorita Sheffield, Harold; no se preocupe usted.

Quiero a "Whinland", Anna, y a "Yellow Ray". Me dolería ver caer a ambos en manos de un aventurero aprovechado.

Escaneado en Córdoba - Argentina

Sólo había una posibilidad de desbaratar el plan del coronel y el periodista:hablar claro con Magda. Harold lo hizo al día siguiente.

Pensé que entre usted y yo no existía ya ninguna relación. ¿Qué quiere decirme?

Algo que le concierne exclusivamente y tan importante que ha variado mi decisión de no hablarle:no venda "Whinland" antes del Derby.

¿Es una orden, señor Mc Nealy?

Es una sugerencia que la alejará de las garras de un par de canallas. ¿Sabe usted cuánto ganará el caballo que llegue primero en Epsom?

¿Cuánto?

Más de lo que vale "Whinland". ¿Entiende usted?

Un poco más que antes. Pero el coronel quiere que venda al día siguiente de entrar en posesión del haras, es decir:antes de la carrera..

¡Por supuesto! Sabe que si "Yellow Ray" gana, la propiedad le saldrá gratis. El aprovecha que usted no sabe nada de "pur sang".

¿Y es tan bueno ese caballo?

Harold dio una orden al peón que montaba a "Yellow Ray" y mostró el reloj a Magda.

¡Fíjese cuánto emplea en una milla!

¡Un minuto treinta segundos! ¿Es eso buen tiempo?

¡Es casi un record! Y no está exigido como en la competición. Ahora lo sabe, señorita Sheffield. ¿Venderá antes del Derby?

Lo miró a los ojos recios y se guardó la pregunta que iba a formularle:"¿Qué interés tiene en todo esto?", porque lo adivinó y porque lo sabía recto y noble. Sólo dijo:-No-y se fue. Después habló con su madre:

¿No es una nobleza de su parte prevenirme del engaño?

¡Ay, Magda! ¡Tu tonto corazón nunca te servirá para los negocios! El coronel comprará si vendes antes del Derby;después no. ¿Quién te asegura que ese caballo lo gane?

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Era un riesgo y quiso correrlo. A ella también, acaso, comenzaba a gustarle "Whinland" y sus praderas verdes de colinas suaves. Y se preguntó, esa noche, cuando el sueño de su madre le dio la oportunidad del silencio.

(Harold es todo un tipo. ¿Me estaré enamorando de él?)

Tuvo la respuesta en la inquietud de la mañana siguiente, cuando un impulso extraño la obligó a montar y buscar al mayordomo.

Al término de los dos meses será toda una amazona, señorita Magda.

¿Cómo está nuestro crédito?

Muy bien. Su pata lastimada ha curado perfectamente.

¡Magnífico! Hágale saber que confío en él y en su preparador. Pero los dos serán culpables de una derrota que puede dejarme en la ruina.

Kate Sheffield no compartía la confianza de su hija.

Haces una locura, querida. Aún estás a tiempo. El señor Reelton vendrá esta tarde en busca de novedades.

¡No hay venta, mamá! Y, además, ¿olvidas que hay otra cláusula en el testamento del abuelo?

Sólo estaré segura de heredar "Whinland" cuando pasen estos dos meses y el albacea la lea. ¿Cuál será la otra condición que se me impondrá?

Cuando Fred Reelton llegó, Magda lo puso al tanto de su decisión y lo dejó a solas con su madre.

¿Se imagina la cara que pondrá el coronel, señora Kate?

Escúcheme, joven, todavía tenemos una chance.

Desde la ventana de su habitación, Magda los vio confabulando en voz tan baja que se asombró.

(Algo muy secreto estarán tratando, que mamá ha bajado el tono de su voz.)

Finalmente el periodista se marchó, y la señora Sheffield subió con una expresión distinta en su rostro maquillado.

Pareces radiante, mamá. ¿Has conseguido que ese coronel Abbot esté dispuesto a la compra luego del Derby?

No, pero creo que, después de todo, las cosas se arreglarán: me permití decirle al señor Reelton que tendrá tu última palabra la próxima semana.

Esa sería la última semana de los dos meses, el fin del período que incluía la cláusula. Magda no se enojó: sabía que para entonces su opinión no variaría. Además, se sentía muy feliz para enojarse; esa noche cenaría en el comedor con Harold.

¿Vas a una fiesta, querida?

Tal vez, mamá. Pero en todo caso será una fiesta distinta a las de Londres. Una fiesta llena de estrellas y olor a establos.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

La comida transcurrió en silencio. Harold ya no vestía su chaqueta de trabajo, sino un elegante dos piezas que llevaba con soltura. Sus ojos, tan firmes siempre, parecían temerosos de encontrarse con los de Magda y en sus manos temblaban los cubiertos.

Sin embargo, cuando salieron a la noche, su timidez se atenuó .

Dentro de nueve días habrá cumplido su condena, Magda.

¿Condena? Fíjese, Harold, ya no necesito colorear mis mejillas. ¡Me siento más libre que nunca en "Whinland"!

Creo que si "Yellow Ray" gana la carrera no venderé este haras..., y eso, si es que realmente lo heredo. ¿Conoce usted la existencia de una segunda cláusula en el testamento?

Sí.

Pero su abuelo la quería bien y puede descontar que la propiedad será suya. Cosa que me alegrará muy de veras.

¿Fidelidad hacia el apellido Sheffield, Harold?

No, encantamiento por la nieta del que fuera mi mejor amigo.

¡Harold!

Fue el comienzo que llegaba en el final. Desde esa noche se acostumbraron a caminar juntos todas las demás, en esa primavera madura que presagiaba un verano cálido y apacible.

En una de ellas, sin embargo, ocurrió algo inesperado.

¿Oíste ese relincho, Magda? ¡Parece "Yellow Ray"!

Corrieron hacia su box, pero, antes de llegar, Harold fijó su atención en una sombra que huía hacia el camino.

¡Voy en su procura!

¡Ten cuidado!

¡Quién se escuda en las sombras y huye, siempre se gana esto!

Después lo remolcó hasta la luz de uno de los faroles y se lo mostró a Magda .

¿Lo conoces?

¡Claro que sí! ¡Es Fred Reelton, un periodista que hacía de intermediario del coronel Abbot!

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Kenham, el peón, llegó atraído por los ruidos, y se ocupó del intruso. Harold y Magda fueron hacia "Yellow Ray".

¡Un cuchillo!

Y el vendaje de la pata del caballo está desgarrado.

La intención de Reelton estaba clara: imposibilitar la actuación de "Yellow Ray" en el Derby agravando su herida casi curada. Mientras el irlandés comprobaba que el intento se había frustrado, Magda fue en busca de su madre.

¿Sabes qué pasó, mamá? El siniestro plan que tramaste con el coronel Abbot ha fracasado. Tu periodista fue descubierto.

Kate puso cara de desesperación, pero no lloró: su maquillaje podía arruinarse. Más tarde, explicó:

El coronel no sabe nada de esto. Voy a casarme con él y quise ayudarlo a obtener "Whinland", que siempre ambicionó.

Lo planeó todo con Reelton. Pensaba que, si el caballo no podía correr, venderías el haras sin enterar al coronel de ese detalle. Fíjate, Magda: pensé en ti más que en mí.

No te culpo del todo, mamá. Acaso fuiste la víctima de un canalla como Reelton, que pensaba cobrar suculenta comisión por la venta. ¡Cásate con tu coronel! Y ven a verme cuando quieras, a purificarte al sol de una ambición que yo eludí.

Kate Sheffield se marchó, y cuando llegó el día de vencimiento del plazo, el fin de los dos meses, Magda sólo se acordó de ello por el llamado telefónico que recibió del albacea.

Sí, por supuesto que lo sé. El señor Mc Nealy atestiguará que paseé aquí todo este tiempo.

Pero él me dice que le avise que recién podremos pasar por su estudio para conocer la segunda cláusula después del Derby. ¿De acuerdo?

(Algo le ha sucedido a esta chica. ¡Parecía tan apurada dos meses atrás!)

Ahora el sol de "Whinland" y el amor de Harold Mc Nealy habían cambiado las cosas, y Magda sólo tuvo apuro el día cinco de junio, cuando, pegada al borde de la pista del hipódromo de Epsom, aguardaba con el irlandés la largada del Derby.

¿Crees que esa pata de "Yellow Ray" aguantará, Harold?

¡Claro que sí! ¡Mira, largaron la prueba!

Desde el comienzo el caballo marchó al frente, en un parejo y ágil andar que llamó la atención de los entendidos.

¿Quién es el número tres?

"Yellow Ray", un ilustre desconocido.

¡Falta el último tramo, Harold! ¡Ganaremos el Derby!

Sin embargo, había alguien que sabía que no.

(¡La pata herida! ¡"Yellow" comienza a cojear de ella!)

Jinete y caballo se esforzaron, pero lo inevitable sucedió.

¡Un poco más y lo logra! ¡Me siento tan desdichada! Toda mi ilusión estaba en él.

No es nada, Magda. Lo curaremos y ganará otras carreras.

Como lo dijiste aquel día, él y yo somos culpables de tu pérdida de dinero.

¡Olvídalo! Y ahora acompáñame al albacea. Espero que no me falle el abuelo.

Epsom está a minutos de Londres. Llegaron antes del anochecer; y el anciano funcionario dio lectura a la parte restante del testamento.

"... y cumplidos los dos meses, Magda deberá hacer otra cosa para quedar como única propietaria de "Whinland": casarse."

¡Te das cuenta, Harold? El abuelo sabía lo que hacía. Primero dos meses a tu lado para enamorarme de ti. Después el casamiento para que juntos sigamos adelante con su querido haras.

El irlandés clavó sus ojos serios en el rostro radiante de la flamante heredera y dijo, con su grave voz profunda:

¿No te enoja la situación? Yo soy el que se queda con la mejor parte de los bienes de tu abuelo. ¡Contigo!

¡Harold, por Dios!

Regresaron tarde a "Whinland", y cuando los focos del pequeño "Austin" dibujaron dos círculos en la pared del edificio central, y el olor de los establos llenó la noche campesina, Magda Sheffield pensó en "Copper Grill" y en la "Royal Opera House" y dijo:

No los extrañaré, Harold.

¿Qué dices, querida?

Nada, no me hagas caso. Soñaba con un sol grande y una pradera iluminada de verdor.

VOGT. 66

Es un sueño lindo, Harold. Mañana será realidad y se repetirá todos los días.

Y lo disfrutaremos juntos, siempre juntos, Magda.

FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

LAS MARIPOSAS RABIOSAS

Por OSVALDO MORO

EGIDIO ESTEBAN PASSAMONTI
EX LIBRIS

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Sonó una y otra vez la chicharra de llamada. El tiempo. Las horas. El aire gris. Las palomas blancas que huyen. La soledad del amor, la fría soledad del amor. Un tonto acordeón de papel sin música, pero con música. Vivir. La desesperante esperanza de mañana.

Llovía. Llovía sobre la ciudad. Llovía sobre los sueños de amor de Diego Medina. ¿Y el acordeón? ¿Dónde se oculta el gorrión cuando llueve? El era como un gorrión. Humilde, solitario, triste, pobre, desesperadamente enamorado.

¿Te llamé tres veces? ¿Estás sordo?

Dos. Dos veces me llamaste. Y te oí. Pero no quería contestarte. Es mi rebelión.

Si continúas comportándote así voy a volver a encerrarte. Estoy arrepentido de haberte traído aquí. Estás enfermo.

¡Mentira! ¡Nunca estuve enfermo!

El silencio. El viejo silencio. El rancio silencio de la incomprensión, de la intolerancia, de la impotencia. No poder hacer nada nunca. No poder hacer nada.

¡No la dejes ir!

Déjame tranquilo. Necesito la liquidación de la Empresa Naviera Central para dentro de media hora.

Siempre media hora, todo dentro de media hora. ¡No la dejes ir! ¡Por favor, que no se vaya!

¿Cómo decirle que sí? ¿Como explicarle que la suerte de aquella muchacha era la suerte de su corazón de hombre?

-Tenemos que hablar de Fernanda.

No insistas. Contigo no tengo nada que hablar sobre Fernanda. Ella es una mujer, y tú eres un niño. Apenas tienes 17 años.

No importa la edad. Tienes que entenderme. Aquí se trata de creer o no creer, de amar o de no amar.

Te falta vivir. Entonces entenderías muchas cosas.

-¿Ser más viejo qué me haría entender, por ejemplo? ¿Comprendería entonces que es más importante el orgullo que el amor?

Ella me estafó.

1556

La familia elige leer Intervalo en Columberos

Crees que ser malo es un arma. Crees que gritando cuando las cosas están mal y no diciendo cuándo están bien, no estimulando, dominas, impones miedo.

Lo que tú hiciste no fue luchar, simplemente luchar. Tú te propusiste crearte un porvenir destruyendo a los demás y destruiste sin piedad a todos los que se te interponían en el camino.

-¡Triunfé!

¡Mentira! Esta vida agria que vives no es el triunfo, no lo puede ser nunca. Te falta alegría y sin alegría no se puede vivir.

Fernanda es la alegría de la vida. Fernanda es el amor. No la dejes ir. Fernanda es también la música del acordeón de papel que me hiciste una vez. ¿Te acuerdas?

-Yo estaba enfermo -continuó diciendo Diego con la voz ahogada por la emoción-. Yo estaba enfermo -repitió-, siempre estaba enfermo, siempre tenía fiebre y angustia. Entonces me hiciste un acordeón de papel.

-Un tonto acordeón de papel que no tenía música para los demás, pero sí para mí; sonaba dentro de mi alma, entre mis manos. Yo lo sentía sonar entre mis manos.

Diego calló. Otra vez el silencio deslizándose entre ellos. Otra vez el misterio eterno y repetido del silencio. Las manos verdes, rojas y azules y amarillas se alzaban por el aire buscando las palomas o el acordeón de papel. Y encontraban la música, la vieja música que ahora se había transformado en el rostro de Fernanda.

¿Quién es Fernanda...?

El amor que pasa.

¡No! ¡Fernanda es la traición, es la mentira! ¡No la tengo que querer! ¡No voy a perdonarla...!

El pasado siempre vuelve y esta vez también volvió. Fernanda está muerta. La arrastra la lluvia. ¡Olvidémosla!

No podemos olvidarla. Está en nosotros, en la raíz de nuestra sangre.

Callaron. No cabían las palabras. Sólo el gris del tiempo y el cansancio del tiempo y la vejez del tiempo. Sólo la muerte, que siempre llega demasiado pronto.

¡Diego! ¡Diego! ¿Quién es Fernanda? ¿Quién es Fernanda? ¿Qué fantasma es Fernanda?

El tiempo. La música del acordeón de papel. Afuera llovía. Regresaban al pasado. Era el comienzo de Fernanda. El comienzo del misterio. El principio del amor que no se amaría jamás.

¿Cómo se llama?

Fernanda Ríos.

La patrona de la pensión alzó los ojos como tocada por un rayo al escuchar aquel nombre y aquel apellido. Con una mano encendió la luz y con la otra aproximó la lámpara hasta el rostro de Fernanda.
-Está todo ocupado; no tengo lugar.

Era mentira, pero debía aceptarlo. Todo era demasiado reciente. El tiempo traería olvido. Siempre el tiempo. Esperar el tiempo. Morir el tiempo.

Y Fernanda esperó, esperó el olvido; esperó que Fernanda Ríos dejase de ser un personaje para ser simplemente una mujer, otra mujer más en la ciudad, una mujer cualquiera.

Pasó privaciones, muchas privaciones. También supo de la humillación de decir su nombre en un susurro. Pero el tiempo y el silencio arrastraron el olvido; el olvido violeta, el olvido gris, el olvido marrón. Llegaron los días del olvido, que tenían perfume y forma de otoño. Le costaba conseguir empleo. Tuvo que aceptar hacer corretajes. Llegó hasta vender bonos para una asociación de caridad que no existía. Era una estafa a la piedad buena de la gente. Ella no era capaz de algo semejante, aunque algunos creyeran que había sido capaz de algo peor.

Sus documentos, por favor.

Fernanda titubeó. Había cometido una locura. No se tendría que haber presentado a rendir aquella prueba. El aviso en el diario la había atraído poderosamente. Era un sueldo de veinte mil pesos mensuales. Casi la solución de sus problemas.

Usted es la postulante que obtuvo mayor puntaje. Diez en dactilografía, diez en taquigrafía, diez en redacción. Es una secretaria casi perfecta. Ahora necesito ver sus documentos y a trabajar ensequida.

¿Mis...,mis documentos...?

Sí. Sus documentos.

Se habían encontrado. Pablo y Fernanda. Ya estaban frente a frente. Pronto el destino iba a envolverlos en una pasión extraña, en la maraña de un amor que no quería ser amor.

Señorita, por favor. No me haga perder tiempo ni lo pierda usted. Muéstreme sus documentos. Mañana por la mañana puede comenzar a trabajar. Aquel escritorio, junto a mi despacho, será el suyo.

Pablo. Tu llamada a Nueva York. Dieron la línea por el teléfono de tu escritorio. Yo me ocuparé de atender a la señorita.

Fíjate bien que los datos de sus documentos coincidan con los de la solicitud. No quiero problemas.

Pablo se fue. Diego miró a Fernanda. La miró a los ojos. Su soledad y la de ella eran hermanas. Era otro principio. También amargo.

¡Hola! ¡Hola!

Mis... documentos...

Guárdeselos. Es como si los hubiera visto.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Diego, ¿qué ocurre? La telefonista dice que no dio ninguna comunicación con Nueva York. ¿Qué confusión hiciste?

No te pongas nervioso. Voy averiguar.

-¿ Revisaste los documentos de la señorita?

Sí. Todo está en orden. Ya le dije que mañana venga a las ocho menos cuarto.

Un momento después volvieron a quedar solos Fernanda y Diego, la mujer y el niño viejo. Entonces Diego tenía quince años y su alma ya era vieja, desesperadamente vieja.

Gracias.

¿Gracias? ¿ Por qué gracias?

-Los solitarios son hermanos, los tristes son hermanos, usted y yo somos hermanos. Los hermanos deben quererse y ayudarse.

De cualquier forma, muchas gracias.

Fue así, con el comienzo de una mentira solitaria, como Fernanda Ríos entró en la vida y en el destino de Pablo y de Diego. Fernanda era el amor. Pablo era el amor. Diego era el amor.

Transcurrieron dos años. Dos años de trabajos intensos exigidos por Pablo; de momentos amargos producidos por Pablo; de gritos de enojo dichos por Pablo. Siempre Pablo. La tristeza se llamaba Pablo.

¡Hola, Fernanda ! Qué casualidad. Los dos en el mismo cine sin saberlo.

Verdad. Podríamos habernos combinado.

¿ Le gustó la película?

No veo muchas cintas argentinas, pero me gusta Alfredo Alcón; está impagable.

Caminaron por Lavalle y tomaron Carlos Pellegrini hacia Santa Fe. Ninguno de los dos tenía apuro. Era viernes. Mañana no se trabajaba. Hablaron y no hablaron. De cualquier forma se sentían cómodos. De repente pasó un coche junto a ellos. Iba a gran velocidad.

Parecía el automóvil de Pablo.

Era Pablo.

Ahora callaron... Los dos pensaban en la misma persona.

¿ Le preocupa que haya sido Pablo, que Pablo nos haya visto juntos?

No. ¿ Por qué me va a preocupar?

Miente, Fernanda.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Pablo es muy bueno, y...

¿Qué tiene que ver que Pablo sea muy bueno con nuestro encuentro, con nuestra supuesta salida?

-Lo que ocurre es muy sencillo. Fernanda: usted ama a Pablo. - Fernanda no sabía qué decir. Se sentía un poco sorprendida, descubierta. De pronto la verdad de su corazón caminaba por la calle.

-Su amor por él nació en el miedo. Podría haber sido odio, pero es amor.

¿Cómo es que siempre sabes tantas cosas de los demás?

Soy poeta. Escribo poesías. ¿Usted no sabe que los poetas son espías? Los poetas espiamos el alma de los demás. Por otra parte he sufrido mucho. Sufro mucho. El dolor es un gran maestro, enseña.

Siguieron caminando. Parecía que ninguno de los dos tenía un rumbo fijo. A ninguno de los dos nadie los esperaba. Podían quedarse en la calle todo el tiempo que quisieran.

¿No tienes sueño?

Nunca tengo sueño. Hace años que duermo con la ayuda de remedios. Es terrible no tener sueño.

¿Pablo no le contó que estuve internado varios años? Dicen que era un niño raro, nervioso, melancólico. No hablaba con nadie. Los médicos dijeron que estaba enfermo y no era cierto.

Yo nunca estuve enfermo; Fernanda. A mí no me amaron, o no me supieron amar. Ese es todo mi mal, mi tremendo mal.

Mamá murió cuando yo nací. Papá estuvo siempre demasiado ocupado con sus negocios hasta su muerte. Entre Pablo y yo hay mucha diferencia de edad. Nunca fue un hermano amigo; fue nada más que el hermano mayor preocupado por los mismos problemas que agobiaban a mi padre.

Yo viví mi niñez en ese mundo. ¿Qué se podía sacar de eso? Sólo gente triste, vencida, amargada. Fui adulto antes de ser adolescente. Escribo poesías. Terminé un libro que mandé a un concurso que se realiza en México.

Quiero separarme de Pablo. Los dos nos hacemos daño, mucho daño. Al menos él me hace daño sin darse cuenta. Por eso quiero dejarlo, pero tengo miedo de vivir lejos de su lado. Yo siempre estuve solo.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

-No te obstines en sentirte solo. Me tienes a mí.

Estás equivocada, Fernanda. A ti tampoco te tengo.

La había tuteado. Por primera vez en esos dos años había sido capaz de tutearla. Ella lo miró sorprendida. Tenía miedo porque había adivinado lo que Diego iba a decirle.

Tampoco te tengo a ti, Fernanda, porque yo te amo, y tú amas a Pablo. Adiós.

¡Diego! ¿Adónde vas?

Quiero caminar. Cansarme. Yo nunca tengo sueño, no tengo ni derecho al sueño como los demás.

Fernanda. Amas a Pablo, y Pablo no será capaz de amarte nunca, porque no es capaz de amar a nadie. Sólo sabe ganar dinero, nada más que dinero.

El amor puede hacer milagros. Lo quiero bien. Tengo esperanzas de que pronto todo pueda ser distinto.

Es inútil. No lo cambiarás. Es una mariposa rabiosa.

¿Una mariposa rabiosa?

Sí, una mariposa rabiosa. Yo también lo soy. Parecemos dulces, sencillos, simplemente humanos, pero tenemos dentro nuestro una fuerza que destruye.

Hay mariposas iguales a cualquier otra, pero destruyen las flores sobre las que se posan. Así es Pablo. Creo que yo también soy así.

Pablo tiene una personalidad extraña. Hay en él una magia que atrae y domina y se apodera de uno. Nos hace daño, nos lastima, tendríamos que odiarlo, pero lo amamos.

Se separaron. La noche fría construía una densa muralla negra entre ellos, una muralla que los separaba tanto como ese imprevisto desencuentro de amor que vivían.

¡Hola!

¿Qué?

Te dije, ¡hola!

¡Tú! ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Fernanda, no seas niña. Tuve que esperar que se fuera ese chico para poder acercarme. No vas a negar que soy discreto. Tengo mucho que hablar contigo.

VINO

Sí que sabes. Sabes y vas a hablar. Yo te aseguro que vas a hablar, y pronto. Conmigo no se juega. Yo la maté, pero tú me ayudaste. Tú también la mataste.

¿En dónde escondiste el dinero y las joyas de la señora Rivual?

No sé; no entiendo qué me quieres decir. No sé nada de ese dinero ni de esas joyas.

Pasó el sábado con horas perezosas. Y transcurrió el domingo. Y otra vez el lunes, otra vez el reencuentro, otra vez la lucha frente a frente, otra vez los silencios enamorados. Otra vez el miedo. Había regresado el pasado.

No quiero escucharte. Vete.

Fernanda, no seas infantil, ¿o creías que nunca iba a salir de la cárcel? Me costó dar contigo, pero ya estamos otra vez juntos.

¡Gané la beca de la sociedad mexicana de escritores! ¡Me voy a México la semana que viene!

Diego, no divages. Te quedas en Buenos Aires. Olvídate de esas tonterías.

Pablo se encerró en su escritorio. Diego quedó descorazonado. Fernanda lo veía sufrir.

No está bien lo que haces con Diego.

No se meta en lo que no le importa.

La violenta respuesta de Pablo hirió a Fernanda. Pablo alcanzó a reaccionar.

Siempre Diego. Siempre la piedad para él, la amistad para él, el cariño para él. Para mí la soledad. Yo soy el fuerte. Todos creen que soy el fuerte, y no es así.

Pablo se aproximó a Fernanda. De pronto su corazón trataba de rebelarse, trataba de mostrarse tal cual quería ser. La tomó por los hombros. Parecía que temiera perderla. Se aferraba desesperadamente a esa esperanza que ella significaba.

El viernes por la noche, cuando la vi paseando con Diego, sentí unos celos tremendos. Yo no sé decir palabras románticas. Nunca pensé en que podría necesitar decirlas.

No sé si esto es amor, pero siento algo extraño dentro de mí, algo que nunca sentí antes, algo nuevo, una inquietud nueva, una tristeza nueva, una desesperación también nueva.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

El amor nunca es tristeza. Hay sí un poco de angustia, un miedo extraño a perder lo que se ha conquistado de repente, pero nada más que eso, nunca tristeza.

Yo no sé explicar entonces; pero estoy seguro de que esto es amor; amor a mi manera, pero amor al fin.

Fernanda se dejó besar. Quería a Pablo, lo amaba intensamente. Y él también la quería, pero, como bien lo había dicho, la amaba a su manera, de una forma rara, contradictoria.

Poseídos por la irresistible ternura del amor, no alcanzaron a darse cuenta de que Diego había entrado al despacho, que los había sorprendido besándose y que había salido precipitadamente, con los ojos llenos de lágrimas y una nueva soledad definitiva en su alma.

Y transcurrieron los días, con su inevitable pesadez, con su repetida lentitud. Trabajaban en silencio. Pablo se negaba a autorizar a Diego para que viajase a México.

¡Qué difícil es ubicarte!

¡Otra vez tú! ¿Hasta cuándo...?

Necesito hablarte.

No quiero saber nada contigo.

Mira, esta vez voy a ser definitivo. No soporto ninguna dilación más. O aclaramos nuestras cosas, o te hago un escándalo mayúsculo y vas a pagar tu culpa. Vas a ir a parar a la cárcel.

No entiendo qué es lo que quieres.

El dinero de la vieja. Quiero el dinero y las joyas que me ayudaste a robar.

-Yo no tengo ningún dinero. Ni tampoco joyas. Yo aclaré todo con la policía.

¡Estúpida!

Me envolviste en tus mentiras, pero logré salir libre, conseguí librarme de tu infamia.

Me querías. Jurabas amarme.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Es cierto. Llegué a amarte. Creía amarte hasta que conocí toda la verdad de tu proceder, hasta que conocí a...

Hasta que conociste a Pablo Medina, ¿no?

¿Qué sabes tú...?

Yo lo sé todo.

No te metas entre el y yo.

¿Por qué no? He jurado vengarme y voy a hacerlo.

Pasaron varias semanas. Una tarde, al regresar del almuerzo, Pablo llamó a Fernanda para que fuese a su despacho. Fernanda miró a Diego. La voz endurecida de Pablo la había estremecido, anunciándole la tremenda tormenta que se había desatado.

Te acompaño.

Me llamó a mí.

No importa; voy contigo.

Le pagué bien. No va a volver a molestarte.

Yo no te pedí que le pagaras nada.

Y Diego fue con Fernanda. Pablo estaba desconocido. La miró con frialdad y dureza. Sobre su escritorio había infinidad de recortes periodísticos. Tomás había cumplido con su amenaza.

No te volverá a chantajear.

No me chantajeaba, no lo podía hacer, porque yo no tuve nada que ver con su crimen.

El también salió por falta de pruebas definitivas. Además, sobre tu parte, los diarios no dicen lo que tú dices.

Los diarios mienten. El juez me absolvió. La policía comprendió que no tenía nada que ver en el crimen; se dio cuenta de que había sido engañada.

Puedes imaginarte que ahora lo nuestro no puede continuar siendo lo que era.

Me lo imaginaba.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

No sé si vas a creerme, pero yo necesito decirte la verdad, mi verdad. Puedes creerla o no. No puedo exigirte que me creas, pero tengo derecho a pedirte que me escuches.

No es necesario que expliques nada.

¡Déjala hablar!

¡Tú cállate!

No me callo nada. Que hable. ¡Que Fernanda se defienda!

Y Fernanda contó la historia, su historia. La historia de su soledad de muchacha provinciana que se abría paso en la ciudad inmensa, la historia de sus largas noches de estudio para cultivarse, para ser mejor.

Consiguió emplearse como secretaria privada de la señora Rivual, una viuda multimillonaria.

Un día llegó a la casa Tomás Alcorta. Era el administrador de una de las estancias de la señora Rivual. Había traído un conjunto de animales de raza para la exposición rural.

Los animales fracasaron. La señora Rivual se sintió muy contrariada. Aquella tarde también Fernanda había ido a la muestra. El enojo de la anciana fue enorme. Le dijo a Tomás muchas cosas graves, y Tomás calló.

Fernanda creyó que Tomás era víctima del mal humor de su patrona. Esa solidaridad los hizo amigos y de aquella amistad nació un amor cálido. Tomás quería vengarse de la anciana. Y su venganza era robarle una fuerte cantidad de dinero y joyas.

Fernanda sin querer le fue dando los datos que le soncababa sutilmente Tomás. Y una noche se produjo el robo. La señora Rivual descubrió accidentalmente la maniobra de su administrador, y éste empujó a la anciana escaleras abajo.

¡La mataste! ¡La mataste! Por eso averiguabas tanto. ¡Querías robar!

¡Eres un ladrón! ¡Un ladrón y un criminal! ¡Socorro!

¡No grites! ¡No grites!

¡SOCORRO!

Pero las cosas no terminaron ahí. Cuando la policía, después de llevarse a Tomás, revisó la caja fuerte del despacho privado, la encontró vacía, Se supuso que se trataba de una maniobra de Fernanda. La joven estuvo detenida dos meses, hasta que todo quedó en claro.

La señora Rivual mentía cuando decía que guardaba aquel dinero y aquellas alhajas en su caja fuerte particular. Estaba en la bancarrota.

De cualquier forma, si bien Fernanda pudo aclarar satisfactoriamente su situación, no alcanzó a evitar el escándalo que levantaron a su alrededor muchos diarios y revistas.

Tomás consiguió salir en libertad casi tres años después de haber ocurrido todos aquellos hechos. Había contratado a un buen abogado que logró demostrar que la muerte causada a la anciana no había sido intencional.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

¡Mentira! Fernanda nunca ocultó que detrás suyo había un pasado; que había un misterio; que estaba la rabia desesperada de un destino que no se había querido vivir.

¡Basta, Diego! ¡No me saques de las casillas!

Diego volvió a callar. Pablo imponía siempre su autoridad. Miró su escritorio lleno de carpetas y expedientes, miró los estantes repletos de biblioratos; miró hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás. Todo estaba repleto de papeles.

¡Me ahogo!

¿Cómo podemos hacer para entendernos?

HALSEY'S TIENDAS!

Nunca lograremos entendernos. Sabes multiplicar y dividir. Yo sé escribir poesías y también sé amar.

Quien calló entonces fue Pablo. Necesitaba pensar en las palabras de su hermano menor. Pensar en ellas y entenderlas y descubrirles toda la verdad que podían encerrar.

Somos distintos, Diego. Tú y yo somos muy distintos, porque tú lo encontraste todo hecho, y yo en cambio lo tuve que hacer. Ahí está la diferencia. Yo luché, y tú no luchaste.

Nuestro padre al morir nos dejó deudas, sólo deudas y vencimientos que fuí cumpliendo escrupulosamente. No interrumpí tus juegos para plantearte problemas económicos.

Ahora entiendo muchas cosas. Yo también era una de las deudas que te había dejado papá. Y conmigo cumpliste encerrándome en un colegio que era una cárcel tremenda, y luego en un sanatorio.

Siempre fuiste delicado. Tenías los nervios destrozados. Yo no te podía atender, no te podía curar.

Tú eras el único que me podía dar lo que yo necesitaba: amor, nada más que amor. Y no me lo diste.

No podías desperdiciar tu tiempo conmigo, no podías malgastar tu cariño y tu ternura de hermano. Eran energías que tenías que consumir en tu tremenda batalla.

La lucha te ha encallecido el corazón y te ha cerrado el alma a los sentimientos mejores. Sólo te ha quedado la boca libre para dar órdenes, para pedir todo urgente, para dar a entender tu malhumor todos los días.

Pablo había escuchado el relato de Fernanda vuelto de espaldas, como no queriendo aceptar aquellas palabras, aquella explicación.

Yo creo en ti, Fernanda. ¡Yo creo en ti!

Fue la última vez que la vieron. Fernanda entendió perfectamente el silencio de Pablo; comprendió la condena a que la sometía su orgullo, su intolerancia, la dureza de su corazón.

Ahora los dos hermanos estaban solos en la oficina. Es el principio de la historia.

Fernanda va a venir a buscar sus cosas. Háblale. Retén la.

Diego volvió a suplicar comprensión y tolerancia para Fernanda, para la culpa de Fernanda, que no era culpa. Pablo no le respondió nada. Se volvió y se fue hacia su despacho. Media hora después vino Fernanda.

No quisiera irme sin despedirme de Pablo, pero no sé qué hacer. Creo que no me va a recibir.

No te vayas.

Hice reabrir el proceso contra Tomás. No descansaré hasta que le den la condena que merece.

No te vayas. Yo te quiero.

También soy una mariposa rabiosa. Adiós, mi buen amigo. No dejes de ir a México.

¿Adónde vas? Tenemos que seguir trabajando.

Me voy. Me voy a México. Voy a buscar mi mundo. Estoy defendiendo mi destino. Quiero ser yo y no una imitación tuya.

Pablo miró a su hermano, pensó en Fernanda y entonces su rostro se descompuso, se transformó en una máscara llena de dolor.

No... No me dejes solo...

Adiós... ¡Adiós! Quizá algún día volvamos a encontrarnos. Entonces será todo distinto. Tú habrás cambiado definitivamente. Fernanda habrá demostrado de sobra su inocencia, y yo ya seré un hombre.

Pablo calló. Diego se iba, prometiendo un reencuentro. Era una esperanza. Pero Fernanda también se había ido. Ahora estaba solo. Solo. SOLO. Comenzó a sentir frío. Cerró las ventanas. Continuaba lloviendo. Era noche. Se encendían las luces de la calle.

¡Diego! ¡Fernanda...!

Pablo repitió mil veces aquel llamado. Nadie lo escuchaba. Nadie lo escucharía. Era una mariposa rabiosa que quemaba sus alas, sus grandes alas amarillas. Moría un amor en mitad de la esperanza, y un silencio blanco sepultaba su cadáver de pájaro.

FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

el juego de la oca

EGIDIO ESTEBAN PASSAMONTI
EX LIBRIS

Por PILAR MIRÓ Y SUMMERS

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE ÁVILA

Película producida por Benito Perojo para Suevia Films-Cesáreo González, con dirección de Summers, interpretación central de Sonia Bruno, José Antonio Amor y María Massip, distribuida por FILMESPAÑA

Pablo tenía el vaso con "bitter" muy apretado en la mano derecha. La música, la gente del bar, no lo quitaba de sus recuerdos.

("Adelantas seis cuadros. Luego, retrocedes seis cuadros.")

Las viejas y simpáticas figuras del juego de su niñez -"El juego de la oca"- bailoteaban en su imaginación.

("No se debe echar el dado por una vez. Tiene que comerse la oca cocida.")

Las pequeñas ocas de baquelita se desplazaban por los coloreados caminos de ese inocente juego que tanto tenía que ver con la vida.

(Lo de siempre:adelantas y luego debes retroceder.)

Bebiendo un sorbo de la bebida que tenía en el vaso, agregó entre dientes:
-No hay que ser injusto con la suerte. Igual que en el juego de la oca hay sorpresas agradables.- Recordó un rostro de mujer.

(Eso es. María. Siempre María.)

Un parroquiano de anchas espaldas lo empujó. Pablo no era corpulento. Tampoco se había interesado nunca por los deportes, aunque simpatizaba con el club de fútbol Betis, meritoria institución de España, su patria.

Entonces la música concluyó,y Pablo sintió que lo llamaban por su nombre. Podía haber otros Pablos en ese bar, pero ...

¡Hola,Ernesto!

Pablo era dibujante de una publicitaria de nota, allí en Madrid. El señor Ernesto, su jefe.

¿Qué hay, Pablo? ¿Solitario?

Pablo contestó con una leve sonrisa:
-Ya sabes. Desde que María...

¡Ah, sí, sí! ¿No has visto a Angela?

Se rumoreaba que la señorita Angela -también de su oficina en "Alas Publicidad"- era novia de Ernesto. Habían salido juntos varias veces.

¡Tenía dos entradas para el teatro y no puedo ir!

Con una mueca cómica el voluminoso Ernesto agregó: -Un negocio repentino me salva de ver al "Tenorio" de Ulloa.

Ulloa es un gran actor. Aún no vi su "Tenorio".

La puerta del bar, abierta, daba paso a varias personas. Entre otras a Angela. Bonita, de rostro exótico, ojos verdes, alta.

Ernesto la encontró sorpresivamente a sus espaldas. Y barbotó sus excusas. No tenía necesidad de exagerar tanto. No con Angela.

De acuerdo. No veremos esa obra.

Pablo, con cierta timidez, intentó hacer algo por la muchacha. Había leído en los ojos de ella que tenía muchas ganas de ir al teatro.

Si no tienes inconvenientes, yo podría acompañarla.

¡Hombre, bueno!

Ella estaba sorprendida. Confundida. El dibujante Pablo apenas si le hablaba allá en la oficina. Ahora había sido muy amable.

Hasta luego. ¿Nos vemos en lo de Chicote?

La representación del "Tenorio" ya no interesaba tanto a Pablo como cuando era chico, y el padre lo llevaba a ver a Rivelles, el actor del decir galano. En el juego de la oca "retrocedía", "retrocedía".

Se liberó del ayer y empezó a mirar a la joven de su oficina. Angela, de interesante perfil, estaba atrapada por los versos de Zorrilla...

...y sus hermosos ojos seguían la representación sin pestañear. En cambio Pablo ya no miraba hacia las luces del escenario. Miraba a la guapa joven que estaba a su lado.

("Se compran dos ocas en el mercado, y ...")

Se inquietó por primera vez. Angela era morena. María, rubia. Pablo ya no pudo evitar el remordimiento que lo acosaba desde hacía un rato.

Terminó el segundo, señor Pablo.

Pablo intentó sonreir: -No me diga señor, Angela. Por favor, que aún no cumplí los treinta.

Vi su ficha. Casualmente. Los cumple dentro de una semana.

En el coche de Pablo llegaron hasta el bar de Chicote.

¡Cuánto ruido de charlas!

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

El desasosiego brotaba por los ojos del hombre.

Sí, pero Ernesto quedó en encontrarnos aquí.

La perdió entre la gente que llenaba el famoso bar. Ernesto y dos señores acapararon a Angela por una hora. Hasta que ...

¡Caramba, Pablo, acércate hombre!

Los comerciantes amigos de Ernesto querían seguir la fiesta.

Estoy cansada. Me marcho, Ernesto.

Pablo sintió como si ella le enviara un "S. O. S.". Se despidió también y abandonó el bar. El destino lo ponía de nuevo en el puesto de acompañante de Angela.

La dejó ante una gruesa puerta de madera antigua y noble.

Hasta mañana, seño... Pablo.

Rieron juntos en razón de eso que aparecía como la liberación de un molesto traje de etiqueta.

Pablo y Angela. Nada de señor o señorita.

El la acompañó hasta la puerta lustrada, pintada cuidadosamente. Se estrecharon las manos. Ella intuyó que él hubiera querido abrazarla. Después, un cerrojo y el ascensor. Angela desapareció...

...y la calle en primavera le resultó hosca a Pablo. Enemiga. Sin embargo, poco después, corría en su automóvil hacia la calle Don Juan de Austria. Su domicilio. Un departamento vacío. Frío ...

...aunque en las paredes hubiera varios cromos de valor y hasta un retrato de mujer. Una buena moza rubia. María.

En el número 33 del viejo juego de la oca decía: "Ha vendido una oca y puede adelantarse dos números." El recuerdo le hizo daño.

(No, María. ¡No habrá ningún daño!)

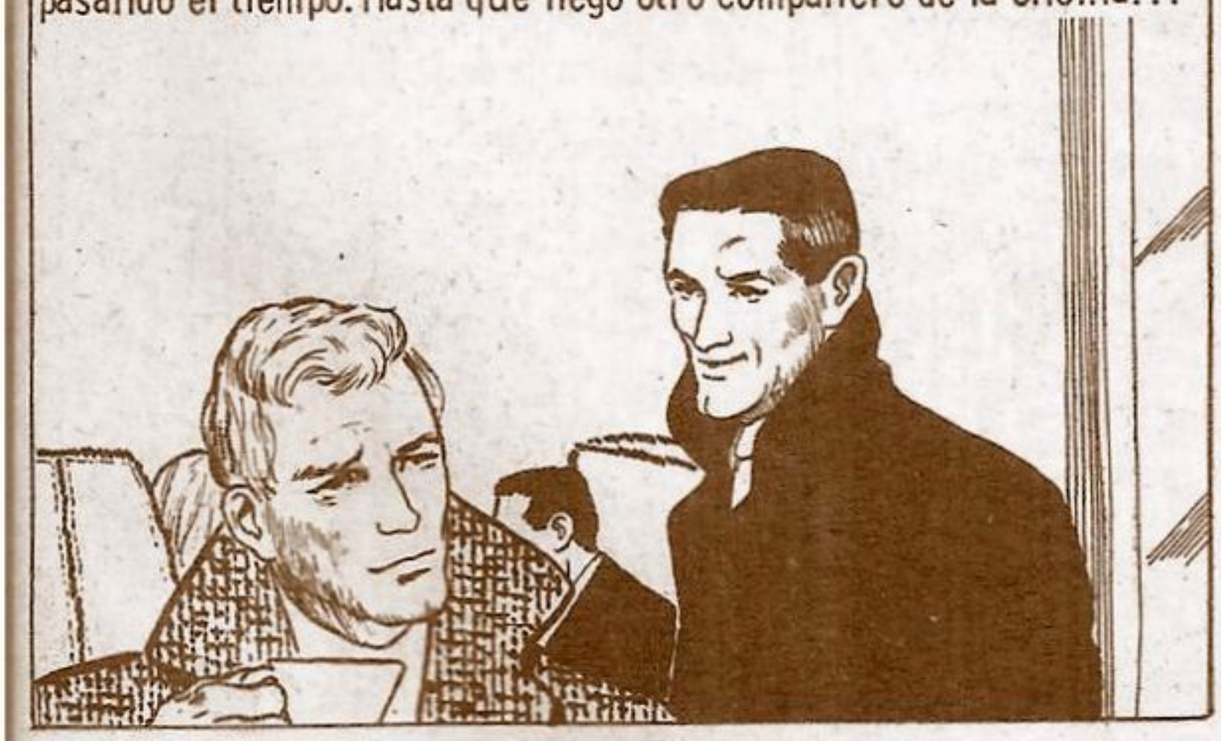
Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Le costó cerrar los ojos y mucho más dormir. El desasosiego lo ahogaba de manera extraña, como nunca había sido antes en toda su vida.

Exclamaba "¡María!", pero se acordaba de Angela. Intensamente. Tenía mala cara al despertar, unas pocas horas después. Se levantó. Nunca se había desayunado más temprano ...

...y el dueño del bar cercano a la oficina lo miró con extrañeza.

Eran las siete y cuarto de la mañana. Pablo tenía profundas ojeras y ningún deseo de hablar. Tomó dos tazas grandes de café. Así fue pasando el tiempo. Hasta que llegó otro compañero de la oficina...



...y le hizo comprender que debía ir a trabajar. ¡Se sentía repentinamente feliz! Angela estaba allí. Junto a su escritorio.

Fue una mañana de mucha actividad. Dibujó todo el tiempo un "monito" para cierto producto lácteo. Ernesto se le acercó dos veces.

En el microcine vieron varios films de publicidad. Ernesto hacía comentarios. Estaba entusiasmado.

Pablo le preguntó repentinamente por Angela. Ernesto, más en el trabajo que en la joven empleada, contestó todas las preguntas de su colaborador y amigo.

Esa tarde Angela y Pablo pasearon bajo una repentina lluvia. Por supuesto que dentro del automóvil de él. Después vieron una película. Y cenaron juntos. Se hacía tarde. Angela quiso volver a su casa.

Ella parpadeó, y sus ojos adquirieron mayor encanto. -Te quiero y necesito saber tu opinión, Angela. Es importante. Es ... decisiva- murmuró él.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Pablo la acompañó hasta la puerta de calle. Le costaba despedirse.

Hasta mañana, Pablo.

¿No puedes decirme si hay posibilidades...?

Angela lo miró a los ojos y dijo serenamente: -No tengo derecho, Pablo. He llegado demasiado tarde. ¿ No es así?

(¡María!)

Ella conocía la verdadera situación de él. María era su esposa. Además había dos hijos. María se había ausentado de Madrid. Estaba en la finca del padre, en Burgos. El señor Ortiz moría lentamente...

...rodeado del cariño de sus hijos. Y de sus nietos.

Sí, padre, es cierto. Paquito se parece a Pablo. Muchísimo.

En la última carta, María dijo a Pablo: -Es lento y terrible lo de papá. El médico aconseja operarlo nuevamente. Ese fuerte corazón podría resistir aún. Creo que aceptaremos esa operación.

(¡Y de nuestros hijos!)

Pablo se sentía mal. Ligado desde muy joven a María -ambos habían sido novios en plena adolescencia y se casaron a los veintidós años- tal vez nunca podría quitarla de su alma.

Le sonreían en el recuerdo delicado y hermoso tanto Paquito como Mario, dos criaturas preciosas.

(¡Basta! ¡Váyanse! ¡Me hacen daño!)

"Las ocas están en la huerta de coles del vecino. Castigo. No puede mover por una vez." Sí, estaba castigado inmovilizado, frente a dos diablillos, sus hijos. Los que había tenido con María.

Era el día de cumpleaños de Pablo. Treinta añòs. Angela se negó a tomar una copa con él. -Tengo otro compromiso- le dijo sin mirarlo. Pablo fue a Chicote y bebió en soledad. A las once de la noche vio a Angela. Iba entre Ernesto y un socio de éste llamado Pedro.

(Ese Pedro también la corteja.)

Angela lucía muy atractiva. ¿Era de extrañar que tuviera varios festejantes? "Pero es una muchacha seria. No es de esta época", pensó para tranquilizarse. Cuando dejó de verla, se sintió torturado. Pagó y se marchó del bar. El auto de Ernesse llevaba a Pedro y a Angela.

Pablo insistió ante Angela. Necesitaba decir-
e algunas cosas.

No creo que puedas agregar nada. Nada serio, Pablo.

Cenaron juntos. Durante esa cena en un tranquilo sitio de Madrid él y ella comprendieron que estaban enamorados. -Me quieres, y yo no puedo evitarlo;también te quiero, Angela.

(¿Y María? ¿Qué harás desde este momento?)

Al llegar a su casa encontró la carta de María. El padre, operado, había reaccionado favorablemente. "Un milagro del cielo",agregaba ella. "Regreso el sábado a las once de la mañana. Espérame. ¡Si supieras cómo te extrañamos!",decía antes de despedirse...

...en una carta que fue una puñalada para el hombre. En la mañana siguiente, desesperado, se acercó.a Angela. Le dijo: -María vuelve el sábado.- Angela retomó el lápiz. Temblaba en su mano.

En la noche del viernes Pablo se torturó con recuerdos. La adolescencia, el rostro agradable de María quinceañera. El primer beso...

...la escuela secundaria, el firme noviazgo y el casamiento posterior. Pablo ya conocía ese estado emocional. Había amado a María. Ambos se habían casado enamoradísimos...

...y luego de haber tallado cien veces un corazón y las iniciales "M y P". Todavía quedaban algunas muestras del auténtico amor entre ellos. A veces María se las señalaba, cuando paseaban con los chicos.

En el juego de la oca que le marcaba la vida retrocedía. Y él quería llegar a definir ese juego que ahora lo torturaba.

(Mañana, en el tren de las once, en Madrid.)

Angela no estaba en Madrid esa mañana. Con su hermana y su cuñado habían dejado la ciudad hasta el domingo a la noche. Pablo recibió en sus brazos a Paquito y a Mario,tan pequeñito este.

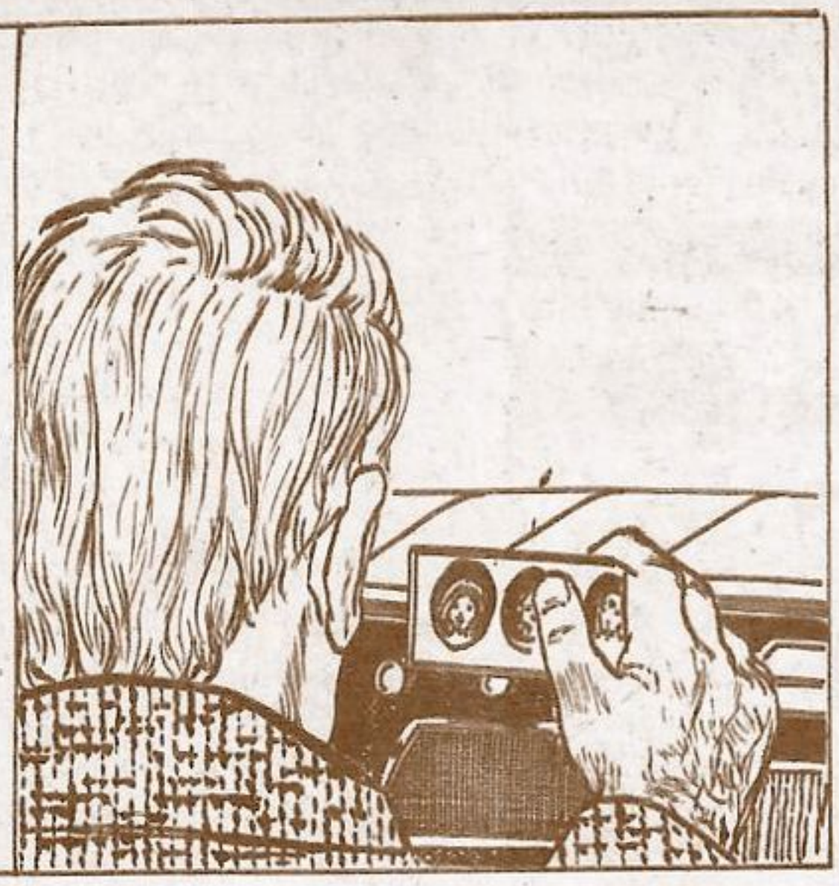
¡Ansiaba tanto este momento, querido!

QUIPAJES

El departamento de la calle Don Juan de Austria volvió a llenarse de gritos infantiles. En la televisión aparecieron las cotidianas "tiras" de Tom y Jerry, que tanto gustaban a Paquito. Y la cena a la hora de costumbre. En fin, el hogar. El de Pablo y María.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Poco después, Pablo colocaba en su auto aquella cosita de cúero que sostenía las fotografías de María y los hijos bajo esta leyenda: "No corras, que te esperamos."



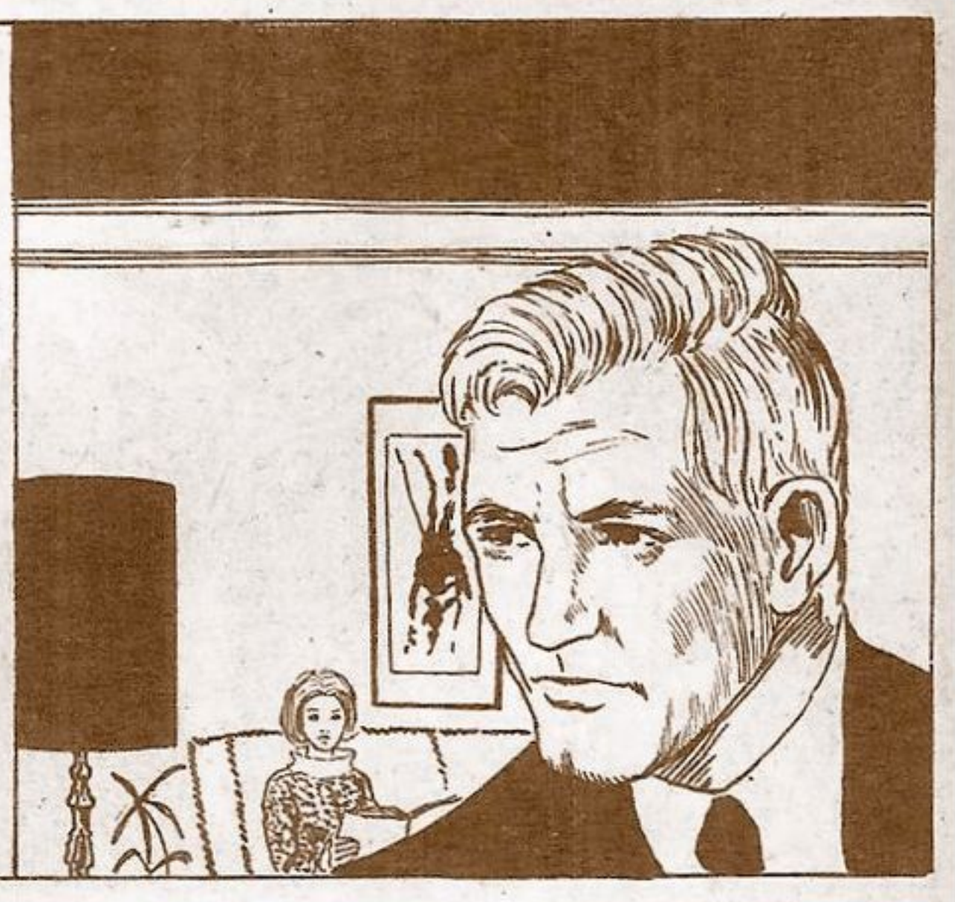
¿Estaba en peligro su hogar? Plenamente.

Siempre había sido un hombre débil. Tenía muy buena mano y mejor cabeza para armar "tiras" publicitarias. Ganaba dinero. Pero siempre había sido un muchacho con poca sangre.

Aquella noche mintió. Dijo, de pronto, luego de la cena: -Salgo, María. Un asunto de la oficina. Acuéstate. No me esperes.

Rara vez sucedía eso. María se quedó con una evidente tranquilidad en la mirada. Y antes de salir, él...

Inconscientemente había dicho "Angela", en lugar de "María". Lo rectificó con rapidez de rayo y alzando la voz para recalcar "María", pero María sintió el impacto. Muy adentro. Y cuando él se marchó después de una advertencia que ella no escuchó...



...la señal de peligro se convirtió en lágrimas para María.

María se quedó en el mismo sitio hasta que Pablo regresó. Fueron más de tres horas. Los chicos dormían sonriendo, como ángeles del bien. María les acomodó las sábanas. Se acostó. No hubo más que un simple "buenas noches" entre ellos.

Agosto, y las vacaciones llegaron a Madrid. Pablo, en la oficina, tenía ante sus ojos la lista con las fechas de salida del personal.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Ella, que había procurado no volver a ver a Pablo, no volver a hablarle fuera de la oficina, estaba pagando también sus culpas. Lo quería. Era su primer amor serio. Y no podía ser.

¡Es mejor que siga diciendo "no", Pablo! ¡Por favor!

Cenaron juntos, pero fue una cena amarga. Principalmente para él.

Salgo mañana. Es mejor terminar con este absurdo, Pablo.

No sé si es absurdo, pero nos queremos.

Angela se levantó y salió del restaurante. Pablo la siguió. -Tomaré un taxi. ¡Adiós, Pablo! - dijo rápidamente, haciendo señas a un taxímetro. El quedó en medio de la acera. Huérfano. Como muriéndose por culpa de ese extraño dolor que lo había paralizado otra vez.

Pablo telefoneó a Angela. Ella tuvo que atenderlo. Le dijo a qué playa del Norte del país iba con los suyos. Pablo recordó que ya había tomado un hotel en Palma de Mallorca. Con María y los niños.

Era una mañana pálida cuando Angela, su hermana, su cuñado y el sobrino partieron de Madrid. Al pasar muy cerca de la casa de Pablo, ella comprendió que no podía terminar. Que amaba a ese hombre, aunque no podía ser. Aunque no debía ser así.

Cuatro días después, Pablo, María y los hijitos iban hacia Palma. Allá, en el hotel de la bella isla, había una carta para el señor García Otero. Ese señor era Pablo...

...y la carta le llegaba de lejos. De una playa en el Norte del país.

(¡Angela!)

Por carta ella se atrevió a decirle que no podía salir de su vida, que lo querría siempre. Dijo en ese papel rosado muchas cosas que por pudor tal vez, o por miedo, no había dicho al hombre en Madrid.

(¡Dios mío, no me abandones!)

Ella también estaba enferma por ese amor culpable. No tenía que ver más a Pablo, pero le escribió tres cartas. Pablo contestó a una de ellas. Con pocas palabras: "No puedo olvidarte. ¿Cuándo terminará esta espantosa situación?"

("Un animal furioso. Se debe retroceder al número cincuenta.")

EXPRESO

El juego implacable continuaba. Pero se acercaban al final. El último día de esas vacaciones fue interminable para Pablo. Angela ya estaba en Madrid. Ya la rodeaban sus antiguas amistades...

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

...y Pedro no la dejaba en paz. Pedro, soltero, buena posición, elegante, quería formalizar el compromiso. Pero Angela seguía diciendo "no".

¡Caramba! ¿Qué esperas, mujer? ¡Decídete!

Soy muy difícil, Pedro. No te convengo.

El avión regresaba a Madrid. María dijo a Pablo repentinamente:

El médico de Palma me dijo que voy a tener otro hijo.

Pablo hundió la mano en el bolsillo del saco, y sus ojos buscaron un trozo de cielo azul y salvador. María, sencilla, como siempre lo había sido, anunciaba la llegada del tercer hijo.

("El perro empuja a la oca al número sesenta y ocho.")

Se sentía como una fiera asesina que atentaba contra María y los tres hijos. El número sesenta y ocho en el juego significaba: "El primero que haya alcanzado este número habrá ganado la partida".

(Tú ganas, María. Y yo debo estar contigo. Esto es definitivo.)

Jamás la había dejado sola en el maravilloso trance de la mujer. Y en el último, en el de Mario, ella estuvo al borde de la muerte.

(¡Nuestro tercer hijo!)

El avión se desplazaba suavemente sobre la querida tierra española. Así había sido la vida ejemplar de su esposa. De María. Una joven virtuosa, encantadora, que había dado paso a una mujer ejemplar. Pablo retrocedió al tiempo de "los mil sueños por día"...

...y al primer árbol que sufrió en su corteza el paso de la navaja que escribía "M" y "P". dentro de un enorme corazón.

Papito..., papito...

Su hijo mayor le acariciaba la barbilla al despertar. Madrid estaba allí. Y también la habitación de los chicos. Donde pronto tendrían que acondicionar la cuna del "futuro". María lo miraba...

...y en los ojos mansos de la esposa, de la novia constante, no había reproches. Como siempre. Como siempre, de acuerdo al suave carácter de María. -¡Es Madrid! ¡Es Madrid! -exclamó Paquito. Y algunos pasajeros empezaron a reir. "Es simpático. Tiene la sonrisa de María", pensó Pablo.

El sol de las nueve de la mañana golpeó en los ojos de Angela, pero mucho más lo que le había dicho Pablo en el ascensor que los llevaba hacia la oficina. -María va a tener un hijo. La vida es así.

El parecía liberado, sin vestigios de aquel suplicio reciente que ahora solamente castigaba a Angela. Y ese castigo -que a Angela se le antojó merecido- la aterrorizó. ¿ Sería capaz de soportarlo?

En toda esa jornada de trabajo no obtuvo respuesta a sus meditaciones extensas, amargas. Hizo mal un trabajo y debió rehacerlo. Ernesto se le acercó para invitarla al teatro.

¡Es una gran comedia, Angela! ¡Se llama "El juego de la oca"!

Ella pretextó tener un compromiso anterior. Mencionó a Pedro.

¿ De manera que Pedro es el afortunado? ¡Felicitaciones!

Pablo estuvo toda la mañana y parte de la tarde con un cliente. Regresó a la oficina cuando salían los empleados. Cruzó una mirada con Angela. Ella lo saludó como antiguamente . Un saludo formal y nada más. Pero en la calle marchó sola. Apesadumbrada.

Había querido insultar a la mujer de Pablo con su juventud de veintidós años. Los treinta de aquella serena esposa habían vencido finalmente. Sin que María hubiera pretendido luchar contra ella. María se había quedado en el hogar. Y había esperado la decisión de Dios.

(¡Adiós, Pablo, adiós!)

Pablo abandonó la oficina cuando ya era de noche en Madrid. Llegó a su casa cuando concluía el programa de dibujos animados. Antes de que la sirvienta pusiera la sopa sobre la mesa Paquito hizo escuchar un disco que le habían obsequiado. Cantó y bailó para Pablo y María.

Era el número 68. Era el final del juego. Ahora Pablo estaba otra vez en su puesto. Sin remordimientos. Ese era su hogar, su mujer, sus hijos. Fuera de ellos, muy poco. Casi nada. Por suerte, el hombre lo había comprendido a tiempo. Y se sentía verdaderamente un hombre por ello.

El hijo mayor continuaba con sus gracias. Los padres sonreían. El hijo seguía uniendo sus sonrisas, sus vidas. El primero y el otro, y ,el que ya se anunciaba. Junto con Mario, el del medio, el pequeño y caprichoso, habían hecho lo mejor. Habían apuntalado un hogar. Habían vencido.

FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

CHITA

Por LAFCADIO HEARN

Adaptación

EGIDIO ESTEBAN PASSAMONTI
EX LIBRIS

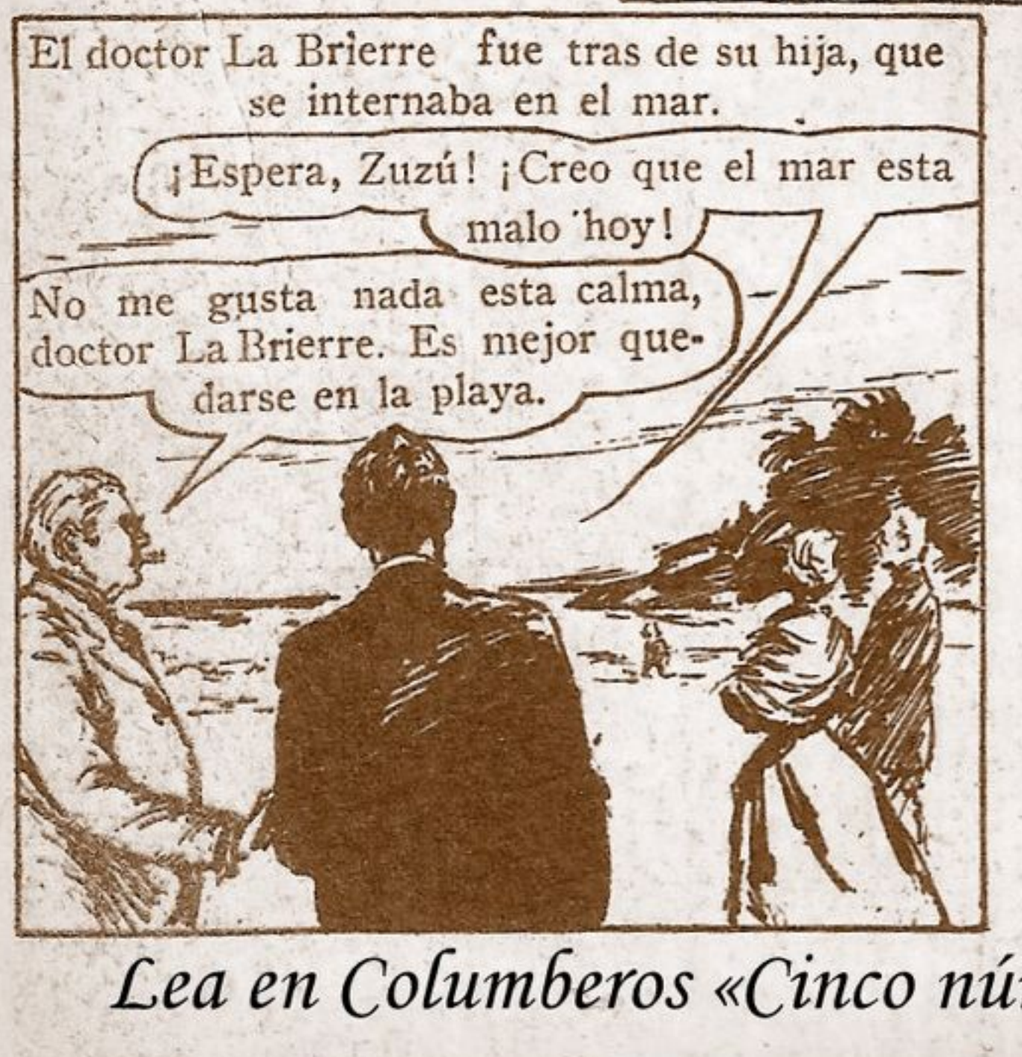
Lafcadio Hearn nació en 1850, en Estados Unidos, y murió en Japón, su patria adoptiva, en 1904. Hijo de un vagabundo irlandés y de una muchacha griega, desde muy pequeño debió afrontar la pobreza, el abandono y la enfermedad. Residió en Nueva Orleáns, y en 1890 llegó al Japón, donde se convirtió al budismo, se casó con una japonesa y se erigió en el apasionado defensor de la civilización oriental. Además de **Chita** (1889), publicó **Proverbios budistas japoneses, Kotto, En el Japón Fantasmal** y un sinnúmero de leyendas sobre temas orientales.

En el Golfo de México, cerca de Nueva Orleáns, la Isla Grande se destaca entre todas por su belleza extraordinaria. Saturada por la atmósfera del Golfo, que tiene una especie de claridad inefable, como si en ella palpitara el Gran Alma Azul de lo Desconocido, su magia sólo podía ser igualada, a mediados del siglo pasado, por la Isla Ultima, ayer verdadero paraíso de veraneo para la aristocracia del Sur, hoy...

...convertida en nada más que un recuerdo, pues desapareció bajo las olas en la inundación del 10 de agosto de 1856. Fue un anciano piloto quien, sentado junto a mí sobre el tronco de un ciprés, que alguna marea había incrustado en la playa de la Isla Grande, me relató la historia de la catástrofe de la Isla Ultima, y con ella uno de los episodios más conmovedores y dramáticos que me haya sido dado escuchar jamás.

En el verano de 1856, la Isla Ultima, como todos los años rebosaba de veraneantes. Moría ya julio. Semanas hacía que ninguna nube rompía el eterno ensueño del firmamento azul. El gran hotel de turismo, donde se hallaban representadas la riqueza y la hermosura de las mejores familias del Sur, refulgía de lujo y animación. La playa, las hosterías, los recreos al aire libre, eran una vívida nota de color y alegría. Un matrimonio encantador, acompañado de una hermosa criatura de cinco...

...años, parecía, entre todos, la imagen de la felicidad. El doctor Julián La Brierre, de Nueva Orleáns, y su mujer, Adela, jugaban con la pequeña Zuzú en la arena de la playa.



El doctor La Brierre siguió el consejo. En realidad hacía días que los conocedores del lugar experimentaban cierta inquietud. La hermosa mujer de La Brierre se burlaba de estos temores. Pues ella, oriunda de otra región de América, ignoraba las tempestades del Golfo de México. A principios de agosto, el cielo empezó a encapotarse...

Lea en Columberos «Cinco números tiene el destino» Una novela inolvidable

...y el mar a rugir. La inminencia del huracán era patente. El viento se tornó lúgubre, y, por toda esa semana, los veraneantes se encerraron en los salones del hotel, en las casas particulares o en las hosterías.

La mañana trágica del 10 de agosto era esperado el **Star,** paquebote comandado por el capitán Smith, en ese momento único vínculo posible de comunicación con tierra firme. El capitán Smith conocía el Golfo y sus tormentas como la palma de la mano...

Antes de partir escrutó el cielo.

Hijos míos, estallará el huracán. Pero pienso partir, porque podemos hacer falta.

La tripulación miró al capitán en silencio...

...y obedeció. También ellos sabían lo que podía ocurrir en la Isla Ultima, y decidieron desafiar al mar, que era como desafiar a la muerte. Ansiosos, los pocos veraneantes que habían acudido a la playa miraban el horizonte. El doctor La Brierre estaba con ellos.

El **Star** podía llegar, y entonces, si el huracán precipitaba el mar sobre la isla, él era la única salvación posible.

No puede llegar. Salir al mar con este tiempo, a punto de estallar el huracán, sería suicidarse.

Sin embargo... ¡Oh!... ¡Mire, doctor!...

¡El **Star**!

En efecto, el capitán Smith había ganado la partida. Pero le era imposible entrar en el puerto, y...

...echó las anclas a varias millas de la costa. Las olas parecían elevarse hasta el cielo, el viento arreció, una lluvia torrencial se descargó de pronto y una noche súbita se precipitó sobre la isla. En el hotel, sin embargo, la animación continuaba. Como en todos los casos semejantes, se...

... organizaban juegos y se bailaba todas las noches. Lo principal era vencer al tedio del encierro forzoso, y, aunque fuera rugía la tempestad, todo el mundo estaba dispuesto a pensar que, como otras veces, la tempestad pasaría. Esa noche, el sarao fue más suntuoso y brillante que de costumbre. La señora La Brierre estaba bellísima, y hasta Zuzú parecía excitada y alegre. La orquesta inició "Invitación al Vals", de Weber, y, alegremente, Adela sacó a bailar a su marido. Esa pieza despertaba en ellos gratos recuerdos.

No había más que mirar los ojos de La Brierre para comprender el amor que le inspiraba su mujer. Sumido en la magia del vals y en la mirada celeste de Adela, La Brierre olvidó los temores. Años antes, él había visto en la Isla Grande un huracán que inundó y arrasó la isla, a la que el mar se hubiera tragado si hubiera sido tan pequeña como la Isla Ultima.

Mientras el baile proseguía en el hotel con toda animación...

¡El huracán revienta! ¡Arrojad al mar la obra muerta!

¡Las chimeneas y camarotes son barridos, capitán!

Luchando heroicamente contra los elementos, el capitán Smith mantenía el buque a flote.

¡Llega una música del hotel! ¡Están valsando!

¡Que Dios nos valga a todos! ¡Hoy bailaremos al compás de otra música!

En efecto. En el hotel proseguía el baile. Y, en ese instante...

Rápidamente, el gerente del hotel levantó la voz:

Pero el doctor La Brierre sentía s e abrumado por un siniestro presentimie n t o. Más que presentimiento, su experiencia de las islas le h a c í a compre n d e r la gravedad del caso. Abandonando el baile, se reunió, acompañado de su mujer, con su pequeña hija...

En ese instante se oyó un fragor pavoroso e inaudito. Era como el estruendo de un colosal c a ñ o n e o que llegaba acompañado de relámpagos. Todos comprendieron que eran las olas del mar las que avanzaban y arrasaban todo a su paso. En medio del más indescriptible desorden, el doctor La Brierre trató de conservar la serenidad...

Tomó a su hijita en brazos y gritó:

El doctor La Brierre aseguró a Zuzú con una bufanda a los hombros de Adela, y él mismo rodeó a ambas con los brazos y se aferró a la mesa de billar.

De pronto...

Las olas irrumpieron haciendo añicos lo que encontraron a su paso. ¿Qué son ahora los clamores humanos? Nada. Saltan las lámparas, apáganse las luces, elévase por los aires el inmenso vestíbulo del hotel, y los escombros desaparecen al embate de una ola monstruosa.

El capitán Smith, mientras tanto...

En la espantosa catástrofe...

Recogiendo al azar los náufragos que pasaban junto al **Star**, el capitán Smith y s u s hombres salvaron muchas vidas. Y, entre ellas...

Varias horas después, cuando ya la fatiga había rendido a muchos de estos heroicos marinos...

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Veinticuatro vidas salvaron el capitán Smith y su gente. El barco quedó encallado para siempre. Cuando, amainada la borrasca, llegaron los buques de socorro, ya las barcas piratas de los proscriptos, corsos o sicilianos, desertores procedentes de los pantanos, mil rufianes refugiados en las islas vecinas, habían hecho su botín apoderándose de los restos del naufragio, de las joyas de las mujeres, bolsos, carteras, muebles y cajones de licor y coñac. Cuando se oyó la sirena de los buques de socorro, se produjo la desbandada.

En ese instante, en la vecina isla de pescadores, habitada por Félix Viosca, que lleva el nombre de este pescador español...

—¡Oh, Félix, se nos viene el mar encima!

Al llegar a la playa...

Dicen que en los barcos de socorro están fusilando a los que encuentran. Yo estaba pescando...

Pescando, ¿eh? ¡Pescando joyas de cadáveres, maldito! ¡Bien te vendría que te fusilaran!

HUMORADAS

- ¡Qué sinvergüenza es mi marido! ¡Cambió el escondite del dinero!

- González: un buen vendedor nunca le dice a una cliente que el zapato que le prueba le queda chico.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

El pescador se alejó, confundido, y Félix Viosca trepóse a una peña y avizoró el mar.

¡Oh, Gran Dios! ¡Cadáveres, cadáveres y cadáveres!

¡Jamás vi nada más espantoso! ¡Son los de la Isla Ultima!

De pronto...

¡Cristo! ¡Mira allí!... ¡Esa niña está viva!

¡Dios Santo! ¡Parece atada a una mujer! ¡Debe de ser la madre!

Antes de que alguien pudiera disuadirlo...

¡Trae una cuerda, Julián! ¡Pronto!

Y nada bravamente contra las olas, todavía encrespadas...

(¡Dios! ¡La mujer parece muerta! ¡Está aún aferrada a una mesa de billar!)

(¡Pobre mujer! ¡Dios se apiade de su alma!)

¡Eh!... ¡Allá la cuerda!...

¡Buena falta me hace!... ¡Nado un paso adelante y dos atrás!...

Mientras tanto, Carmen, la mujer de Viosca, luego de una noche de temor y de insomnio, había caído en un pesado sueño. En él creyó ver a su hijita Conchita, Chita, como la llamaban, y a la que había perdido a los cinco años de edad. La Virgen Morena de su devoción la tenia en brazos. Y, acercándose a ella, sonriente, la depositó en su regazo.

Despierta y ve entrar a Félix en la choza, con una hermosa niña rubia en los brazos.

¡Carmen! ¡He salvado a esta niña del mar! ¡Debes cuidarla!

¡Milagro, milagro! ¡Ahora comprendo el sueño! ¡Oh, Virgen mía, tú me lo anunciaste!

Viosca miró, extrañado, a su mujer. Pero, conociendo el dolor antiguo que ambos tenían en el pecho, no dijo una palabra.

¿Revive?

¡Sí; pronto estará bien! ¡Es una chica fuerte! ¡Es preciosa!

Viosca se quedó mirando los grandes ojos azules de la niña, que en ese instante se abrieron y parecieron sonreírle. Al día siguiente desembarcó en la isla una de las comisiones de socorro para rescatar los cadáveres, de la que formaban parte muchos de los parientes de los desaparecidos.

Comandaba la expedición el capitán Harris, viejo marino que conocía muy bien a Viosca...

¡Hola, viejo Félix! ¿Has encontrado algo?

He salvado a una niña. Si queréis verla...

¿De modo, señora Carmen, que la niña no habla español, ni italiano, ni inglés?...

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

No. Yo no he podido entender su nombre. La llamamos a h o r a Chita...

El capitán se aproximó a la niña, que miraba todo, aparentemente muy interesada...

¡De modo que te llaman Chita! ¡A ver, oficial Laroussel, háblele usted en francés!...

El oficial Laroussel, que había estado mirando atentamente a la niña, se aproximó. Luego de expresar unas palabras en francés...

No entiende, capitán.

Háblele en "créole".

Entonces Laroussel le habló en "c r é o l e", que es el f r a n c é s deformado de H a i t í y las posesiones francesas de la Guayana. La niña comprendió inmediatamente, y dijo llamarse Zuzú. P e r o en vano quiso recordar otra cosa. El doctor Hackel, que integraba la expedición, explicó que el choque recibido en el naufragio, unido a su corta edad, habría o b s c urecido sus recuerdos.

Cuando se vio que eran inútiles los esfuerzos...

Yo opino que, mientras no aparezcan los padres, la niña puede quedar con los Viosca, por quienes respondo.

E s t o y de acuerdo. Los calores de la ciudad podrían a h o r a perjudicarla.

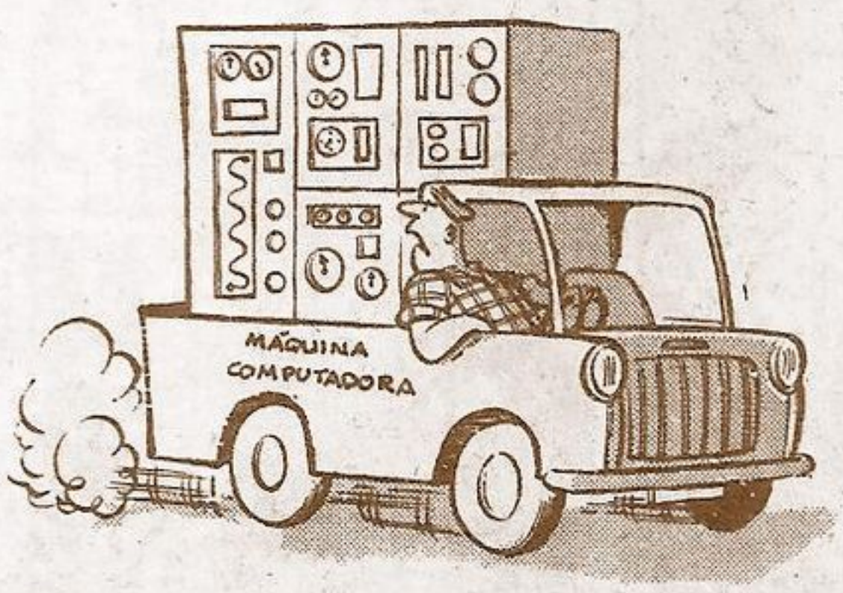
La alegría de Carmen, al quedarse con la niña, no debía ser perturbada ya nunca. Fue como si el destino se empeñara en que el doctor La Brierre no encontrara a su hija. Todos los esfuerzos por identificar a Zuzú fueron vanos. Mientras tanto, el cadáver de Adela fue hallado en el mar, y, cerca de ella, el de una n i ñ a, que, erróneamente, fue identificada c o m o Zuzú. El doctor La Brierre recibió esta noticia a la vuelta de uno de los infructuosos viajes de búsqueda...

Por un tiempo desapareció de N u e v a Orleáns. Tratando en vano de ahogar su dolor, partió a P a r í s, de donde volvió a los cuatro años. Perseguido incesantemente por la imagen de su mujer y de su hija, pudo vérselo todas las tardes, ante el panteón que guardaba los restos de la amada mujer y, s e g ú n creía, de la pequeña Zuzú.

L a p r o fesión, el cuidado de los enfermos, fueron para La Brierre el único justificativo de una vida que ya para él había terminado. En esos días estalló la Guerra de Secesión, y partió al frente. Mientras Julián La Brierre ejercía su apostolado en el campo de batalla, Zuzú...

ALÉGRESE

-Supongo que te quitarás el visor para besarme, ¿no?



-¡Cállese! ¿Quién es el chofer, usted o yo?

¡Espléndido! Las luces están apagadas. Eso significa que mi mujer está durmiendo. Así que puedo invitarte a tomar otra copa más, Arturo.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

...se convertía en una fuerte y ágil muchacha, llena de vigor y alegría. Un día...

¡Mira, Félix, mira! Fíjate cómo reza en español!

Chita volvió la cabeza y sonrió...

Ahora rezaré por el descanso de mi madre. ¿Hago bien, mamá Carmen?

Sí, hijita. Debes rezar por ella.

La buena Carmen había educado a Chita con el piadoso recuerdo de su madre. Cuando Chita terminó de rezar...

Mamá Carmen, ¿cómo era mi madre?

Estoy segura de que era una gran señora, y muy bella. Pero el mar fué malo con ella.

¿Y mi padre? ¿Tú sabes cómo fue mi padre?

También fue un gran hombre... Pero, ¡ea! ¡Basta de tristezas! ¡Vete a nadar ahora!

Chita corrió hacia el mar...

Aunque fue malo para mis padres, me pasaría la vida nadando en el mar.

Chita admiraba el mar, en efecto. Y la isla, y sus riachos sus cañaverales. Hija de la encumbrada familia de los La Brierre, parecía como si la naturaleza, por intermedio del mar, hubiese querido arrancarla de la civilización para atraerla a su seno. ¿Había ganado la naturaleza la batalla?

La guerra seguía su curso, mientras tanto...

Hay un caso de urgencia, doctor.

Está bien. ¿Quién es?

El capitán Laroussel, doctor.

¿Cómo? ¿Laroussel?

Un repentino alud de recuerdos se precipitó sobre el alma del doctor La Brierre. Doce años atrás...

¡Es divina! ¡Te la presentaré! ¡Estoy loco por ella!

—¡Ja, ja! ¡No creo en las mujeres divinas!

Pues ahí la tienes. ¡Mírala!

La Brierre había quedado como sumido en un vago sueño. Esa figura grácil que se acercaba, como sostenida por el aire, esa criatura impar, ¿era la amada de su amigo Laroussel? Cuando Laroussel se la presentó...

¿Tiene usted compromiso? Es la **Invitación al Vals.**

Ninguno. Con mucho gusto.

¡Cómo!... ¿No estaba mi nombre en su "carnet"?

¿Tenía usted prometido este baile a Laroussel?

¡En absoluto! Laroussel tiene la costumbre de prometerse a sí mismo lo que desea.

Ese fue el comienzo del amor de su vida, ese amor que aún, más poderoso que la muerte, vivía en su pecho. Un día...

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

AHORA RÍASE

- Perdone, señorita, ¿pero va a comprar alguno?

El solo nombre de Laroussel había precipitado sobre él un tropel de recuerdos de días felices, de momentos que no volverían jamás. Un año después se había casado con Adela. A Laroussel no volvió a verlo. Supo que estaba en el ejército. Luego nació Zuzú, mimada por el padre y por Eglantina, el ama de leche criolla que le enseñaba su idioma... Y ¡ahora volvía a encontrar aquí a Laroussel, quizá moribundo!

- Saqué la receta de esa sopa de una novela de misterio, querido.

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

La Brierre comprendió que Laroussel agonizaba. Se inclinó sobre él y expresó:

Estoy aquí para ayudarte. No tengo ningún rencor contra ti...

Sí..., debes tenerlo... Era ella... Su misma cara... Su propia imagen... Debí decirte... que...

Pero, antes de concluir la frase, Laroussel expiró.

Es extraño. Parecía como si deseara decirle algo.

Sí. Delirio, quizá... Quizá...

Desde ese día, La Brierre no pudo apartar de su recuerdo la imagen del agonizante Laroussel pronunciando esas extrañas palabras. Decidía a veces que era puro delirio, pero la enigmática frase, "su propia imagen", volvía a él como un incesante tormento. La Brierre no podía saber que Laroussel, al ver en la Isla Viosca a Zuzú, había tenido la casi certeza de reconocer en ella a la hija del ex amigo. Zuzú era, en realidad, la viva imagen de la madre. Por un bajo espíritu de venganza, Laroussel había callado y así su muerte había sido asistida por la peor de las pesadillas: la del remordimiento.

Terminó la guerra. La Brierre volvió a su profesión, en Nueva Orleáns...

¡Doctor, doctor! ¡Vuelven a llamarlo! ¡Otro ataque!

Tranquilízate. No es lo que tú crees...

En ese día se habían producido varios ataques súbitos. Y, a pesar de las palabras del doctor La Brierre...

Dios se apiade de Nueva Orleáns. Es la fiebre amarilla.

Era el comienzo de la terrible epidemia de 1867. La Brierre luchó denodadamente...

Es preciso habilitar salas de emergencia. El municipio debe intensificar las medidas de higiene...

Jamás podremos pagar su abnegación, doctor.

Hago como usted. Cumplo con mi deber.

Bien. ¿Ha recibido usted recado del señor Edwards?

La Brierre, que estaba a punto de irse, se volvió...

¿Edwards? ¿Henry Edwards?

Sí. El viejo amigo de su padre, si no me equivoco.

El edil dijo entonces a La Brierre que Henry Edwards, que padecía de una afección cardíaca, le había escrito, y le comunicaba que había resuelto retirarse a una isla próxima, de pescadores, la Isla Viosca, donde creía poder hallar sosiego. Y que, en caso de sentir la necesidad de un médico, mandaría un recado a La Brierre, único en quien confiaba.

No, no he recibido nada. Por lo cual me alegro. Tengo gran afecto por el señor Edwards.

En efecto, el señor Edwards se había presentado ante Viosca, recomendado por el capitán Harris.

Mi único objeto es disponer de una choza y estar solo.

Los amigos del capitán Harris son mis amigos.

Como la temporada de pesca había sido mala, varios pescadores habían partido a otros sitios, y dejaron libres las cabañas. El señor Edwards se instaló en una. Comía con los Viosca, y pasaba el resto del tiempo en la mayor soledad. Desde un principio había mirado a Chita, convertida a la sazón en una fresca adolescente de dieciséis años, con profundo interés.

Cuando supo su historia, este interés se intensificó. Había conocido a Adela, y Chita, realmente, parecía ahora la exacta reproducción de la madre.

Una tenaz sospecha, que le pareció al principio absurda, se alojó en el corazón de Edwards. ¿No había acaso desaparecido Zuzú, junto con la madre, en la catástrofe de la Isla Ultima?

¿No había sido Chita recogida por Viosca de las aguas en esa misma trágica jornada? ¿No era Chita la exacta imagen de aquella Adela, a la cual Edwards había conocido, precisamente, cuando tenía la misma edad que Chita tenía ahora? Estos pensamientos fueron obsesionando a Edwards, y un día Julián La Brierre recibió en Nueva ...

...Orleáns, la visita de un marinero, llamado Sparicio.

Es de parte del señor Edwards. Espero su contestación.

¿Cómo está Edwards?

Creo que ha caído enfermo. Por eso me envía...

¡Un momento! Espérate aquí.

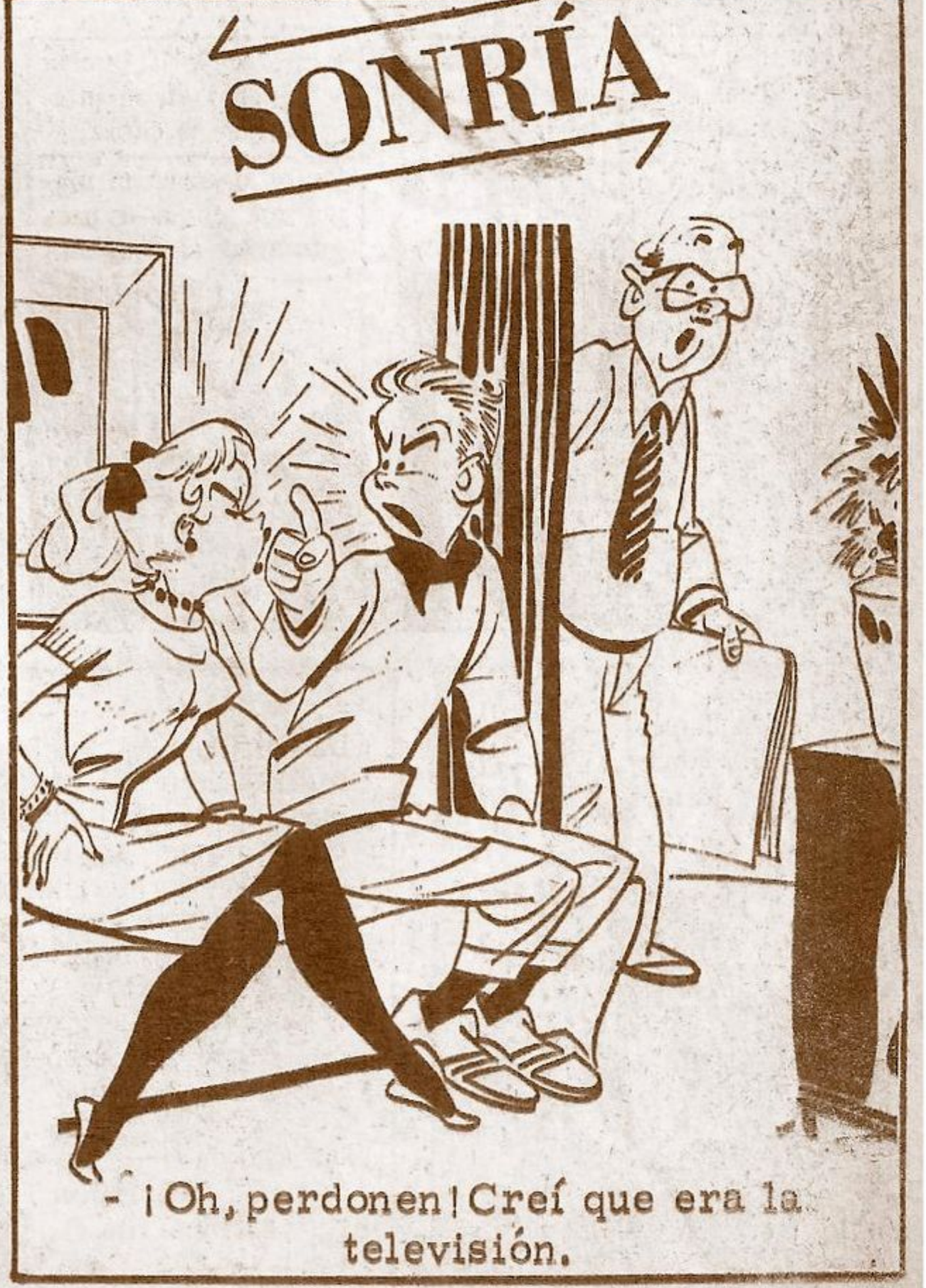
La carta de Edwards era lacónica, y encerraba una frase enigmática para La Brierre. Decía: "Te ruego vengas a Viosca. Sparicio te traerá. No sólo puedes salvarme la vida, sino que quizá puedas dar felicidad a la tuya. Hay algo importante que debo considerar contigo."

Media hora después, La Brierre marchaba con Sparicio hacia el puerto.

¿Está lejos la isla?

Tres días de barca, signor. El San Marco es rápido.

Pocas ilusiones se hacía La Brierre de poder ser útil a Edwards. La edad del hombre era muy avanzada, y la dolencia, muy vieja. Pero, de todos modos, el viaje por mar podía concederle un descanso a él mismo, envejecido ya y agotado por el esfuerzo.



Durante el viaje, La Brierre no tuvo otra cosa que hacer que tenderse en cubierta. El calor era intenso. Al finalizar el día, el **San Marco** se internaba en alta mar. Sparicio y Carmelo, el grumete, desplegaron las velas.

Dos días después, el **San Marco** fondeó en la Isla Viosca. Junto al pequeño muelle de tablas, Félix los aguardaba. —¿Has traído al doctor?

Sparicio arrojó la cuerda de amarradura...

¡Sí! ¿Cómo sigue el viejo?

¡Ha muerto ya el pobre!

Edwards había muerto repentinamente, al día siguiente de la partida de Sparicio. Félix propuso al doctor que descansase ese día. Al siguiente debía salir él con todos los hombres, y lo llevaría de regreso hasta la Isla Grande, donde podría tomar el vapor. La Brierre se retiró a descansar. Pero esa noche, antes del alba, se...

...levantó, abrumado por un agudo dolor de cabeza. Por la mañana comprendió que se hallaba enfermo, y sospechó que podía tratarse de un ataque de malaria. Félix acudió a invitarlo a desayunarse, pero La Brierre rechazó la oferta.

No estoy bien. Creo que deberé quedarme unos días.

Usted disponga, doctor. Si se queda, Carmen y Chita podrán cuidarlo.

Horas despues partió Félix con los hombres. La Brierre se quedó solo recostado en el lecho...

¿Puedo entrar, doctor?

Sí; adelante.

Chita abrió la puerta y penetró en el interior de la choza.

Señor doctor, mi mamá me envía a preguntarle si necesita algo.

La Brierre sintió que el corazón se le detenía en el pecho.

¿Cómo? ¿Quién eres? ¡Acércate!...

¿Era el espectro de Adela; era Adela misma, rediviva, la que avanzaba hacia él, sonriéndole?

Soy la hija de Viosca. Me llamo Chita. Mi mamá me manda a mí porque ella sólo habla español...

Deslumbrado, atónito, La Brierre oía hablar a esa niña que era la imagen exacta de la desaparecida Adela. Recordó, de pronto, la frase de la carta de Edwards: "Hay algo importante que debo considerar contigo." ¿Era posible? ¿Dios iba a realizar un milagro? Sintiéndose víctima...

...de la fiebre, La Brierre hizo un esfuerzo por dominarse.

Discúlpeme. Estoy afiebrado. ¿Cómo se llama usted?

Chita. Chita Viosca. Es decir...

Mi verdadero nombre lo ignoro. Papá Félix me salvó de las aguas el día de la catástrofe de la Isla Ultima...

¡Oh! Pero ¿qué tiene, señor? ¿Quizá lo estoy mareando con mi charla?

No, no; no es nada. Vete, ahora, hija mía. Dile a tu madre que venga luego...

No, luego no; pronto... Yo hablo español...

Con los ojos fijos en Chita, sintiendo que la emoción y la fiebre creciente estaban a punto de arrebatarle el sentido, La Brierre trató de dominar el mal, de ordenar los pensamientos.

Chita giró sobre los pies, y una nueva emoción sacudió el pecho de La Brierre. ¡Acababa de ver, tras la oreja izquierda de Chita, dejada al descubierto por el pelo...

...recogido, un inconfundible lunar, señal de nacimiento de su hijita Zuzú!

¡Oh, Dios mío, es ella! Todos los hechos se enlazan: la Isla Ultima, su imagen. ¡Dame fuerzas, Señor!...

Pero el Señor había resuelto que La Brierre no pudiera sobrevivir a esa emoción. Cuando llegó Carmen...

¡Oh. pobre doctor, delira! ¡Ah, no es malaria; esto no es malaria!...

No era malaria, en efecto. La Brierre había caído víctima del terrible flagelo contra el que había luchado hasta entonces en Nueva Orleáns. Carmen no tenía miedo a las fiebres. Valerosamente atendió al doctor La Brierre, y lo asistió en los últimos instantes.

Sólo prohibió a Chita que se acercara a la choza, por temor al contagio. La Brierre, en su delirio...

Adela... Chita... Zuzú... Laroussel sabía. ¡Perdónalo, Señor!... Sólo os amé a vosotras... ¡Hija mía!... ¡Esposa mía!...

Carmen no entendía francés, pero, sin embargo, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Intuía en esas frases un mundo de tragedia...

"Padre nuestro que estás en los Cielos..."

Y, en ese mismo instante, sin que nadie se lo hubiera ordenado, Chita también rezaba.

Virgencita Morena, salva a este doctor, que parece tan bueno. ¡Sálvalo, por favor!

El doctor La Brierre falleció esa misma tarde. Félix y sus hombres, al regresar, le dieron sepultura en la misma isla. Chita cuidó la tumba y rezó muchas veces ante ella. Ignoraba que era su padre. Acaso en el Más Allá el alma del padre recibía las plegarias de la hija, y una felicidad eterna compensaba el martirio tenaz que fué su paso por la Tierra

Pero mucho, mucho tiempo después, el que pasaba ante la tumba de La Brierre podía ver un manojo de flores frescas sobre ella.

FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

hualilan, la del manso silencio

sumario

desencuentro: "sinfonía inconclusa" — **por Osvaldo Moro**
Otra vez el silencio; el tacto áspero del silencio. Y volvió sus ojos heridos por el llanto hacia las altas torres de las catedrales piadosas, que crecen en el aire y en donde se refugian los desesperados.

los sueños también salvan — **por Josephine Bernard**
Un barco se lo había llevado años atrás. Un avión se lo devolvia. ¡Pero en qué circunstancias!

un grande, maravilloso bosque — **por Carlos A. Desiderio**
Vio hilos de plata en la rebelde cabellera de su viejo amigo y escuchó de sus labios tristes noticias que habían borrado su antigua alegria.

historias de hombres y mujeres — **por Cristóbal M. Paz**
No se miraban. No se atrevian a hacerlo; no se atrevian a mostrar que los dos tenian los ojos húmedos de llanto.

llega un asesino — **por Armando Fernández**
Desenfundó su pistola y le puso silenciador. En sus pupilas brillaba una luz extraña, de muerte.

¡desde hace tanto tiempo! — **por Francina Siquier**
Se contemplaron en silencio, sin poder aceptar aún el hecho de que las palabras que pronunciaran serían decisivas para todos. Iba a escribirse la primera página de su futuro.

hualilan, la del manso silencio — **por Pier Michele**
Toda la angustia de su raza afloró en el corazón de la hermosa huarpe y su boca quedó sellada por la tragedia.

destinos errantes — **por María Alicia Domínguez**
El violín hacia llorar a los campesinos porque su intérprete modulaba en sus cuerdas la pena lancinante de una desilusión cada vez más profunda.

la niña menor — **por Andrés Theuriet**
Bajo la dorada claridad de las lámparas, sus ojos azules conservaban la misma expresión de ternura y sus labios la misma sonrisa. Esa sonrisa de niña buena que está cerca de Dios.

en el PROXIMO NUMERO de intervalo ALBUM

destinos errantes

intervalo ALBUM

ALBUM DE OBRAS GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 857.392

EDITOR RESPONSABLE

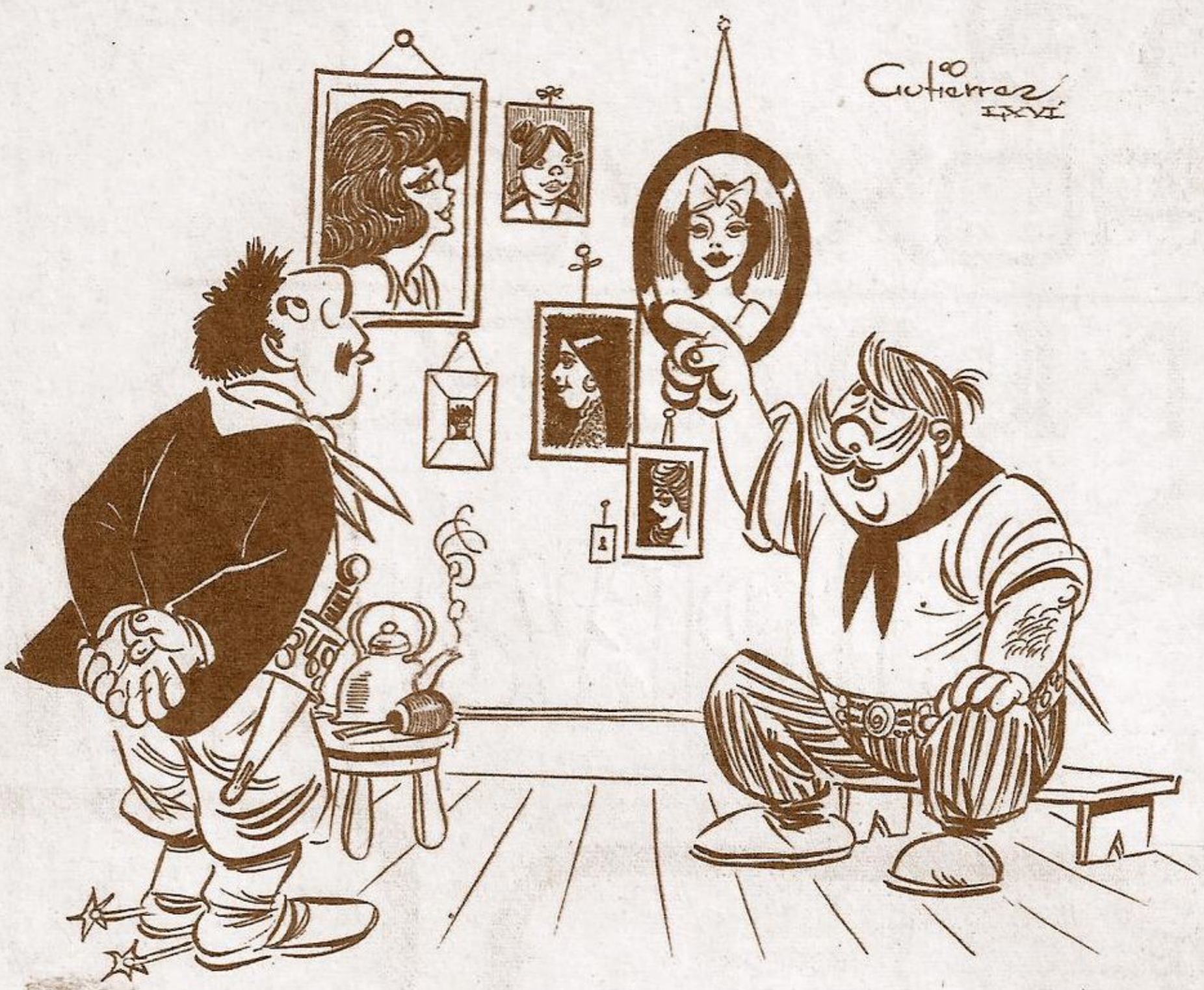
COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BS. AIRES - T.E. 45-1145

ADHERIDA AL INST. VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos del Viejo Irala

por Alberto Vacarezza

Aquí ande me ves -me dijo -
las tuve a tuitas menas:
alazanas y morenas,
querendonas y baguala s...
LOS DISGUSTOS DE LAS MALAS
ME LOS PAGARON LAS GÜENAS.

JUNIO 1966

9 - Corpus Christi — 20 - Día de la Bandera

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Llena 3	C. Meng. 10	L. Nueva 18	1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	C. Crec. 25	★

JULIO 1966

9 - Fiesta Cívica

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Llena 2	C. Meng. 10	L. Nueva 17	C. Crec. 25	★	1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24 31	25	26	27	28	29	30

COMPRE intervalo ALBUM TODOS LOS MESES

Correo Argentino Central B
Franqueo a pagar
Concesión Nº 372
Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

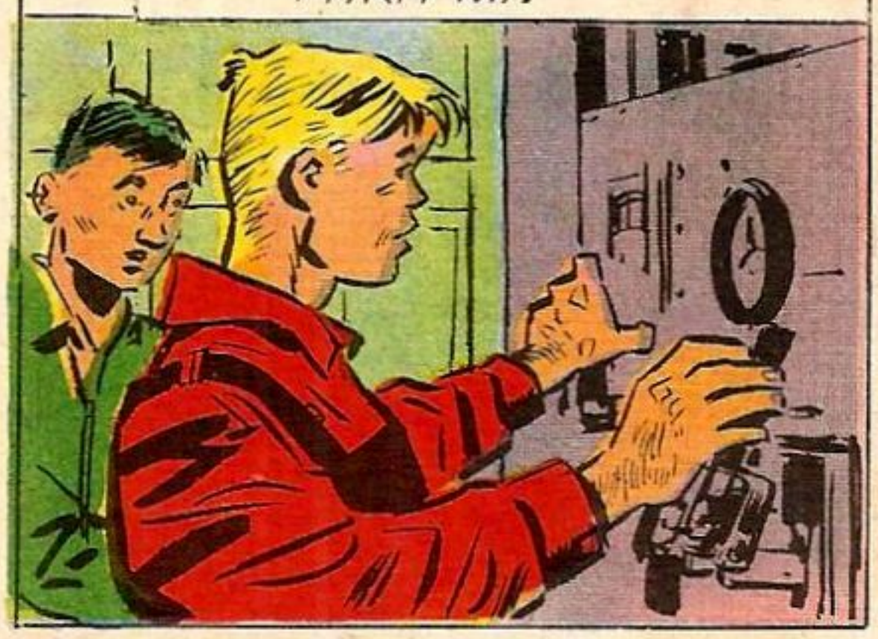
Impreso en BLONDATEX * Junio 1966

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

UNA HISTORIA REAL

COMO "NACIÓ" UN DIBUJANTE

MI VIDA SE PRESENTABA SIN FUTURO. MI VERDADERA VOCACIÓN PERMANECÍA DESAPROVECHADA. NADA TENÍA SENTIDO PARA MÍ.



HASTA QUE CIERTO DÍA ME GOLPEÓ UN RAYO DE ESPERANZA. VI UN AVISO DONDE 12 FAMOSOS ARTISTAS ENSEÑABAN A DIBUJAR. ENVIÉ EL CUPÓN Y A VUELTA DE CORREO RECIBÍ LOS FOLLETOS.

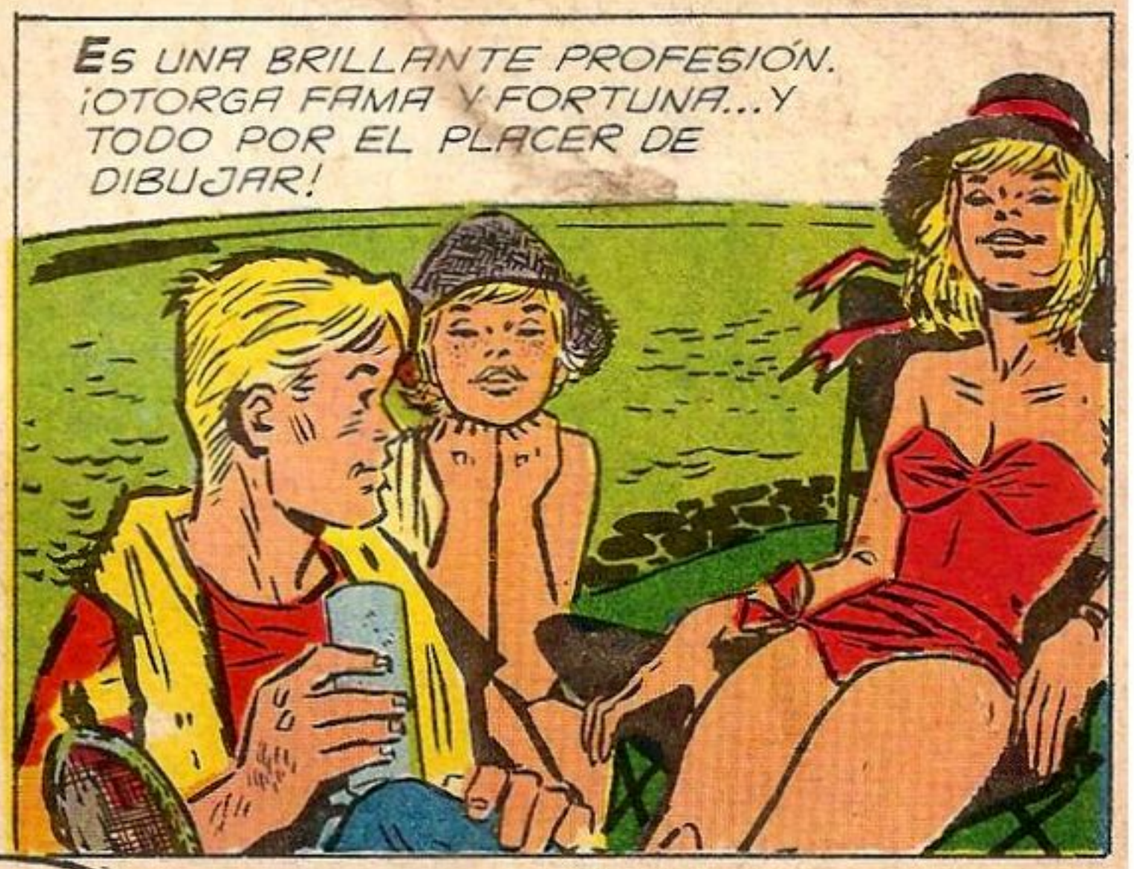
LA CAPACIDAD Y GARANTÍA DE ESE PROFESORADO ERA INNEGABLE. ENVIÉ LA MATRÍCULA Y A LOS 4 DÍAS RECIBÍ EL CURSO COMPLETO.

DESDE ENTONCES SÍ, MI VIDA COMENZÓ A TENER SENTIDO. SALÍA DE LA FÁBRICA Y ME PONÍA A DIBUJAR. ¡EL CURSO ES EXTRAORDINARIO!

APRENDÍ BIEN Y RÁPIDAMENTE Y OBTUVE MI DIPLOMA. LUEGO INGRESÉ EN UNA EDITORIAL.

PARECE IMPOSIBLE QUE HAYA PASADO TAN RAPIDO. HOY CREO Y DIBUJO HISTORIETAS QUE UN SINDICATO DISTRIBUYE MUNDIALMENTE.

ES UNA BRILLANTE PROFESIÓN. ¡OTORGA FAMA Y FORTUNA... Y TODO POR EL PLACER DE DIBUJAR!



¡JOVEN! ESTA HISTORIA TAMBIÉN PUEDE SER LA SUYA. UD. PUEDE APRENDER, EN SU TIEMPO LIBRE, ESTA BRILLANTE PROFESIÓN. ENVÍE ESTE CUPÓN **HOY MISMO** A LA ESCUELA PANAMERICANA DE ARTE Y **GRATIS** LE ENVIARÁN FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS... Y VEA QUÉ ARTISTAS!!

PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Daniel HAUPT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Angel BORISOFF	Hugo PRATT
Carlos FREIXAS	Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE

SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-8

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: _____

Calle y Nº: _____

Localidad: _____

Provincia: _____

Ocupación: _____ Edad: _____